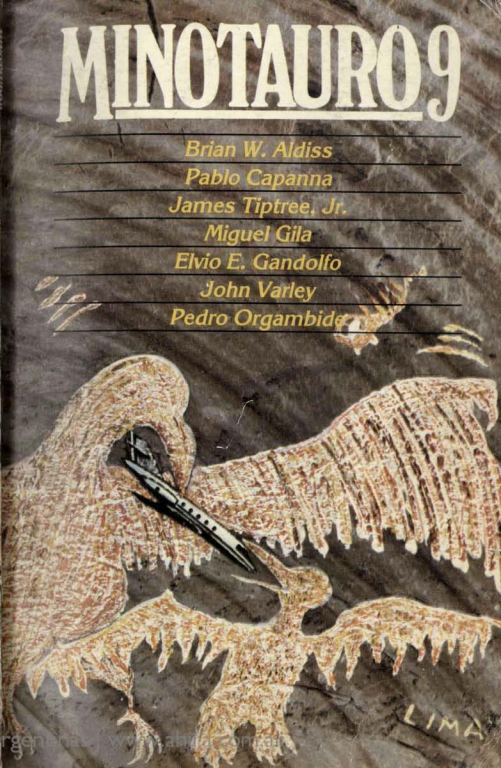
MINOTAURO 9

Brian W. Aldiss
Pablo Capanna
James Tiptree, Jr.
Miguel Gila
Elvio E. Gandolfo
John Varley
Pedro Orgambide



LOS CLASICOS

Ediciones Minotauro

INDICE

2	*Minotauro 9*	
5	*Etcétera*	
9	BRIAN W. ALDISS	*La nave elegante y delicada*
15	BRIAN W. ALDISS	*La magia y las tablas desnudas*
47	MIGUEL GILA	*La vieja carretera*
53	JAMES TIPTREE, JR.	*Las mujeres que los hombres no ven*
77	PABLO CAPANNA	*Prestigios de un mito*
91	PEDRO ORGAMBIDE	*La Convención*
97	ELVIO E. GANDOLFO	*Una utopía latinoamericana*
107	JOHN VARLEY	*Maniquíes*
118	PABLO CAPANNA	*Libros: Juguemos en el cráter*
123	ÁNGEL FARETTA	*Cine: Figuras dantescas*
127	*Cartas*	

Director: MARCIAL SOUTO

Diseño gráfico: SERGIO PÉREZ FERNÁNDEZ

Corrección: ELVIRA IBARGÜEN

Publicidad: NORBERTO PAGANELLI

Ilustración de la tapa: JUAN MANUEL LIMA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FOTO: HARRY HARRISON

Aldiss

Brian W. Aldiss (Norfolk, Inglaterra, 1925) publicó su primer cuento, "Criminal Record", en 1954; un año más tarde obtuvo el primer premio de un concurso organizado por el diario *The Observer* y en el que participaron casi todos los escritores británicos del género: el cuento se llamaba "Not for an Age". Ese mismo año apareció su primer libro, *The Brightfount Diaries*, una colección de ensayos sobre "una librería ficticia y agradable": Aldiss conocía perfectamente el tema, pues en ese momento era librero en Oxford. En 1957 apareció su primer volumen de cuentos, *Space, Time and Nathaniel*, y en 1958 su primera novela, *Non-Stop*, conocida en español como *La nave estelar*. Un año más tarde, estos dos libros le valieron un premio Hugo como el escritor de ciencia ficción más promisorio. *Invernáculo*, una novela que describe un mundo futuro dominado por una desmesurada vida vegetal, ganó el premio Hugo 1962. Hacia fines de la década del 60, Aldiss apoyó vigorosamente la actitud renovadora de la revista *New Worlds*, para la que incluso obtuvo una subvención del Arts Council que le permitió sobrevivir en los momentos más difíciles. En esos años apareciero dos de sus novelas más polémicas: *Informe sobre probabilidad A*, que aplica las técnicas de la antinovela francesa a un tema de ciencia ficción, y *A cabeza descalza*, experimento de tono joyceano sobre una Europa devastada por una guerra psicoquímica. En la década del 70 probó en varias direcciones, entrando y saliendo del género: escribió varias novelas "comunes" que tuvieron un éxito inmediato de crítica y de ventas, homenajes a dos de sus maestros de la ciencia ficción (Mary Shelley en *Frankenstein desencadenado* y H. G. Wells en *La otra isla del doctor Moreau*), la minuciosa historia de un mundo paralelo en el que los hombres descienden de los dinosaurios y están prohibidos los cambios y las novedades (*El tapiz de Malacia*) y dos curiosas series de cuentos: la de los "enigmas", historias exploradas en tres niveles diferentes, y la de los "planetas zodiacales": mundos artificiales que giran alrededor de la Tierra y a los que fatalmente van a vivir los seres humanos más extravagantes. La última obra de Aldiss es una trilogía (o novela en tres volúmenes, como prefiere llamarla) en la que trabajó ocho años: *Helliconia Primavera, Verano, Invierno*. En Helliconia (un planeta que gira alrededor de un sistema binario) el año dura 2.500 de los nuestros. "Siempre he preferido escribir en lo que considero una frontera", declaró hace poco Brian Aldiss a la revista *Locus*. "Hacer algo que no hacen los demás. Siempre me ha gustado reaccionar contra la ciencia ficción dura. Esa es la ciencia ficción que más disfruto, pero otros la hacen,

Lima

Orgambide

Gila

tal vez mejor que yo. Pero unos pocos años atrás descubrí que todos habían dejado de escribir ciencia ficción dura. Lo que uno encontraba eran esas historias de dragones, y las imitaciones de Tolkien. Me preocupé de veras: pensé que se estaba deteriorando el cuerpo central del género, y entonces decidí escribir un libro que fuera ante todo de ciencia ficción. Pero supongo que lo que dirán los críticos de mí es lo mismo que dicen de Arthur C. Clarke: 'Es un hombre muy técnico, pero sus libros están llenos de misticismo.' Eso es lo que hace a Clarke tan interesante, y espero que algunos vean que esa clase de actitud me hace también interesante a mí." *Minotauro* incluye en este número "La magia y las tablas desnudas", un texto autobiográfico de Aldiss, y "La nave elegante y delicada", un breve y sutil ejemplo de su arte de narrador.

James Tiptree, Jr. (Alice Sheldon) es bien conocida por nuestros lectores. "Las mujeres que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas

los hombres no ven", tal vez su cuento más famoso, analiza con notable lucidez (en una situación extrema) el papel de los sexos en la sociedad, y formará parte de su próximo volumen, *Tales of the Quintana Roo*. Tiptree también publicará en breve su segunda novela, *Green, Go*.

John Varley (n. 1947) es uno de los principales escritores de cf surgidos en EE.UU. en la última década. Sus primeros cuentos aparecieron en 1974, su primera novela *(The Ophiuchi Hotline*, traducida como *Y mañana serán clones)* en 1977. Desde entonces ha creado, a través de varias novelas y de dos colecciones de cuentos, una verdadera "historia del futuro" en la que abundan las más sorprendentes maravillas tecnológicas. "Maniquíes", sin embargo, es un cuento sobre la lucidez y la locura en nuestro inquietante presente.

Miguel Gila empezó a escribir para el semanario español *La Codorniz* en 1942: artículos y cuentos que trataban el humor a través del absurdo y que muchas veces tocaban temas ideológicos, especialmente con severas críticas (siempre bajo el prisma del humor) a los dictadores. Además de escritor, Gila es un conocido dibujante y actor. Ha publicado seis libros, entre ellos *Un poco de nada*, admirable relato autobiográfico sobre la Guerra Civil y los años terribles que la rodearon. "La vieja carretera" contiene también (aunque cueste creerlo) elementos autobiográficos, y forma parte de su próximo libro: *Chapuzas*.

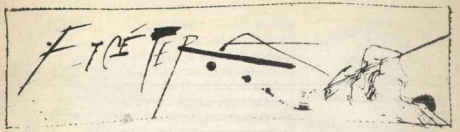
Pedro Orgambide (Buenos Aires, 1929) es autor de quince libros que oscilan entre lo testimonial y un realismo exasperado, de intención social, pasando por el humorismo. En 1965 publicó las *Historias cotidianas y fantásticas*, y el crítico Saúl Sosnowski ha estudiado la incidencia de lo fantástico en la literatura de Orgambide, en un extenso ensayo acerca de la novela *Aventuras de Edmund Ziller en tierras del Nuevo Mundo* (1976). Las dos últimas novelas de Orgambide, *El arrabal del mundo* (1983) y *Hacer la América* (1984), contienen elementos fantásticos que subrayan la irrealidad o (en palabras del autor) "el carnavalismo de la realidad". "La Convención" refleja de algún modo la experiencia de Orgambide en el mundo de la publicidad: durante muchos años ha sido director creativo de diversas agencias en la Argentina y en el exterior.

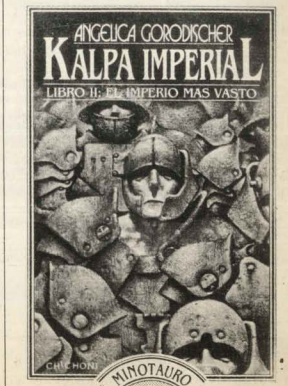
Elvio E. Gandolfo (Rosario, 1947) es poeta, cuentista, crítico y traductor. Durante varios años dirigió la excelente revista literaria *El lagrimal trifurca*, y es autor de un volumen de cuentos (*La reina de las nieves*, 1982). Actualmente vive en Montevideo. En "Una utopía latinoamericana" rescata del olvido una curiosa novela de Francisco Piria, fundador de balnearios y soñador.

Pablo Capanna viaja al futuro perdido: las páginas de la pionera revista *Más Allá*, que en sus cuatro años de puntual existencia introdujo la ciencia ficción en nuestro país. En la sección "Libros" reflexiona acerca del *Libro loco de la guerra nuclear* y de otras locuras más recientes.

Ángel Faretta, en "Cine", desciende a los infiernos de un nuevo Dante.

Juan Manuel Lima, autor de la tapa, nació en Coronel Dorrego, provincia de Buenos Aires, hace cuarenta años. Desde 1979 ha colaborado como humorista e ilustrador en diversas publicaciones; ha inventado guiones, textos y objetos más o menos absurdos. Actualmente es diseñador de la revista *Fierro*.





La mejor novela del año

En un acto realizado el 17 de diciembre de 1984, fueron entregados los premios Poblet a la producción literaria y teatral comprendida entre el 1º de diciembre de 1983 y el 30 de noviembre de 1984. Un jurado compuesto por Norma Aleandro, Agustín Alezzo, José Bianco, Enrique Pezzoni, Beatriz Sarlo, Héctor Tizón y David Viñas votó como mejor novela del año a *Kalpa imperial, Libro II: El imperio más vasto*, de Angélica Gorodischer, publicada por Minotauro. Angélica Gorodischer recibió otros tres premios en 1984: el Más Allá, por *Kalpa imperial, Libro I: La casa del poder*; el Konex, por encontrarse entre los cinco autores más notables de la ciencia ficción argentina, y el Emecé por la novela *Floreros de alabastro, alfombras de Bokhara*.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Una obra maestra de Ballard

El libro autobiográfico de J. G. Ballard, *El imperio del sol* (publicado en España por EDHASA y de próxima aparición en la Argentina), finalista del Booker Prize, ha sido premiado por el diario inglés *The Guardian* como la mejor novela de 1984. En él Ballard cuenta sus experiencias en Shangai durante la Segunda Guerra Mundial, que incluyeron tres años en un campo de concentración japonés. "*El imperio del sol*—escribió Angela Carter— puede ser muy bien esa gran novela británica de la última guerra por la que hemos tenido que esperar durante años. Significativamente, no hay actos heroicos. En verdad apenas hay combatientes... Una proeza extraordinaria."

Opus 300

A fines de diciembre de 1984, Isaac Asimov celebró en Nueva York la publicación de su obra número 300: una antología que incluye fragmentos de sus 99 libros anteriores. Por supuesto, el autor más prolífico de los EE.UU. según el *1985 Guinness Book of*

World Records, lleva siempre una ventaja considerable a sus editores, que ya disponían de diez títulos nuevos antes de la aparición de *Opus 300*. Asimov trabaja ahora en la continuación de la novela *Los robots del amanecer*. Este nuevo libro unirá y atará de algún modo la serie de los robots con la serie de Fundación.

Clásica y moderna

Estimado amigo; estimada amiga:

Como usted sabe, somos libreros. Un oficio que aprendimos de nuestro padre, un oficio que es parte de nuestra vida. Y sabemos que para usted el libro, la lectura, también es una necesidad vital.

Nuestra idea es facilitar al máximo la adquisición de los libros que usted necesita. En nuestra casa, por la gran variedad de títulos que poseemos, es muy posible que estén los libros que usted desea leer. Pero también comprendemos que no siempre es fácil adquirir ese libro que uno desea para sí o para regalar.

Y bien: hemos pensado que algo podemos hacer para facilitar esa situación, para adecuar su deseo de lectura a nuestras posibilidades. El libro, que usted ama y nosotros también, es lo que más importa.

Por eso deseamos que nos visite en nuestra librería: *Clásica y Moderna*. Pregunte por nosotros. Elija los libros que desee y luego, entre amigos, estudiaremos qué plan es el que a usted más le conviene para llevárselos.

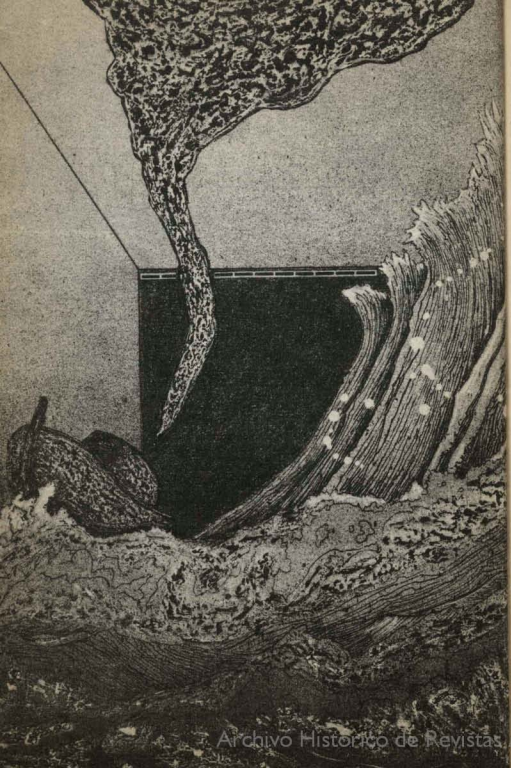
Esta es nuestra propuesta. Lo esperamos en casa.

Natu Poblet

Francisco Poblet

LIBRERÍA CLÁSICA Y MODERNA S.R.L. • CALLAO 892 • (1023) CAPITAL • TELÉFONO 44-8707

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



BRIAN W. ALDISS

LA NAVE ELEGANTE Y DELICADA

La indiferencia nos permite vivir... sin intensidad.

Ilustración de Juan Manuel Lima

Mas para él no era un fracaso importante;
el sol brillaba como debía brillar
en las piernas blancas que se hundían en el agua
verde;
y la nave elegante y delicada, que vio sin duda
lo inaudito, un joven cayendo del cielo,
tenía que llegar a alguna parte y siguió navegando
en calma.
W. H. AUDEN

En otro tiempo un puente colgante unía a Dinamarca con Suecia, entre Helsingör y Halsingborg. Ahora es chatarra. Se volvió demasiado peligroso. Pero tenía un andén móvil, y mi amigo Göran Svenson y yo solíamos usarlo. En una época, el paseo en el andén se transformó en una grata costumbre vespertina.

Un día subimos al puente quejándonos, como le sucede a todo el mundo de vez en cuando, de nuestras ocupaciones. —Trabajamos tanto —dije—. ¿Qué tiempo nos queda para vivir?

—Tengo la teoría —dijo Göran— de que es al revés. —Cuando Göran anuncia que tiene una teoría, uno puede estar seguro de que oirá algo descabellado.— Pienso que trabajamos tanto, y hacemos todas las otras cosas, porque el hecho de vivir, de vivir intensa y puramente, es tan doloroso que no podemos soportarlo. El trabajo es una panacea que diluye la vida.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¿Quieres decir, Göran, que la vida es peor que la muerte?

—No, no peor, ciertamente, pero sí la cosa más cruel después de la muerte. La vida es como la luz. Todas las criaturas vivientes buscan la luz, pero una luz verdaderamente intensa, potente y blanca puede matarlas. La vida pura es así.

—¡Tú hablando de vida pura, viejo libertino!

Me miró apenado y dijo: —Te contaré entonces una historia.

Subimos movidos por rodillos cada vez más rápidos hasta llegar al andén propiamente dicho. El andén nos llevó sobre los diques de Helsingør, y el Øresund quedó en seguida debajo de nosotros, con sus aguas grises que parecían serenas desde donde estábamos.

Esta es la historia de Göran contada, hasta donde puedo recordar, tal como él la contó, aunque puedo haber olvidado un par de chistes.

Tenía conciencia de que estaba en un barco en una terrible tormenta. Pensaba que el barco subía por el Skagerrak hacia el Fiordo de Oslo pero, en ese caso, tenía que haber alguna falla eléctrica, pues el interior del barco estaba miseramente iluminado por faroles débiles que oscilaban acá y allá.

Quizá fuese un barco de ganado, a juzgar por el olor. Subía por la escalera de la cámara cuando pasó a su lado, como una exhalación, un animal pequeño, tal vez una especie de canguro. Estuvo a punto de caer hacia atrás, pero el barco lo arrojó hacia adelante en el momento adecuado y recuperó el equilibrio.

Cuando salió a cubierta... ¡Dios mío! ¡Qué mar! No podía ser el Skagerrak; ¡el Skagerrak nunca estaba tan picado! Göran había pasado varios años en el mar antes de que automatizaran del todo los últimos buques, pero nunca había encontrado un océano como ése. Había casi tanta agua en el aire como en el mar, tan furiosa era la lluvia, empujada por vientos salvajes y fuertes. No había indicios de costa, ni rastros de otras embarcaciones.

Hacia Göran subió un viejo, aferrándose a las barandas con las dos manos. Le chorreaba agua de las ropas. Göran tuvo un doloroso sobresalto al ver esa figura extravagante y antigua. ¿En qué clase de barco estaba? Notó que las barandas eran de madera, y también la escalera, y el resto de la embarcación hasta donde podía ver... ¡y qué tosco era todo!

El viejo lo agarró del brazo y rugió:

—¡Corre al timón! ¡Sem necesita ayuda!

Göran sintió un olor aguardentoso en el aliento del viejo.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

El viejo lanzó una carcajada de borracho. —¡Creo que en el trasero del mundo! ¡Qué noche! ¡Abrieron las ventanas del Cielo y las aguas de la Tierra abusan de su reinado!

Como para subrayar sus palabras, una enorme montaña de agua, tan grande como un alpe, rompió contra ellos, empapándolos del todo.

—¿Cuánto... cuánto podrá durar esta tormenta? —preguntó Göran.

—¡Todo lo que el Señor quiera! ¡Qué noche! Tengo a los chimpancés trabajando en las bombas. ¡Hasta los cocodrilos están marcados! Todo lo que te puedo decir es que estés atento, a ver si ves un arco iris. ¡Ahora corre al timón! Yo bajo a asegurar los rinocerontes.

Göran tuvo que trajinar primero cuesta arriba y luego cuesta abajo mientras la bañera torpe que era el barco se revolcaba en la tormenta más grande desde la creación del mundo. Ya sabía que el Skagerrak no era más que un simple charco comparado con ese océano envolvente. Navegaban en un planeta sin puerto ni tierras que estorbasen el viento y las olas. ¡Con razón los mares eran tan monstruosos!

Allí delante, Sem estaba casi exhausto. Entre los dos, consiguieron sujetar y amarrar el timón. Cada momento era una lucha contra fuerzas elementales. Los gritos de los animales y los quejidos de los maderos se perdían en el rugido del viento, que se los llevaba y, con desprecio, los dispersaba en la tempestad.

Finalmente, entre los dos, pusieron el barco de proa a la tormenta, y se aferraron al timón casi sin aliento.

Göran sintió un miedo inaudito cuando la inmensa y escurridiza ladera de una montaña de agua alzó el barco, arriba, arriba, hasta dejarlo suspendido sobre un imponente abismo entre dos olas. Antes de clavarse en el abismo, vio una luz allá delante.

—¡Barco a la vista! —Ese fue Sem, pobre muchacho, señalando con un dedo hacia donde había estado mirando Göran.

¿Barco? ¿Qué barco? ¿Qué barco podía andar navegando por esos mares en ese momento? ¿Qué viaje paralegendario podría estar haciendo?

Los dos hombres se miraron con rostros pálidos, y gritaron a coro el nombre de Noé. Luego volvieron a mirar la oscuridad.

En este punto de la narración, mi amigo Svenson se interrumpió, al parecer dominado por la emoción. Para entonces el puente nos había llevado hasta la mitad del camino a Suecia; debajo de nosotros navegaba el tráfico marítimo del sereno Øresund. Pero el ojo interior de Göran miraba otro mar, más agitado.

—¿Volvieron a ver el barco fantasma? —pregunté.

¡No te imaginas lo que era navegar en aquel mar! El agua no parecía agua de mar. Era negra, de un negro atravesado por rayas blancas y amarillas como si se tratara de un organismo vivo con venas y tendones. Había zonas donde salían a la superficie, y estallaban, unas burbujas fétidas que cubrían las olas con una espuma nauseabunda...

Sí, volvimos a ver el barco fantasma. ¡Claro que sí! Mientras el arca trepaba por la ladera de un kilómetro de altura de una nueva montaña de agua, el otro navío se abalanzó por la pendiente hacia nosotros.

¡Era tan veloz y tan hermosa como tosca y pesada nuestra bañera, aquella nave elegante y delicada! Y estaba iluminada de proa a popa; mientras que el arca... ese viejo tonto de Noé no había pensado en equiparla con luces de navegación, convencido de que el suyo sería el único barco que desafiaría esos mares abiertos.

Miramos horrorizados, Sem y yo, la magnífica embarcación que se agigantaba ante nosotros, como mirarían dos niños en un valle alpino el alud que baja a matarlos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Jafet había luchado contra el ventarrón para venir a aferrarse a nuestro lado. Casi no advertí su llegada hasta que le oí gritar y me volví para verle la cara —tan pálida y mojada que parecía luminiscente—. ¡Y sólo al verlo me di cuenta de mi grado de terror!

—¿Dónde está tu padre? ¿Dónde está? —grité, tomándolo de los hombros.

—¡Tropezó allá abajo!

¡Tropezó! Dominado por una cólera repentina y feroz, aparté a Jafet de un empujón, di media vuelta y saqué el cuchillo de la funda. Con unos tajos solté el timón y lo hice girar con todas mis fuerzas, luchando con cada fibra de mi ser contra el rugido ensordecedor de la corriente que pasaba bajo la quilla.

Perezosamente, nuestra vieja bañera giró unos pocos grados... ¡y aquel barco hermoso pasó velozmente a nuestro lado, por babor, arrojando sobre nuestra popa una lluvia de espuma, errándonos por centímetros, o al menos eso pareció!

A nuestro lado pasó y, mientras pasaba —empequeñeciendo nuestro barco, ese navío increíble— vi un rostro humano que me miraba. Por un instante, muy breve, nuestras miradas se encontraron. Te confieso que esos ojos eran los ojos de la muerte. Esa fue mi profunda e imborrable impresión: ¡los ojos de la muerte!

Luego desapareció, y vi otras caras, caras de animales que miraban, impotentes, hacia las aguas revueltas. Esos animales... ¡fue sólo un instante, pero sé lo que vi! Unicornios, grifos, un centauro con una crin azotada por el viento, y esos animales espléndidos que hemos aprendido a llamar por nombres latinos: megaterio, estegosaurio, un tiranosaurio, tricerátops de boca picuda, diplodoco...

Desde luego, pasaron como un relámpago, mientras ese barco milagroso —¡ese doble del arca!— se alejaba en las aguas. Y luego se perdieron en la oscuridad y la espuma. El parpadeo de una luz, y nuestra arca volvió a quedar sola en ese océano hostil, bajo las abiertas ventanas del Cielo.

Y yo luchaba con el timón, sin descanso... tal vez para siempre...

Lancé una carcajada.

—¡Gran historia, gran actuación! ¿Tratas de convencerme de que navegaste en el arca de Noé? ¿*Quién* eras? ¡Cam, sin duda!

Göran parecía apenado.

—¡Qué vulgar eres, amigo! Ese escepticismo no te beneficia. Concentra tu atención en ese admirable barco que casi nos embistió. ¿Qué era? ¿Hacia dónde navegaba? ¿Quién lo construyó? Y ¿qué pasó con él, qué pasó con todas las criaturas que iban a bordo?

—Un misterio todavía más grande: ¿se curó el dedo del pie el pobre Noé?

Göran hizo un gesto de fastidio. —Te niegas a tomarme en serio. Piensa sólo en la tragedia, en la poesía, en el misterio de ese encuentro apocalíptico. A veces me pregunto si no habrá sobrevivido a esa gigantesca tormenta la nave que no debía. Recuerda que Dios estaba muy enojado con ese viejo borracho, Noé. ¿Habrá sobrevivido, para repoblar la Tierra, el grupo de hombres y animales que no debía?

—No me imagino a un pterodáctilo llevando al arca una ramita de olivo.

—¡Ríete si quieres! A veces pienso qué posibilidades alternativas y qué mundos posibles pasaron por delante de mis ojos en ese momento de crisis. No tienes, como yo, una mente refinada e imaginativa... para ti esas conjeturas carecerían de sentido.

—Comenzaste este sermón hablando de vida pura e intensa... supongo que en contraste con esta existencia cenagosa en la cual nos movemos. ¿Quieres decir que el momento en que viste ese... "doble del arca", como lo llamas, fue un momento de vida intensa?

Miró hacia los diques de Halsingborg, que ahora pasaban bajo nuestros pies. Adelante se veía el nuevo museo de arte. Casi habíamos llegado a la orilla sueca.

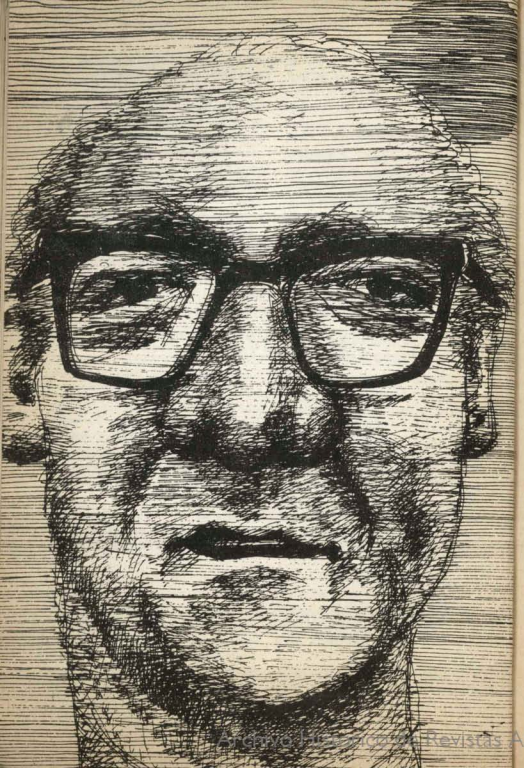
—No, de ninguna manera. Al ser tan imaginativo, mi momento de vida intensa fue la invención de esta pequeña y misteriosa anécdota. ¡Vivo en la imaginación! ¡Lástima que seas demasiado estúpido para apreciarlo!

Entonces abandonó la expresión solemne y se echó a reír. Bajamos a las carcajadas en la escalera mecánica, hasta llegar a tierra firme.

Al día siguiente vimos en los noticiarios que dos pequeños, un niño y una niña, se habían ahogado en el Øresund, junto al puerto de Halsingborg, y a la misma hora en que nosotros pasábamos por encima, tan indiferentes.

Título del original en inglés: *The Expensive Delicate Ship*. Del libro *Last Orders*
© Southmoor Serendipity Ltd. 1977. Traducción de Marcial Souto.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



BRIAN W. ALDISS

LA MAGIA Y LAS TABLAS DESNUDAS

Memorias de un artista admirable: la infancia, los comienzos de la carrera, el éxito, y los métodos de trabajo.

Ilustración de Humberto Lopardo

La diferencia entre la ficción y el ensayo es la diferencia entre la magia y las tablas desnudas.

Imaginen que van al teatro. El auditorio se llena, la orquesta toca, las luces se apagan, sube el telón...

El escenario está vacío, o atiborrado de utilería vieja y polvorienta. Hay bastidores apilados en el fondo. Arde una luz tenue. Algo ha salido mal. Esta noche no habrá representación, no habrá magia.

Un hombre entra por la izquierda, desmañado y frágil, como es común en la gente que sube a escena sin haber ensayado. Dice: "'El poeta nace, no se hace.' No obstante, un escritor puede evocar su vida..."

Hay un cuchicheo inquieto en las butacas.

Bien, ésa es la diferencia entre la ficción y el ensayo. Esta noche el escenario está vacío y lo alumbra una sola lámpara desnuda. Yo entro en escena, desmañado y frágil.

"El poeta nace, no se hace." No obstante, un escritor puede evocar su vida y evaluar los pasos que ha dado para llegar a ser la clase de escritor que es. Muchos de esos importantes pasos se dan en la infancia. Como dice F. L. Lucas, en la infancia el destino determina el carácter; después de lo cual, el carácter determina el destino.

Así que me propongo hacer un relato

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de mi infancia —"momentos culminantes", como dicen los comentaristas de TV sobre los sucesos deportivos del día— y luego ponerme a hablar de lo que podría llamarse mi carrera de escritor; de lo cual podemos pasar al tema de la literatura en general. No sirve de nada hablar en el vacío. Si se tiene una noción de cómo es el hombre, se puede hacer una estimación del valor de sus ideas.

Mi padre tenía un gran atributo físico: se mantenía delgado y esbelto por mucho que comiera. Hacia el fin de su vida solía autodefinirse desdeñosamente como "un hombrecito apuesto".

La madre de mi madre era hija de un granjero. Le enseñó a mi madre el arte de cocinar, de modo que los recuerdos de mi infancia incluyen la buena comida. En aquel entonces Norfolk estaba plagada de conejos, y el conejo era un plato excelente. Mamá los servía enteros, cocidos a la cacerola, cuando la lengua era considerada una gran exquisitez; o en pasteles, con cebollitas enteras y trozos de jamón. Sus pasteles eran hermosos, decorados con diseños espléndidos. Una de sus especialidades era el pastel de salmón, una noble estructura servida con salsa de perejil y patatas nuevas. La caballa en escabeche era otra especialidad; la dejaban una noche en remojo en una jarra de vinagre, y la piel le brillaba con colores hermosos y tenues.

Los postres de mamá también eran espléndidos. El verano nos reservaba budines de verano, con racimos de grosellas y uvas negras y rojas. Era una experta en tortas. Las Damas de Honor aparecían regularmente en la mesa del té, junto con Momentos Evanescentes y Buñuelos Sorpresa (que adentro tenían mermelada, aunque no se veía por fuera). En casa cocinaban en un enorme horno calentado desde abajo por tres quemadores de parafina.

Mamá componía música en ese horno. Cada Navidad se superaba a sí misma. ¡Qué cascadas de pasteles de picadillo, qué montañas de rollos de salchicha, aparecían bajo sus manos! Y para esas ocasiones creaba deliciosos confites de mazapán de hermosos colores. El pequeño glotón que atisbaba por encima del borde de la mesa de la cocina podía pellizcar un bocado de vez en cuando.

En pocas palabras, mi madre tenía una sensibilidad natural para la cocina británica. No conocíamos el ajo, y sin embargo nunca disfruté la comida tanto como en mi niñez, a menudo acompañada por limonada hecha con limones auténticos que chapaleaban como esqueléticas piedras molares en nuestra enorme jarra de porcelana blanca. Por cierto, esas comidas generosas preparaban bien a la familia para los años de guerra que iban a seguir. Si uno aprende a comer bien cuando pequeño, desarrolla un apetito fuerte para otros placeres.

Mientras mamá estaba arriba cocinando, papá trabajaba abajo, en el sector de la tienda que administraba. Tendré que decir algo sobre la tienda, pues formó buena parte de mi niñez.

Vivíamos en una parte de H. H. Aldiss & Sons, en lo que a mí me parecía un departamento enorme. Tenía un corredor largo, donde yo pedaleaba como loco en mi triciclo; una vez rompí el récord de velocidad (sir Malcolm Campbell era mi ídolo, ya a esa tierna edad) y rodé escaleras abajo.

Esto sucedía en East Dereham, una próspera aldea en el rústico corazón de Norfolk, donde nací en agosto de 1925. A mi madre le agradaba darnos gustos a mí y a mi hermana; uno de los grandes gustos del año era concurrir a la feria. Las ferias de Dereham en los años 30 eran algo digno de verse. Toda la plaza del mercado estaba llena de concursos de baile, autitos chocadores, tiros al blanco, tarimas para boxear, tiovivos grandes y chicos, y todos los otros puestos. Los tiovivos grandes tenían gallos espléndidos con cabezotas enormes, y dragones con asientos para tres, además de caballos al galope. Mamá siempre tenía suerte en los puestos; tal vez los gitanos reconocían en ella el elemento psíquico. Casi siempre regresábamos triunfantes con un pececillo o un canario de Norwich, amarillo e impecable. Un canario vivió muchos años, poniendo un huevo por mes. Cuando se enfermaba le servían brandy en una pluma.

¡Qué delicia era acostarse de noche y escuchar la música gorjeante y aguda del órgano del tiovivo grande! Estábamos lo bastante cerca de la plaza del mercado como para oírlo claramente. La otra fiesta era ir a la escuela pasando por los puestos de la feria. A esa hora de la mañana, los hombres y mujeres salían de los carromatos y caravanas que colmaban las calles laterales, lavándose, cantando, discutiendo, tal vez soltando mocos en la alcantarilla mediante el método de apretarse con dos dedos el puente de la nariz. Admiraba muchísimo ese gesto, y pronto pude imitarlo a la perfección.

Cuando la feria llegaba a Dereham, nuestra tienda bullía de actividad. Toda la gente de la feria acudía a H. H. Aldiss en busca de ropas nuevas. También la gente de la campiña, que llegaba de las afueras para disfrutar de los festejos tradicionales del tiempo de las cosechas, la estación durante la cual se celebraba la feria.

Los gitanos nunca estaban lejos de Dereham. En los suburbios de la aldea hay una región de brezales salvajes llamada el Netherd, donde con frecuencia se veían carromatos. El Netherd era siempre misterioso, siempre atractivo, y aparentemente ilimitado. Las malezas de aulaga eran tan altas para un niño que uno podía acechar y ser acechado, como un animal pequeño. En invierno, cuando la laguna del Netherd se congelaba, patinábamos y resbalábamos allí. Una vez fui a la laguna con mis primos durante una sequía de verano, para ver cómo los peces morían en el lodo. "Rescatamos" un par de peces metiéndolos en jarras de dulce llenas de agua, pero murieron después que llegamos a casa.

El Netherd nos recordaba que George Borrow había nacido en Dereham, en Dumpling Green. Borrow era un individuo extraño y elusivo, y un escritor tremendo. ¡Cuán poco se leen hoy sus obras! Es curiosamente apropiado que la única cita de él hoy en boga sea "Hay un viento en el brezal; la vida es muy dulce, hermano. ¿Quién querría morir?" Aunque el *Oxford Dictionary of Quotations* también le adjudica "cada perro tiene su día": "La juventud será servida, cada perro tiene su día, y el mío ha sido feliz."

The Bible in Spain, de George Borrow, es, pese a su título desconcertante ("La Biblia en España"), uno de los libros de viajes más logrados y más vivos, y merece figurar en el anaquel de honor junto al *Eothen*, de Kinglake.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El otro escritor asociado con Dereham es el poeta William Cowper. Borrow nació allí, Cowper murió allí. Los Aldiss, congregacionalistas devotos o pretendidamente devotos —defendieron su fe hasta el último hijo— iban todos los domingos a adorar en la Cowper Memorial Church. Y además tenían prohibido echar siquiera una ojeada a las fotos exhibidas en el cine Exchange mientras regresaban para la reunión dominical. En esa época yo leía todos los poemas de Cowper ("El sofá" me gustaba de veras), y también sus cartas; hoy por hoy ya no tengo esa paciencia. Pero las cartas muestran una buena prosa inglesa. Enloqueció gradualmente. El poema que empieza "Yo era un ciervo herido que abandonó la manada..." es conmovedor en su estilo dieciochesco.

Los parientes de mi madre vivían en Peterborough, una ciudad ahora arruinada por la industrialización. Allí tenía tres tíos espléndidos, dos de ellos arquitectos, y una abuela. Abuela era la hija del granjero. Mantenía la casa según criterios puramente victorianos con, por lo que puedo recordar, dos mucamas, una lavandera que aparecía los lunes y usaba una tina enorme, y un sirviente. Cada habitación de esa casa me sorprendía. Las ventanas tenían persianas venecianas con tablillas de madera. Los picaportes e interruptores eran aparatosas piezas de bronce. Un zorro embalsamado gruñía encima de la puerta de la sala. Todo el mobiliario era enorme e intrincado, plagado de animales, follaje y rostros. La sala del desayuno tenía un hogar descomunal que chisporroteaba ferozmente detrás de la parrilla; a la parrilla había que pasarle grafito periódicamente para mantenerla en condiciones. La sala contenía antimacasares de encaje y esbeltos armarios de vidrio con piezas de porcelana; allí estaba prohibido jugar a la pelota.

En el delicioso y húmedo sótano de abuela, que siempre me viene a la memoria cuando leo a Edgar Allan Poe, los embutidos de la siguiente Navidad colgaban de ganchos del cielo raso. Tenían que madurar dieciocho meses antes de estar a punto. En esa casa se curaban jamones enormes y se hacían pasteles de puerco enormes. Se consumían postres enormes. Para el desayuno, uno comía un potaje o crocantes frutas secas; la azucarera de plata era magnífica; y uno seguía las peripecias de Pip, Squeak y Wilfred en el *Daily Graphic*, que entonces era un periódico respetable. Aunque la tira cómica iba dirigida a los niños, debía de tener alguna significación política, pues creo recordar que uno de los personajes secundarios era un viejo y terrible anarquista-bolchevique llamado Boskofski que merodeaba por todas partes con una bomba a punto de estallar en el bolsillo.

Mi abuela era una mujer diminuta de cabello blanco y tez marfileña que sobrevivió al esposo en veinte años. Siempre vestía de luto, ropa negra con un cuello de encaje blanco y alechugado. Aunque murió en 1945, cuando yo estaba en Sumatra, la recuerdo con absoluta nitidez. Sin embargo mis *sentimientos* por ella son un misterio. Me trató siempre con suma cordialidad, y no recuerdo que nunca dejara de sonreírme, aun cuando un amigo canino y yo nos esmerábamos para descalabrar esa casa escrupulosamente ordenada; pero cierta reserva en ella siempre me impidió amarla.

Por otra parte, amé sin reservas a ese monstruo, mi abuelo. Hablo de abuelo Aldiss, H. H. Aldiss de Dereham, J. P. Mi padre le tuvo sumo respeto hasta sus últimos días, y siempre lo llamó "el Gobernador".

El Gobernador no sólo gobernaba, sino que uno lo veía gobernar. Regía lo que ahora se llamaría un supermercado, con una cincuentena de empleados. Había tres secciones principales, la lencería y sombrerería para damas, al mando directo del Gobernador, la sastrería de caballeros, y los artículos domésticos y muebles que el Gobernador regenteaba por intermedio de mi padre y mi tío. Detrás de estas secciones había "fábricas" y depósitos donde se almacenaban alfombras, camas, rollos de linóleos, y muchas otras mercancías, y talleres donde los hombres se sentaban con las piernas cruzadas y confeccionaban trajes o donde las mujeres parloteaban sin cesar y creaban vestidos o sombreros. H. H. Aldiss también se encargaba de mudanzas y funerales. Recuerdo con bastante claridad la carroza de cristal tirada por dos enormes caballos negros con penachos negros, y conducida por Nelson Monument con su chistera de seda negra. Luego compraron un coche de motor y la vieja carroza quedó abandonada en un patio trasero. Pronto los establos quedaron vacíos, aunque algunos mininos —y una vez una nidada de pichones de lechuza asombrosamente feos— eran criados por sus ferales padres en los altillos de los establos.

Todo el complejo de edificios era un patio de juegos para mis primos y yo. Las diversas secciones se conectaban mediante corredores largos, con frecuencia oscuros; debajo de ellos había "salas de calderas" donde se cumplía la formidable misión de caldear las secciones. Establecidas en diversos recovecos de este caótico conglomerado de edificios, había puñados de personas abocadas a sus diversas tareas. La relación de un pequeño con los mayores es siempre precaria. En algunos recovecos uno era aceptado como una bienvenida distracción, en otros rechazado como un fastidioso incordio; a uno podían recibirlo con elogios exagerados o bromas; y la recepción podía cambiar cuando cambiaba el personaje predominante del taller.

La sección sombrerería estaba arriba, en lo que antes había sido una casa de pensión. Entre bastidores, los viejos dormitorios con el típico empapelado a rayas hacían las veces de depósitos, corredores derruidos conservaban los dignos y antiguos mecheros de gas. A esa sección yo me lanzaba con un corazón aleteante aguijoneado por la esperanza y la expectación. ¡Sí, y el amor! Pues una de las muchachas de la sombrerería era muy hermosa. Tenía cabello oscuro, azules ojos de Norfolk, tez pálida, algunas pecas y una adorable boquita roja. A veces me llevaba a uno de los viejos dormitorios, me apoyaba en sus rodillas y me mimaba y besaba. Pero también me tomaba el pelo. Las tomaduras de pelo me sacaban de quicio; no podía aguantarlas; no obstante, las aguantaba a cambio de esos besos maravillosos.

Mucho después que nos fuimos de Dereham, seguí soñando con ese rostro, y esos labios, y planeando volver para ofrecer una versión más crecida de mí mismo.

Entre los desordenados edificios ha-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bía innumerables rincones donde ocultarse para emboscar a los empleados, que a veces se vengaban escondiéndose para asustarnos con ruidos fantasmales. También abundaban las oportunidades para fastidiar al viejo Monument, quien solía salir atropelladamente del guardarnés maldiciendo mientras una bolsa le bloqueaba la chimenea por fuera y el humo le impregnaba el cuarto pequeño y maloliente. Había infinitas posibilidades de ir a cazar ratas con los terriers, o de encaramarse a paredes para recorrerlas, infinitas posibilidades de desaparecer.

De vez en cuando, el Gobernador se manifestaba en su ira y nos aporreaba asestándonos el bastón en las piernas o las posaderas. O enviaba a mi padre a que lo hiciera. Papá hacía lo que le mandaban, pero él pasaba sus buenos ratos, aun en horas de trabajo. En la sección sastrería eran frecuentes las carcajadas convulsas festejando travesuras tramadas por mi padre. A veces, para eludir a los representantes ("viajantes", los llamaban en esos días), se cambiaba de ropa en uno de sus propios probadores y pasaba de largo frente al hombre saludándolo amablemente con el sombrero, y para colmo con un bigote postizo.

En su juventud, papá fue aficionado al teatro. Teníamos una foto donde aparecía grotescamente vestido de pierrot. East Dereham le infligió respetabilidad, pero aún sabía gozar de una travesura absurda; a veces, durante las comidas, nos conminaba a callar y luego se sentaba calzándose el servilletero en el ojo como un monóculo. Las guerras de trapos voladores se libraban solapadamente entre las tareas serias de la tienda. Papá sabía trucos de magia, contaba chistes, y dibujaba maravillosamente. Acostumbrábamos ir a la piscina para verlo ganar relojes de carey y otros premios en los campeonatos locales.

Todo el mundo trabajaba a destajo en la tienda de papá, aguantando horarios largos y sueldos bajos. A última hora de la noche, alguien solía llevarle a papá una taza de té a la oficina. A veces permanecía intacta una hora, hasta que el té se enfriaba y yo manoteaba los bizcochos.

El Gobernador lo presidía todo. Era bajo y corpulento. Tenía carrillos pequeños y redondos, y un bulto misterioso en una mejilla. El Gobernador siempre estaba bien vestido. Hablaba con aspereza. Todos lo respetaban. Se tomaba sus vacaciones anuales en Torquay o Gibraltar, una vez en cada parte. En una ocasión, me trajo un objeto de madera y metal que imitaba el piar de los pájaros cuando uno lo retorcía. Tenía pocas aficiones fuera del trabajo. Practicaba jardinería y los domingos iba a la capilla dos veces. Era abstemio. Leía la Biblia pero pocos otros libros; sé que le gustaba cualquier cosa sobre la hazaña antártica de Scott, a quien admiraba.

Su esposa, mi abuela, pasó muchos años en cama afectada por una de esas enfermedades misteriosas que han desaparecido con la gutapercha, Birkett Foster, y el lacre de farmacia. Yo solía subir para verla en su habitación fresca, donde los ventanales daban a jardines y prados. Me pregunto qué clase de mujer sería ella. Me gustaba estar en ese cuarto, entre racimos de uvas, flores y adornos; pero era un alivio volver sigilosamente abajo y estar libre.

El hábitat del Gobernador no parecía encontrarse en la casa. Lo veíamos allí sólo en Navidad. La tienda era su verdadero entorno. En medio de todo eso tenía su despacho, tan en medio que el despacho no tenía ventanas. En cambio uno podía asomarse a una enorme caja fuerte con puerta verde. El Gobernador ocupaba una silla giratoria, rodeada por damas en taburetes altos, enfrascado industriosamente en los libros de contabilidad como si Disraeli no hubiera muerto nunca. Pero siempre tenía tiempo para mí; yo sabía que él me amaba a su manera ruda e inexpresiva, y siempre iba a darle un respetuoso beso de despedida los sábados a la noche, cuando él me deslizaba una moneda en la palma pequeña y artera.

Mi abuela al fin murió. Tarde en su vida, el Gobernador volvió a casarse. Se casó con una de las cajeras, una simpática jovencita que era su tenedora de libros. Armó un revuelo sin precedentes en la familia. Nadie podía comentarlo, aun décadas más tarde, sin acalorarse. Pero el viejo hizo bien. Su nueva esposa era una mujer maravillosa en todo sentido, y por si fuera poco era muy amable con mi hermana y conmigo. Hizo feliz al Gobernador en los últimos años de su vida.

Todo esto debe parecer a mundos de distancia para mis lectores norteamericanos. A mí me parece a mundos de distancia. En todo salvo en la fecha, nuestro pequeño rincón de Norfolk en los años 30 era victoriano en el sentir y el pensar. Y el sol ni había soñado con ponerse en el Imperio.

Cuando yo tenía trece años, fuimos a vivir a la costa, a Gorleston-on-Sea. Allí, papá solía ir a pescar junto al viejo muelle holandés, destruido años más tarde por la marejada. Volvía con un balde lleno de pescado para nosotros y los vecinos. A veces comíamos cangrejo. Se podían comprar cangrejos grandes, aderezados, en la pescadería de la calle principal, por nueve peniques; ahora cuestan casi dos libras, sin aderezar. Y podíamos comprar cajas de huevas de arenque blandas y duras, un lujo para la hora del té. Mamá siempre vio de que siguiéramos comiendo bien. Quizá yo deba mi salud y condición física, por no mencionar mi afición a todos los platos exóticos, a esos años de buena comida que, comparados con la misera dieta de la escuela de pupilos, fueron lo que el Paraíso al Infierno.

Mi padre era un pescador experto. Nada le gustaba más que pasar el día entero en algún remanso apacible, preferiblemente en uno de los riachos de Norfolk, mirando la línea. Un día me llevó a Hickling Broad. Llegamos muy temprano. No había nadie cerca. Los pájaros sobrevolaban los vastos silencios del agua. Me había encantado si no hubiera tenido que pescar.

Sólo después que él falleció, a mediados de los años 50, comprendí que mi padre se consideraba un fracaso. ¡Un fracaso! ¡Ese hombre esbelto y ocurrente que trabajó tanto por nosotros! ¡Imposible! Pero el tiempo nos permite ver más hondo. Ahora entiendo su dolor cuando tuvo que vender su parte del negocio a la muerte del Gobernador y debimos abandonar Norfolk para siempre. Tenía sentido del humor, pero sus bromas se hicieron más y más amargas y tomaron por blanco a la familia, que debió de ser un peso cada vez más arduo para él. Murió cuando mi primer hijo, Clive, tenía menos de un año. Ahora tengo tres hijos más que no saben nada de él, de Stanley Aldiss.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cuando le conté a papá que estaba pensando en dejar mi empleo y hacerme escritor, se horrorizó. Su experiencia le había enseñado a aferrarse de lo que tenía. Mientras que mi experiencia me había enseñado que las cosas mejores estaban a la vuelta de la esquina. Antes que partiéramos de Dereham, ya podía sentir la acechanza de las puertas de la prisión; qué bien sé cómo se sentía H. G. Wells en su tienda de paños, pues yo estaba condenado al mismo destino. Escapé. La desgracia suprema de mi padre fue mi golpe de suerte.

Aquí hago una pausa para evocar a ese joven de trece años. Algunas cosas ya las había decidido. Había decidido que tenía tanto interés en las actividades de su padre como Kafka en circunstancias similares. Había decidido que no le interesaban los rituales religiosos que zumbaban a su alrededor. Pero, más profundamente, había decidido que despreciaba el seguro medio burgués donde vivía.

Por entonces ya era un lector omnívoro, aunque leía principalmente bodrios; pero me había apoderado de un libro que confirmó mis ideas sobre el tema. Una célula de cultura francesa había penetrado en East Dereham (una campiña absolutamente Bovary, ahora que lo pienso) y me enfrasqué en una traducción de lo que quizá era *Vie de Bohème*, de Murger, pero más probablemente era Zola, cuyo apellido de cuatro letras siempre ejerció un efecto hipnótico sobre mí. No recuerdo qué era, aunque todavía puedo oír el tictac de un reloj mientras lo leía. La novela me inspiró una añoranza por la vida bohemia que nunca he perdido porque nunca la gratifiqué, y la sensación de que ser socialista formaba parte de la vida, aunque nunca he sido socialista con mayúscula. Esos sentimientos parecían ausentes en los círculos donde me crié.

Junto con eso surgió cierto interés en la ciencia. He mencionado a mi ídolo, sir Malcolm Campbell, el hombre que desafiaba la muerte y a menudo rompió el récord mundial de velocidad. Alcanzó un nuevo récord mundial cuando yo tenía diez años, conduciendo en Daytona Beach, un nombre que solía recitar en voz baja y jadeante. Más tarde, rompió el récord de velocidad sobre el agua. Tanto sus coches como sus lanchas se llamaban "Bluebell". Yo tenía un pequeño libro de imágenes, auspiciado por Castrol u otra marca de aceite, que, cuando se hojeaba con rapidez, mostraba a la poderosa "Bluebell" hendiendo las aguas de Coniston.

La revista juvenil que compraba todas las semanas era *Modern Boy*, publicada por Amalgamated Press. Adoraba *Modern Boy*. Sir Malcolm Campbell a veces colaboraba en ella, y también el oficial aeronáutico W. E. Johns, pues sus historias de Biggles ya se estaban publicando. Yo era absolutamente adicto al capitán Justice. Justice era un aventurero elegante, aficionado a usar pantalones blancos y gorra naval y a fumar cigarros. Tenía varias bases en todo el mundo, y la principal era la Torre Titánica, significativamente en medio del Atlántico.

Desde la Torre Titánica, Justice resolvía los problemas del mundo anglonorteamericano en un cuento tras otro. Los cuentos eran escritos por "Murray Roberts", pseudónimo de Robert Murray Graydon. Justice y compañía se internaban en el África para toparse con un imperio de esclavos regido por fuerzas extrañas, enfrentaban insectos gigantes, combatían contra enormes robots, derribaban alarmantes máquinas voladoras, sobrevivían a un mundo sumido en las tinieblas (¡la más cautivante de todas sus aventuras!) y además visitaban regularmente los planetas errantes que surcaran en ese momento nuestro sistema solar.

Así la ciencia ficción entró en mi vida y empezó a distorsionarla, desde una edad temprana. Mi culto de los héroes pasó de un Campbell a otro, de sir Malcolm a John W.

La ciencia también me atrapó. Rebuscando en mi memoria, no puedo evocar ningún interés en las artes o las ciencias entre los miembros de nuestra familia. Pero mis padres me regalaron un microscopio a la edad adecuada; atisbar por ese tubo se transformó por un tiempo en una de mis ocupaciones favoritas. Cualquier cosa de que pudiera echar mano terminaba en esas placas frágiles, y lo que veía lo copiaba y coloreaba con acuarela en una libreta especial. Había una compulsiva atracción estética en ese mundo microscópico.

Otros hitos en mi viaje hacia la comprensión de que la ciencia mi plato favorito ya los he catalogado en *The Shape of Further Things* (*La forma de las cosas que vendrán*) o *Billion Year Spree* (*El jolgorio de mil millones de años*). El descubrimiento de *Marvel, Amazing* y *Astounding* en el mostrador de Woolworth. La compra por un chelín de la notable novela de Alun Llewellyn *The Strange Invaders* (*Los invasores extraños*). La lectura continua de las novelas de H. G. Wells, no sólo los cuentos de cf sino *Tono-Bungay* y *El nuevo Maquiavelo* que, además, me gustaron por sus ideas socialistas. Pero fue *The Strange Invaders* lo que me convenció de que había descubierto algo importante. Aunque me gustaban las revistas —y me entusiasmaba especialmente "Time Warp" ("Torsión temporal"), de Kuttner, en *Marvel*, a causa de su elemento erótico— pensaba que estaban pésimamente escritas y leerlas me avergonzaba un poco.

De dónde saqué esa visión crítica, no tengo idea. A los ocho años había empezado a apreciar el estilo, vehículo de la ficción, tanto como el contenido.

Lo que me sucedió a los ocho años fue terrible. Hasta el momento he pintado un cuadro alegre. A los ocho años me enviaron a una escuela de pupilos, y seguí en la escuela de pupilos y en la escuela pública hasta que cumplí dieciséis y tuve edad para ingresar en el ejército, que sin demora se encargó de despacharme al Lejano Oriente por cuatro años. De modo que mi alejamiento del hogar y de los padres empezó temprano en la vida, demasiado temprano.

Me enviaron allí, como al Pip de la fragua de Joe Gargery, para que me educara y me convirtiera en un pequeño caballero. El tratamiento, como en el caso de Pip —Dickens fue siempre un observador agudo—, dio por resultado una criatura apocada y convencional, desgajada de sus raíces. Miles de niños ingleses soportaban y aún soportan el sistema de la escuela pública; la mayoría se las ingenia para sobrevivir. Pero en mi opinión es un sistema pernicioso, fatal en muchos aspectos de la vida, y tal vez

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

explica buena parte de la legendaria frialdad atribuida a los ingleses por los extranjeros. Pasaron muchos años de vida adulta antes que pudiera librarme de esa fría sombra de exilio.

Lo cual no significa que las escuelas en sí sean malas. Mi última escuela, West Buckland de Devon, era un buen establecimiento y fui feliz allí. No obstante, las posibilidades de tormento en una comunidad autoritaria, en la cual uno está confinado veinticuatro horas por día durante semanas consecutivas, son mcuhas.

Al menos la escuela me brindó la oportunidad de escribir y leer. ¿Cuándo hice mi primer libro? No lo recuerdo. Por cierto, me pasaba el tiempo haciendo libros durante la escuela preparatoria, entre ellos mi libro sobre microscopios. Entonces yo era una autoridad sobre la vida prehistórica y daba lecciones sobre los dinosaurios a otros jóvenes, a un penique por clase (con una sagaz combinación de erudición y sentido comercial a la que nunca renuncié del todo). Más tarde vino mi período de melodramas victorianos, mi período de dramas épicos, mi período de cuentos de fantasmas, mi período de cuentos espaciales, mi período pornográfico, mi período pornográfico-espacial (muchachas que eran violadas por enormes vegetales de Júpiter y lo pasaban muy bien), mi período de sangre y horror, y así sucesivamente, hasta que, en el ejército, escribí "Her Dear Dead Body" ("Su adorable cadáver"), una suerte de cuento erótico-policial. También llevaba un voluminoso diario.

El diario se prolongó años y años, y se volvió cada vez más grande y pretencioso. Evolucionó hasta transformarse en un gigantesco fárrago de muchos millones de palabras. Todavía lo tengo, un par de docenas de volúmenes. Contiene los devaneos de un extraño y carece de interés; sólo lo conservo por una mezcla de vergüenza y orgullo: a fin de cuentas, librarme de todos esos días y frases incontables debió servirme de algo.

Todas esas variedades de escritura, cada vez más ambiciosas, me prepararon bien para cuando llegó el momento de intentar algo profesional. Para entonces escribir era parte integral de mi vida.

Cuando me fui del ejército, no tenía más ambición que escribir. El regreso a la vida civil en 1948 fue extremadamente desconcertante; no tenía ningún conocimiento de la sociedad, excepto las anticuadas reglas que había percibido brumosamente en la niñez, aunque tuve la suerte de encontrarme en Oxford, donde las costumbres eran bastante elásticas. Mientras todavía gozaba de mi licencia de repatriación, me puse a escribir una novela sobre las esperiencias de un soldado en la India, Burma, Sumatra, Singapur y Hong Kong; iba a titularse *El cazador abandona el rebaño*, y escribí cinco capítulos antes de renunciar. El impulso que la guiaba era tan nostálgico como creativo. De hecho, extrañaba el sol y la atmósfera de Oriente. Esa región, esa experiencia, me han acompañado continuamente. En Oriente la gente posee menos cosas, pero no parece sufrir de nuestra envidia crónica.

Quería ser poeta, aunque no estaba familiarizado con la obra de ningún poeta posterior a Thomas Hardy. Conseguí un empleo en una librería de Oxford, donde entré en contacto con el material físico de nuestra cultura. Tomos encuadernados de Macaulay, Gibbon en piel, Richard Burton en folio, Hogarth en tamaño grande, eran para mí objetos románticos. Y desde luego siempre estábamos cambiando libros de lugar, un buen recordatorio de que, por grande que sea el éxito, cada perro tiene su día, como había dicho Borrow.

En esos claustros penumbrosos, me topé con espléndidos héroes dieciochescos como Cándido, Tom Jones, Rasselas el príncipe de Abisinia, Vathek, y el arrevesado Tristram Shandy, además de conocer por primera vez en versiones completas a esos temerarios viajeros, Robinson Crusoe y Lemuel Gulliver. Creaciones formidables, todas ellas, y todas creadas por autores que proyectaban *personnae* enérgicas en sus obras. Cada obra es a su modo un suntuoso entretenimiento que además constituye una inadagación del mundo.

Fielding, Johnson y Sterne, especialmente, despertaron en mí al simio industrioso. Durante algunos meses mi escritorio estuvo atiborrado de mañas sternianas y disquisiciones fieldinianas escritas en johnsoniano. Luego cambié de rumbo y las quemé todas. Me puse a leer a ese olvidado escritor contemporáneo, Eric Linklater, y en cambio lo imité a él.

Al cabo de un tiempo, empecé a colaborar en el periódico del gremio. El jefe de redacción me encargó una serie llamada "The Brightfount Diaries", acerca de la vida en una librería ficticia y agradable. El resto, como dicen, es historia, aunque una historia demasiado anónima para repetirla aquí. Un día recibí una carta de Charles Monteith, de Faber & Faber, diciendo que en Faber yo

tenía mis fans y tal vez debería pensar en dar forma de libro a esa serie.

Yo sabía que la serie tenía éxito, y en realidad no había estado pensando en otra cosa. Así que concreté el libro, mi primera obra publicable; Pearl Falconer —entonces un ilustrador de moda— hizo unos deliciosos dibujos; y Faber lo publicó, con un éxito modesto y halagüeño, en noviembre de 1955. La edición se mantuvo en catálogo durante años y Faber, Dios los bendiga, nunca liquidó las existencias. Me vendieron los últimos treinta ejemplares por una bicoca a fines de los años sesenta.

Para mí, hubo pocos manuscritos no aceptados, pocas notas de rechazo, no me moría de hambre en una bohardilla. Debería sentirme culpable pero no es así. Hubo muchos años de privaciones, cuando vacilaba en comprar el diario de la mañana por temor a descalabrar el presupuesto, las cervezas estaban muy lejos, y comía en sitios llamados "restaurantes británicos".

Mis relaciones con Faber se prolongaron durante veinte libros y diecisiete años; una asociación muy conveniente. Por suerte, Charles Monteith era también lector de cf; en los años 50, en Inglaterra eran pocos y estaban aislados, especialmente en los puestos clave. Charles conocía a Kingsley Amis, Robert Conquest y Bruce Montgomery (Edmund Crispin), todos los cuales habían estado en Oxford y leían *Astounding*. Conocerlos fue una experiencia alentadora.

No hubo dificultad en seguir las huellas de *Brightfount* con un volumen de cuentos de ciencia ficción, *Space, Time and Nathaniel (Espacio, tiempo y Nathaniel)*. Para entonces estaba renun-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ciando a la idea de ser poeta, persuadido por la lectura de Eliot, Auden, MacNiece y John Donne, quienes me mostraron qué era realmente la poesía. Mi homenaje a esa ambición se encuentra en el índice de *STAN* (siempre conocimos el libro por su acrónimo), donde los títulos de las tres clases de cuentos están ordenados en forma de octeto y sexteto, como en un soneto. Hay catorce títulos.

Publicar ese volumen en 1957 fue un acto de fe por parte de Faber. Yo sólo había publicado trece cuentos; tuve que escribir apresuradamente el decimocuarto para redondear el número. Los derechos para edición de bolsillo no se vendieron hasta 1966. Con mi libro siguiente, *Non-Stop (Viaje sin escalas*; también publicado como *La nave estelar)*, tuve el mismo problema con las ediciones de bolsillo. Eventualmente, los derechos se vendieron a Digit por 75 libras y el dinero me vino bien. *La nave estelar* se ha traducido hasta ahora a trece lenguas extranjeras.

En 1957, lo que escribía en mi tiempo libre me daba tanto dinero como mi trabajo de 9 a 5:30 en la librería. Así que dejé la librería. Desde entonces nunca he tenido que alimentarme con un sueldo, y he vivido feliz para siempre.

La situación financiera no mejoró notablemente de la noche a la mañana. En un viejo diario he encontrado una anotación del 5 de abril de 1958 que dice: "Este es el fin del año financiero. Tengo en el banco 110 libras menos que hace un año. Y 20 libras menos en Ahorro Postal. De hecho, me quedan 60 libras, suma total de nuestra fortuna. ¡Dioses, cuán negras perspectivas!" Las perspectivas mejoraron ese año, y desde entonces no han vuelto a peligrar.

A principios de 1957 el periódico dominical inglés, el *Observer*, anunció los resultados de un concurso para cuentos ambientados en el año 2500. Mi cuento "Not For An Age" ("No era para una época") salió primero y fue publicado en el periódico con una ilustración de Leonard Rosoman. Como todos los escritores de ciencia ficción habían participado en el concurso, el prestigio consiguiente para un desconocido era inmenso. El difunto Arthur Sellings figuraba entre los veinte ganadores. Fue entonces cuando me enteré de que existía algo llamado fandom; recibí una carta de Helen Winnick invitándome a asistir al Globe, el *pub* donde se reunían regularmente los fans de Londres. Allí conocí a dos escritores jóvenes, John Brunner y Sam Youd (John Christopher). La célebre *Death of Grass (La muerte de la hierba)* de Sam ya debía de estar circulando en aquellos tiempos.

Para entonces me habían asignado la sección literaria del *Oxford Mail*, bajo la supervisión de W. Harford Thomas. Había hecho reseñas de ciencia ficción y novelas comunes, además de ensayos de todo tipo, para esa publicación. Mi columna de cf se publicó de 1954 a 1967, transformándose en la columna de reseñas de cf más duradera entre las publicadas en diarios. Debieron de leerla miles de estudiantes. Más tarde, hice reseñas de cf para el *Times Literary Supplement*, pero abandoné cuando el nivel del trabajo decayó tanto. Ni quiero pensar cuántos cientos de libros devoré para el *Mail*. Por suerte siempre tuve buen apetito. Ahora estoy haciendo una sección para el *New Review*, de Ian Hamilton.

En mi caso, la crítica y la creación fueron siempre de la mano.

Mi intención era en parte escribir novelas sociales. La obra de John Osborne, *Recordando con ira*, y la novela de Kingsley Amis, *Jim, el afortunado*, encarnaban para mí buena parte de la experiencia de mi generación; a fin de cuentas, ambos autores tienen pocos años más que yo. *Jim, el afortunado*, que me hizo desternillar de risa, alteró sutilmente mi enfoque de la vida. La risa es muy persuasiva.

Pero hubo otro elemento aún más persuasivo: la bomba atómica. Cuando arrojaron la Bomba mi división estaba en la India, descansando después de nuestro arrebato de heroísmo involuntario en Burma, y entrenándose para lanzarse contra los japoneses en un ataque por mar a Singapur. De modo que tenía buenos motivos para alegrarme del exterminio de Hiroshima y Nagasaki. Me había salvado de una buena. Mi admiración por ese idóneo presidente, Harry Truman, data de aquella época.

La energía nuclear, entonces en pañales, era algo más grande que la vida social, más grande que casi toda la gente (no más grande que *toda* la gente, no más grande que Truman: pues fue él quién decidió que la bomba quedara en manos de los políticos en vez de ser entregada a los generales; esa decisión configura uno de los puntos nodales de la historia moderna). La Bomba dramatizaba en forma contundente la abrumadora intervención de la ciencia y la tecnología, la ciencia aplicada, en nuestras vidas.

Así percibí, y he tratado de percibir cada vez con mayor precisión, que mi ficción debía ser social, debía contener elementos reideros y otros elementos que vinculamos con la vida prosaica, pero al mismo tiempo debía estar impregnada por la sensación de que nuestras existencias han sido dominadas (no siempre para peor) por ciertas fuerzas gigantescas que nacieron en el Renacimiento y alcanzaron una adolescencia pletórica con la Revolución Industrial.

Pero esos asuntos son tema de discusión más apropiados para la ficción que para unas memorias chismosas.

Como esta pieza está dirigida en parte a un público norteamericano, aprovecharé la ocasión para examinar mis relaciones con los Estados Unidos. Para un escritor resulta curioso pensar que su público natural está en otro país, aunque para mí no es tan extraño.

Por una parte, pendía sobre mí lo que he llamado la sombra del exilio. Por la otra, estaba el sueño norteamericano en el cual me criaron, o mejor dicho, en el cual yo me crié. Fui adicto al cine desde la niñez, alentado por mi primo John. Todo lo que admiraba en el cine era norteamericano. Y además, la música que me conmovía más hondamente era norteamericana, los blues y el jazz. Lo mismo sucedía con la música que en mi adolescencia llamábamos *hot*, caliente.

Las mejores ideas también parecían ser norteamericanas. Los Estados Unidos eran entonces un bastión de la libertad y la revolución continua. Fue triste ver el derrumbe de esa imagen después de la guerra; al mismo tiempo, la idea norteamericana de Gran Bretaña como una gallarda isla de guerreros se estaba desmoronando. Pero antes de la Segunda Guerra Mundial, cuando Europa se parecía cada vez más a un campamento enemigo armado, las luces de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

América ardían brillantemente, vistas desde la costa inglesa.

Y desde luego estaba la ciencia ficción. Claro que no podía decirse que pintara un cuadro muy alegre de los Estados Unidos, al contrario; pero irradiaba la imagen de una tierra de dinamismo y cambio. A mi entender era muy diferente de Gran Bretaña, con sus opresiones, su desempleo, sus estructuras de clase y sus dificultades comerciales (todo lo cual existía también en los Estados Unidos, aunque yo no lo veía cuando joven). Pero capté el mensaje de que la ciencia ficción más estimulante venía de Nueva York.

La guerra. Francia cayó. El chico de catorce años miró con una mezcla de miedo y excitación cómo el padre sacaba las dos escopetas del armario y le entregaba la más liviana, diciéndole: "Tendrás que usar esto cuando llegue la invasión, así que convendría practicar un poco." La invasión no llegó nunca, Gran Bretaña sobrevivió por milagro, en el borde mismo de la Europa embrutecida. Nuestro gran aliado fue Estados Unidos, en la otra margen del Atlántico. A los norteamericanos se los trató como héroes. Liberadores de Europa y todo lo demás. Los tiempos cambian; un escritor de cf es el menos indicado para quejarse de eso. El cambio es la tela con que le hacen el traje.

Todo lo cual volvía natural que yo escribiera mi ciencia ficción con los ojos puestos en Norteamérica. Esa primera novela, *La nave estelar*, formaba parte de la ficción norteamericana. Yo había leído con fascinación "Common Sense" ("Sentido común"), de Robert Heinlein, acerca de una nave interestelar donde se ha producido una catástrofe, aunque al mismo tiempo me llamaba la atención la pobreza en la caracterización y la expresión. Al menos en parte, mi novela se proponía ser una reacción, un antídoto.

Otra cosa. Cuando yo empecé a escribir para publicar, aquí existían sólo dos revistas de cf, *Authentic* y *Nebula*. Me disgustaba la tónica de *Authentic*, que incluía largas y tediosas narraciones con títulos al estilo de "Juguetes de los inmortales" (mejoró más tarde bajo la dirección de E. C. Tubb). *Nebula*, dirigida por Peter Hamilton en Glasgow, era más atractiva. Encontré un número (el 3) en Freshwater, isla de Wight, lo leí y decidí que yo podía estar casi a la altura de los colaboradores. Hamilton se tomó un gran trabajo para hacer publicables los cuentos que le envié, pero sin demasiado éxito. Por de pronto, siempre me ha disgustado escribir al gusto de los editores.

Entonces las revistas de Ted Carnell empezaron a salir con regularidad. Nunca bastarán los elogios para Ted por ejercitar ese principio de puntualidad al cual adhería, por su sano buen humor, ni por su escrupulosa honestidad en asuntos profesionales y financieros. Pero siempre fue evidente que la mayoría de sus autores eran poco más que analfabetos y carecían de imaginación. De ellos Jimmy Ballard ha dicho que eran "el puñado más desabrido y patético de ex periodistas de tercera" que había conocido; y lo eran. De hecho, copiaban tímidamente una tradición norteamericana en vías de extinción. Muchos de sus cuentos eran material rechazado por revistas norteamericanas.

Era lamentable que en una revista británica se afectara un falso acento norteamericano. No me cabe duda de que fueron estas tradiciones chapuceras las que colmaron la medida y propiciaron la revolución signada por Moorcock y sus hordas emplumadas.

Aun antes de la época de Moorcock, había sólo dos autores que yo podía leer con interés en las revistas de Ted. Uno era yo. Un autor tendría que leer siempre sus escritos con atención cuando aparecen impresos, cuando ha adquirido la distancia necesaria para evaluar sus errores y triunfos. El otro era J. G. Ballard, que nunca manchó su carrera escribiendo refritos norteamericanos.

Antes de nosotros, Arthur C. Clarke siempre había empleado giros ingleses en vez del yanqui de pacotilla tan usado por algunos de nuestros colegas.

Al principio, las cosas me fueron mejor en los Estados Unidos que en mi propio país. Tuve la suerte de contar con Truman "Mac" Talley como editor en Signet; se preocupaba de veras, y yo apreciaba sus consejos. Cuando recibió el manuscrito de *Invérnáculo* (que él insistió en retitular *El largo atardecer de la Tierra* para que no fuera a parar a la sección horticultura), hizo gran cantidad de correcciones en lapiz. En todas las páginas había alguna alteración. Me lo envió para que le echara un vistazo. Quedé horrorizado. Le mandé una carta diciendo que preferiría que la novela no se publicara antes que publicarla en forma tan mutilada. Me contestó "De acuerdo", e imprimió el texto original.

Con Mac se publicaron los mejores de mis primeros títulos en los Estados Unidos, pulcramente envasados con cubiertas de Powers, y yo estaba orgulloso de ellos. También estaba recibiendo comentarios de Anthony Boucher y Fred Pohl, hombres cuyo trabajo respetaba. En Nueva York el ambiente era más agudo e intelectual. Y agradecí a Don Wollheim que publicara en Ace mis primeras y más vacilantes tentativas.

Era una época estimulante para entrar en catálogo. En ese momento no parecía ocurrir nada importante en Inglaterra, al margen de John Wyndham y John Christopher. Yo admiraba y todavía admiro *Death of Grass*, de Christopher (titulada *No Blade of Grass* en Norteamérica), y su muy hilarante y sagaz novela *In the Year of the Comet (En el año del cometa)*. También estaba Arthur, cuyos escritos me divertían muchísimo; pero su inequívoco estilo inglés se exportaba generalmente a Nueva York.

En Norteamérica ocurría mucho más que ése; los otros colaboradores de este volumen* ya estaban impactando al mundo. *Mercaderes del espacio*, de Pohl, escrito en colaboración con Cyril Kornbluth, ya estaba en vías de ser aceptado como un clásico. Bester había encendido sus juegos pirotécnicos, *El hombre demolido* y *Tigre, tigre*, afectándome profundamente las retinas. Silverberg ya llenaba todas las revistas disponibles; tuve el placer de conocerlo en 1957. Knight todavía escribía ficción, a menudo con un énfasis humorístico que me gustaba mucho, y ya había publicado su libro de reseñas, *In Search of Wonder*. (Debo de haber leído ese

* Este artículo forma parte de un volumen de ensayos autobiográficos de autores del género, *Hell's Cartographers (Cartógrafos del infierno)*. Los otros colaboradores son Robert Silverberg, Alfred Bester, Harry Harrison, Damon Knight y Frederik Pohl. *(N. d. E.)*

Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

volumen con más frecuencia que cualquier novela de cf, con la posible excepción de *La Tierra permanece* y *Fuera del planeta silencioso*. *Stainless Steel Rat (La rata de acero inoxidable)* y *Deathworld (Mundomuerte)*, de Harrison, ya habían aparecido, ofreciéndole ganancias tan suculentas como para que trajera su familia a Europa en el comienzo de sus largas peregrinaciones.

New Maps of Hell (Nuevos mapas del infierno), de Kingsley Amis, se había publicado en 1960. En muchos sentidos, hay que considerarlo un acontecimiento especial. De hecho puso a la ciencia ficción en muchos mapas. Amis fue el primero que dio clases universitarias sobre ciencia ficción, tomándola como un tema de discusión serio, y su libro sigue siendo ejemplar por la agudeza y el estilo, aunque los conocimientos sean algo atolondrados. *Cartógrafos del infierno* es un título que refleja parte del calor y la luz de Amis.

Como parte de la hospitalidad que me brindaron los lectores norteamericanos de cf recibí una plaqueta de la 17ª Convención Mundial de cf que me señalaba como el "autor novel más promisorio"; más tarde recibiría un Hugo y un Nebula.

Esa plaqueta al "autor novel más promisorio" todavía me sigue alentando. Era el indicio de que alguien se fijaba en mí, y lo tomé como tal. Me indigné cuando un tal Devore de Chicago sugirió más tarde que me quitaran la plaqueta.

(Es cierto que, aún más tarde, los australianos me nombraron por votación "el mejor escritor contemporáneo de cf en todo el mundo", pero sospecho que se trataba de una conspiración amistosa de Lee Harding, John Bangsund y Bruce Gillespie. No obstante, el título luce bien en las sobrecubiertas.)

La carrera de un escritor es algo irregular, sujeta al azar como la mayoría de las cosas. Tuve algunos topetones en los Estados Unidos, cambios en Signet y contratiempos con agentes; entretanto, el éxito empezó a sonreírme en mi propio país.

Escribiendo en Inglaterra en 1974, podría enumerar muchos problemas que aquejan al país, y muchas vejaciones que asfixian al individuo. Pero la década del 60 fue en ciertos sentidos un período de exaltación. Es difícil encapsular lo que sucedió pero, en mi opinión, los romanos estaban esforzándose por volverse italianos. Los británicos habían perdido o cedido la mayor parte del imperio y, lo que es más, los godos hormigueaban dentro de la capital. Los godos eran gentes civilizadas, y también lo eran las oleadas de italianos, hindúes, paquistaníes, chinos y norteamericanos que por diferentes razones empezaron a invadir Inglaterra. Todavía contribuyen a hacer de Londres una de las capitales más cosmopolitas del mundo.

La década del 60 fue la época de la "Swinging England", los Beatles, Mary Quant, el hippismo, la permisividad y todo eso. Florecieron relaciones personales más profundas, la gente se volvió mucho más franca, se hacía de amigos más fácilmente, y tenía menos pelos en la lengua para mandar al demonio a quien le disgustaba. Fue un fenómeno general, de ninguna manera restringido a los muy jóvenes, aunque esa revolución particular tuvo su cabeza de tormenta en 1961, cuando una estudiante llamada Helen Shapiro sacudió la conciencia nacional cantando "No me traten como a una niña" y "De vuelta a la felicidad". Fue un gran momento. No recuerdo otro mejor en este país.

Personalmente, el cambio de clima me favoreció. También me tomé mis libertades. En 1965 me casé de nuevo. La adorable Margaret Manson se convirtió en mi esposa. La larga sombra de exilio que he mencionado se disipó al fin. Según comprobé, había estado exiliado de mi propia personalidad.

El efecto de este cambio benéfico en mis escritos fue lento pero innegable.

Uno puede verlo al comparar los cuentos de uno de mis primeros volúmenes tales como *The Canopy of Time (El dosel del tiempo)* con los de mi último volumen, *El momento del eclipse*. Un reseñador de Cambridge dijo del primer volumen que los cuentos eran perfectos, clásicamente perfectos, casi demasiado perfectos; mientras que los últimos cuentos nunca se contentan con una forma estática, y la forma y el contenido configuran un todo viviente que varía según las necesidades. El dinamismo encontró una nueva orientación.

Fue a mediados de los 60 cuando Mike Moorcock se hizo cargo de *New Worlds*. Allí a uno le permitían dar rienda suelta a sus caprichos, para ventaja de todos, y especialmente para ventaja de uno mismo. Tengo que decir algo sobre *New Worlds*, aunque he comentado el tema más extensamente en *Billion Year Spree*.

Podemos identificar dos corrientes en la ciencia ficción, dos corrientes que ahora (aunque no sin dificultades) se han vuelto una: lo que llamaré la corriente "singular" y la corriente *pulp*.*

La corriente "singular" es una reacción literaria directa ante un factor nuevo o un cambio en la sociedad, generalmente acarreado por un descubrimiento tecnológico, como la mayor parte de los cambios sociales. El primer buen ejemplo es el *Frankenstein*, de Mary Shelley (un libro mucho mejor de lo que sugieren todas las películas de horror), inspirado por nuevas ciencias, nuevos hallazgos (la apertura de los Mares del Sur, por ejemplo), y nuevas filosofías, como las especulaciones evolucionistas de Erasmus Darwin. La línea hereditaria luego se prolonga en —digamos— Verne, de l'Isle Adam, Butler, Bellamy, Wells, Kafka, Huxley, Skinner, Orwell y otros. Los libros de estos hombres son reacciones singulares, o exámenes singulares de algún aspecto nuevo del mundo.

La otra corriente es la corriente *pulp*. Cuando Gernsback fundó sus revistas a fines de los años veinte, inventó la cf como género, como categoría. ¡Allí no había posibilidades de enfoques singulares! Por su misma naturaleza, las revistas *pulp* aparecían regularmente, y debían llenar un espacio regular. Así nació la cf moderna, con muchos autores mal pagados que se transmitían o plagiaban frenéticamente las ideas; en sus mejores y raros momentos, el proceso se transformó en una especie de diálogo significativo (si les interesa el tema, debo pedirles que consulten las introducciones y comentarios del *Astounding/Analog Reader*, dos volúmenes, que escribí en colaboración con Harry Harrison).

La corriente *pulp* también presenció el triunfo del editor sobre el escritor.

* Las revistas *pulp*, de carácter sensacionalista, eran de papel barato fabricado con "pulpa" de madera. *(N. d. T.)*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Era algo que no ocurría en Inglaterra, ignoro si porque los escritores son más individualistas o los editores más pobres.

Pero la gran distinción que debe establecerse entre ambas corrientes en su momento de apogeo es que mientras la singular era, por su propia índole, una literatura crítica, aun en el caso de su practicante más célebre, H. G. Wells, la corriente *pulp* pronto desembocó en las fantasías de poder y el escapismo. Aquí el gran practicante es Edgar Rice Burroughs, uno de los escritores de cf más y mejor vendidos de todos los tiempos. La influencia de Burroughs ha sido general y a menudo lamentable; entre los descendientes de Tarzán está por cierto el Michael Valentine Smith de *Forastero en tierra extraña*, de Heinlein.

Cada cual debe escoger por sí mismo sus preferencias literarias; yo ya he declarado las mías en mi historia, *Billion Year Spree*. La cf es la literatura mejor equipada para regodearse en fantasías de poder; abarca el universo, y nos puede brindar desde los infinitos poderes operativos de la mente humana hasta las conquistas puramente materiales que nos depara el átomo.

Pero si un escritor seduce a sus lectores con estos devaneos menoscaba a la larga su credibilidad como escritor. Como escritor de cepa. La humillación en que la comunidad de cf todavía (¿perpetuamente?) cree estar inmersa es precisamente la vergüenza que comparte con la pornografía, la de transformar a un hombre en un órgano de conquista en una orgía de satisfacción de deseos.

Mike Moorcock, al echar a puntapiés a la vieja guardia, aceptó la cf más tradicional, sensible a los problemas actuales. Hubo excesos, pero los excesos forman parte de toda revolución. Las palabrotas, el sexo, el cultivo del estilo por el estilo mismo, todo esto desafiaba la vieja tradición *pulp*; también la atención que se prestó a las otras artes. Esto es lo que aparentemente nunca comprendieron los opositores de la nueva ola como Sam Moskowitz, Isaac Asimov o, más literariamente, Robert Conquest.

Es decepcionante que alguien de la talla crítica de Conquest rehúse comprender que esta nueva ola tenía mucho en común con tantas revoluciones previas, mayores y menores; era una reacción contra la decadencia que estaba sustituyendo. Kingsley Amis comparte la opinión general de Conquest, tanto en literatura como en política, pero como novelista popular Amis es más consciente de la necesidad del escritor de aventurarse en nuevos territorios, según lo demuestra su continua exploración de los géneros.

La revolución de Moorcock fue impulsada en parte por escritores norteamericanos como Thomas Disch, John Sladek, Norman Spinrad, Samuel Delany, Pamela Zoline, Kit Reed (todos ellos, de paso, personas muy encantadoras), y otros exiliados que visitaban Londres de vez en cuando, y también por escritores ingleses como Mike, Ballard, David Masson, Charles Platt, Lang Jones y yo. Encontró un eco favorable en mucha gente que leía cf de cuando en cuando pero deploraba sus limitaciones. Y cuando solicité al Consejo de las Artes una subvención para *New Worlds*, pudimos confiar en el respaldo inmediato de un amplio espectro de personalidades de las artes y el periodismo que gustaban de la ciencia ficción, Angus Wilson entre ellas. Desde entonces la cf ha prosperado mucho en Inglaterra, y no sólo en el estrecho sentido comercial, al margen de otras artes. La cf puede ofrecer algo nuevo a las artes siempre que el género, o cualquier autor que desee practicarlo, cese de regodearse en los arabescos de las fantasías de poder. Desde luego, las fantasías de poder siempre se venden bien. No es eso lo que estoy discutiendo.

Quizá las promesas tempranas no se cumplieron del todo. Suele ocurrir con las promesas tempranas. Los buenos escritores son siempre demasiado pocos. Pero Spinrad sigue siendo un talento considerable que irá aún más lejos. Disch se recobrará de su actual inactividad. Mientras que Kit Reed, en libros como *The Better Part* y *Tiger Rag*, ha demostrado que es una estupenda novelista psicológica. Samuel Delany, ese hombre elusivo, ya cuenta con muchos admiradores.

Mientras se sucedían tantos acontecimientos, yo estaba dedicado a otras cosas. En 1964 Margaret y yo compramos un viejo Land-Rover y nos dirigimos a Yugoslavia, donde viajamos por las seis repúblicas que integran ese estado. Un país maravilloso, una gran experiencia, tremenda al punto de arrebatarle a uno seis meses de vida. Nunca logramos organizar otra expedición similar. Del viaje a Yugoslavia nació mi único libro de viajes, *Cities and Stones (Ciudades y piedras)*.

Margaret y yo nos *reconocimos* mutuamente en nuestro primer encuentro, lo cual significaba que podíamos aguantar muchos disparates recíprocos y bastante con cierto placer.

Fue importante que ella me viera tal cual soy. A partir de entonces pude reconocerme a mí mismo; mis escritos se transformaron de acuerdo con los misteriosos cambios de velocidades que impulsan las evoluciones individuales. Con mi primera esposa no hubo tal reconocimiento. En verdad, cuando ese matrimonio alcanzaba las etapas finales del derrumbe, le dije a cierta persona cuya ocupación era conocernos a ambos que una de mis angustias radicaba en que mientras yo creía tener una imagen nítida de Ella, ella no tenía ninguna imagen de Mí. Esto se confirmó. Es imposible vivir día tras día con un espejo hecho añicos. La empatía es el sol de la existencia.

La inicial sensación de caos que me había afligido era una busca de identidad. Cuando la encontré, era asombrosa y proteica. Los años de exilio trajeron su recompensa. A través de una nueva comprensión de mí mismo, pude comprender mejor a los demás. Tengo una sensibilidad empática desarrollada; ahora trato de usar sus hallazgos para entibiar el medio esencialmente frío de la cf moderna.

Un incidente asombroso del viaje a Yugoslavia. Recibimos una carta de Harry Harrison en mayo, vía la Embajada Británica de Belgrado, diciendo que en julio él y Joan viajarían de Dinamarca, donde estaban residiendo, a Hungría, una distancia de más de mil quinientos kilómetros; nos buscarían en Yugoslavia si acordábamos una hora y un lugar. Parecía un poco vago, pero contestamos que estaríamos en Makarska la tarde del 24 de julio, en el campamento local (vimos en el mapa que había un campamento, aunque nunca habíamos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

estado allí). El correo nos falló entonces. No recibimos ninguna respuesta. Pero llegamos al campamento de Makarska un par de meses más tarde, y diez minutos después que nosotros aparecieron los Harrison.

Harry y yo ya habíamos empezado a trabajar en colaboración. Con la ayuda de Tom Boardman, creamos *SF Horizons*, una pequeña revista crítica de ciencia ficción. Sólo salieron dos números, pero aparentemente ejerció ciertas influencias, ante todo sobre nosotros. Seguimos adelante con otros trabajos en colaboración. La más exitosa ha sido una antología anual de la mejor cf, idea de Harry, aunque allí yo oficio meramente como pulsador de talento. Nuestro reciente *Asounding/Analog Reader* en dos volúmenes se vende bien. Pero ante todo nuestra asociación ha sido fructífera por la comprensión de la escritura que hemos podido brindarnos mutuamente. El hecho de que nunca nos hayamos engañado ni desalentado también ha ayudado bastante.

Generalmente se da por sentado que mi principal contribución a la era de Moorcock consiste en *Report on Probability A (Informe sobre Probabilidad A)* y *Barefoot in the Head (A cabeza descalza)*. Ambos aparecieron por cierto en *New Worlds* (*A cabeza descalza* por entregas, como los cuentos de "La guerra de las ojivas de ácido"). En realidad, *Informe* lo escribí unos años antes, en 1962. Al cabo de un tiempo, un escritor cimenta muy bien su propio estilo para sufrir la influencia notoria de las novedades, pero en 1960 me convencía bastante el *nouveau roman* francés, la antinovela, tal como la practicaban Michel Butor y Alain Robbe-Grillet (Marguerite Duras me gustaba menos).

Admiraba la eliminación de muchos clichés literarios. Me atraía el hecho de que Robbe-Grillet y Duras fueran inmediatamente traducibles al lenguaje cinematográfico. En particular, me maravilló el film de Robbe-Grillet y Resnais, *Hace un año en Marienbad*, con sus confusiones temporales, sus misteriosas agonías y sus perspectivas extrañas. Todavía encarna para mí muchas de las cosas que más he defendido en la cf (otros elementos valiosos se encuentran en *El discreto encanto de la burguesía*, el reciente film de Luis Buñuel).

Las novelas de Robbe-Grillet no son precisamente obras que uno quiera releer muchas veces. Pero *L'Emploi du temps*, de Michel Butor, es menos austera, y merece recomendarse como un libro permanente.

Estos ejemplos me dieron coraje. Decidí limpiar mi prosa de todos sus ripios. Así desarrollé la situación central de *Informe*, una situación saturada por un drama que nunca se resuelve. Más aún, contuve la emoción involucrada en el asunto, de modo que el lector debe poner la emoción por sí mismo.

Más tarde conocí a Anna Kavan, autora de *Ice*, y descubrí que a ella también la había fascinado *Hace un año*... Es una mujer audaz se quitó la vida antes de enterarse de su nueva reputación, algo que lamenté siempre. Era maravillosa, y es absolutamente adecuado que ahora esté creciendo un culto alrededor de su nombre.

Después que Moorcock hubo publicado *Informe*, pude venderlo como libro. Faber lo publicó en tapas duras; Sphere en edición de bolsillo, donde todavía se reimprime a menudo. Lamentablemente, aún no he podido contratar una traducción francesa. Es una novela que debe mucho a la fría París del intelecto.

En Estados Unidos, *Informe* no pareció conquistar los admiradores que un libro de esa índole requiere para ganar terreno. Pues en verdad necesita una lectura atenta, sobre todo si uno se ha alimentado con una dieta de revistas *pulp*. Mi gran amigo Larry Ashmead lo publicó en tapas duras en Doubleday. Las casas que normalmente lanzaban mis ediciones de bolsillo, como Signet, no querían respaldarlo. A la larga apareció en Lancer, pero obviamente no ha tenido la misma recepción que en Inglaterra. Una lástima. Es la novela donde más me aproximé al cumplimiento de mis intenciones, y su esencia aún me ronda de una manera que podría atribuir a pocas de mis otras novelas.

A cabeza descalza es más ambiciosa. Creo que tiene sus méritos. También ha tenido una repercusión ambigua en Norteamérica. Larry también la respaldó. Los editores de libros de bolsillo de nuevo se intimidaron como vírgenes escandalizadas. Al fin Ace lanzó una edición bastante simpática. Desde un principio, la novela tuvo sus admiradores. Quedé muy agradecido a Jannick Storm, quien la tradujo al danés, toda una hazaña.

Doubleday tuvo que reducir a pulpa su edición. Vendió menos ejemplares que la traducción danesa (¡en un país de sólo cuatro millones de habitantes!). Pero excéntricos como Harlan Ellison, Norman Spinrad, Theodore Sturgeon y James Blish han revelado algunas virtudes de la novela a un público

reacio, y es posible que sobreviva y florezca en los Estados Unidos como lo ha hecho en Inglaterra.

La creciente hueste de académicos debería adherir a la causa de las novelas que se animan a ser impopulares aventurándose en terrenos desconocidos. Por lo que sé, hasta ahora sólo Charles Platt ha usado *A cabeza descalza* en un curso de ciencia ficción.

La forma de *A cabeza descalza* está determinada enteramente por el contenido. Si uno escribe sobre una Europa bombardeada con drogas, ¿cómo se transmite esa experiencia al lector? No tuve dudas sobre la respuesta: hay que zambullirlo en ese mundo lo más hondamente que se pueda. Y eso se logra mediante la herramienta más importante que uno tiene: el uso del lenguaje. Mediante el despliegue de una fraseología adecuada, uno le hace sentir en qué consiste pertenecer a una cultura totalmente liberada y desatada. La lógica es irrefutable, piensen lo que piensen del resultado final.

El libro no es mero estilo. Está lleno de cosas, ideas, imágenes. Tardé casi tres años en escribirlo, y cuando lo terminé tuve la sensación de que había roto con la cf. Escribí en cambio novelas comunes, *A Hand-Reared Boy (Muchacho criado a mano)* y *A Soldier Erect (Soldado erguido)*, y ambas saltaron directamente a los primeros puestos de las listas de best-sellers de Inglaterra, aunque en Estados Unidos no tuvieron tanto éxito. Tal vez implicaban una experiencia muy británica. *A Soldier Erect* es quizá la mejor de todas mis novelas, salpicada de dolor y humor.

Como resultado de la revolución de Moorcock, la cf ha alcanzado una gran

Archivo de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

reputación y muchos lectores. Hubo años en que se tenía la impresión de que Ballard y yo éramos los últimos de la raza y no surgirían más escritores de cf. Ahora la situación ha cambiado, con el surgimiento de autores jóvenes como Christopher Priest, Mark Adlard y Ian Watson. Bob Shaw ya ha llegado.

Lamentablemente, los escritores de cf, como todo el mundo, tienden a volverse conservadores con la edad, y por eso continuamente hacen falta talentos, técnicas y tópicos nuevos. Un escritor tendría que incendiar su propia casa si encuentra allí un exceso de dogmatismo. Intentar algo nuevo. Como dice Bester, romper con todo.

Algunos de los más grandes escritores de cf fueron subversivos y rompieron con todo. Olaf Stapledon es el ejemplo supremo. ¡Cuánto coraje e imaginación en *Hacedor de estrellas*! La han plagiado a menudo, pero nunca se alcanzó esa altura... aunque el *Solaris*, de Stanislav Lem, posee algo de la cualidad de Stapledon.

Casi todo lo que se escribe en ciencia ficción es decepcionante, y no sólo por razones literarias; muchas de las presunciones básicas son fósiles del pensamiento. Las nociones filosóficas y políticas de la novela media de cf son ingenuas; el escritor da por sentado que la tecnología es indeciblemente buena, que el modo de vida occidental es indeciblemente bueno, que ambos pueden durar eternamente, expandirse por la galaxia y más allá de la galaxia. Esas son meras fantasías de poder. Como he dicho a menudo, estamos en el final del período renacentista. Se aproximan eras nuevas y más oscuras. Hemos agotado la mayor parte de nuestros recursos y nuestro tiempo. Ahora la nemesis debe vencer a la hybris, pues éste es el último acto de nuestro drama.

El conocimiento debería ser un desafío. No deberíamos desanimarnos "Que te toque vivir en una época interesante" era una antigua maldición china; podemos morir de cualquier cosa menos de aburrimiento. Hay que someter al espíritu humano a pruebas constantes. ¿Quién debe someterlo? Pues el hombre mismo. No hay nadie más.

Una cosa es segura, como dijo Orwell: cuando amanezca el mundo-estado no será cristiano, blanco ni democrático. Pero todavía falta mucho para eso.

Entretanto, el modo de vida occidental se ve amenazado por las termitas. La opulencia de Europa, de Japón, de los Estados Unidos, se está restringiendo. Nuestros cimientos no estaban echados en piedra, ni siquiera en arena, sino en petróleo, y el petróleo barato se terminó. Escribo estas memorias durante la Gran Crisis Energética de los Setenta, cuando el Siglo Veinte frenó con un chirrido. Los lectores deben perdonar tanta concentración en trivialidades... a las que vuelvo enseguida.

Philip Dick es uno de los autores vivos de cf cuyos escritos admiro y disfruto constantemente. Dick es subversivo por naturaleza. Tiene una cualidad frecuente en los grandes escritores: humildad. Parece mantenerse abierto y vulnerable, tal como escribe sobre gente pequeña y vulnerable. Dick dio una osada conferencia en la Convención de Vancouver de 1972, donde habló de una ultrajada muchacha que conocía y luego dijo sobre el futuro: "Sólo puedo imaginarlo poblado por personas modestas y anónimas como ella." Esta cualidad afectiva de Dick se equilibra armoniosamente con el agostado resplandor de sus maravillas. Silverberg también posee esa cualidad, sobre todo en *Muero por dentro*. Dick no tiene que volver verosímiles sus acontecimientos; la verosimilitud interna está siempre allí.

Una de las tradiciones novelísticas que se ha defendido más acérrimamente durante décadas afirma que la ficción tendría que ser más verosímil que la vida. Ni demasiadas coincidencias, ni caricaturas demasiado exageradas, la menor cantidad posible de personajes chatos, ninguna ridiculez. Anthony Trollope es uno de los grandes exponentes, mientras que Charles Dickens no cumple ninguno de estos requisitos, si bien el alcance y vigor de la mente de Dickens son tan intensos que ofrece al lector mucho más que Trollope. Aunque en verdad la descendencia de Dickens es prolífica y a menudo imprevista —Kafka, por ejemplo—, la tradición del "nada inverosímil" conserva no obstante su vigencia.

La ciencia ficción cruza esta línea divisoria. La cf que me estimula la imaginación a menudo exhibe una inverosimilitud mayor (quizá con inverosimilitudes menores y dependientes de ella como cláusulas subordinadas), que el escritor gradualmente vuelve verosímil. O sea, la integra con la imagen del mundo que ya aceptamos, de modo que nuestra visión del mundo se altera. Un buen ejemplo de este proceso es *Darker Than You Think*, de Jack Williamson, donde paulatinamente nos vemos obligados a aceptar una visión de nuestros ancestros más oscura de la normal. Se encuentran ejemplos más sofisticados en las dos grandes novelas de Kafka, donde prácticamente no ocurre nada que no pudiera ocurrir en la vida real, hasta que advertimos que es precisamente la *futilidad* de la vida lo que nos derrota.

Hay un elemento relativamente constante en los practicantes de la ciencia ficción, un elemento que va de suyo para los fans y que asombrará a quienes saben poco de ciencia ficción. Me refiero a la lealtad que todos profesamos hacia el medio elegido. Bob Silverberg confiesa que sentía esa lealtad aun en los días en que explotaba la cf al ritmo de varios millones de palabras por año. Otros escritores que la han superado —financieramente, como Arthur Clarke, popularmente, como Kurt Vonnegut, o artísticamente, como J. G. Ballard— todavía reconocen el tremendo vigor de esa idea abstracta de la cf, una tentativa, por tosca que fuere, de construir una suerte de marco filosófico y metafísico alrededor de los cambios inmensos que el desarrollo tecnológico ha provocado en nuestra época, un desarrollo que ha obliterado en gran medida los derruidos y viejos marcos del pensamiento medieval y la religión organizada.

Al margen de los escritores de tono cómico-apocalíptico, como Terry Southern, Thomas Pynchon, Joseph Heller, Philip Roth, y demás —todos los cuales aparentemente deben algo a la ciencia ficción—, la novela de la corriente principal fracasa notoriamente justo en las áreas que son el fuerte de la cf; no atina a interesarse en ese páramo extenso que existe fuera de la estrecha zona de actividad cubierta por los periódicos normales.

Es irritante la obstinación con que los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

escritores de cf se aferran reiteradamente de los mismos tópicos. El número de escritores que *inventan* de veras es limitado. No obstante, yo profeso esa lealtad. De lo contrario, nunca habría escrito ese complejo volumen, *Billion Year Spree*. Las vidas que allí aparecen brevemente esbozadas se consagraron a un género oscuro e impopular (lo era hasta hace unos años, cuando nosotros nos hicimos nuestra reputación). Julius Kagarlitski llama a la cf "la novela intelectual para los incultos". Si es así, es un género nuevo, y nos contamos entre los primeros en tener éxito con él.

Lamentablemente, los materiales del género se desgastan. Hace un tiempo abjuré de los viajes ultraluminicos y la percepción extrasensorial en mis escritos (salvo para efectos de comedia) porque (a) tenía la sensación de que ambos temas eran refugios para la pereza mental, (b) estaban absolutamente trillados, (c) aunque yo no podía afirmar que descreía absolutamente de ambos conceptos, era obvio que un escritor que divaga sobre conceptos que sólo pretende comprender o creer se condena a transmitir desvaríos, y (d) a menudo es ventajoso para un escritor aceptar limitaciones temáticas, especialmente en un campo donde puede dar rienda suelta a casi todo tras un par de oraciones ambiguas.

Esta restricción voluntaria en lo temático me ha impedido producir con regularidad diez, o cinco, o dos, o siquiera una novela por año, como muchos de mis competidores. Me ha obligado a pensar más y a fijarme más en lo que escribo.

No sólo se desgastan los materiales del género, sino la forma misma, y la forma de la cf todavía es esencialmente la del gótico o postgótico (Leslie Fiedler tiene mucho que decir al respecto), con el planteo de un enigma, insinuaciones de peligro, una hebra de suspenso, y una revelación final algo revulsiva. Cuesta rechazar la idea de que continuar usando esta forma, acuñada nada menos que en la vuelta del siglo, es correr el riesgo de la decadencia; aunque, dada la decadencia que amenaza el modo de vida occidental, esto cuadraría plenamente con la época. Pero los escritores más interesantes nunca se contentan con estar en buenos términos con su mundo.

Veo el problema. La solución todavía la estoy buscando.

Existen varias soluciones temporarias, y algunos escritores han recurrido a ellas. Harrison, por ejemplo, tiene su propia marca registrada de lo cómico-apocalíptico, donde usa no tanto material de la realidad como de la cf misma; pienso en *Bill, héroe galáctico*, *The Technicolor Time-Machine (La máquina del tiempo en Technicolor)* *A Transatlantic Tunnel (Un túnel transatlántico)*, y la serie de *Stainless Steel Rat*. En *Bill* uno puede detectar, entre los estratos de la comedia de Harrison, los fósiles de *Tropas del espacio*, de Heinlein y, aún más hondo, los crujientes cimientos del planeta Trantor, de Asimov.

Tigre, tigre, la novela de Bester, es un ejemplo más temprano de canibalismo, donde todos los elementos de la gárrula fantasía científica son mezclados y amalgamados en una torta sabrosa. Bester liquidó para siempre esa dinastía con un trabajo definitivo. Desde luego, pululan por allí intelectos diminutos que no lo han advertido y repiten la fórmula una y otra vez.

Éstas, como digo, son soluciones temporarias a los problemas de un arte moribundo (aunque en verdad pienso que todas las artes mueren perpetuamente y se renuevan casi perpetuamente). Yo he encontrado otra solución en mi reciente novela *Frankenstein desencadenado*.

Beyond Apollo (Después de Apolo), de Barry Malzberg, es una novela que utiliza los elementos tradicionales de un viaje espacial pero, al enfocarlo retrospectivamente y desde la mente de un astronauta, equipara el viaje con la exploración que hace el hombre de su vida y motivaciones, y muestra parcialmente la interrelación entre ambas cosas. De paso, es a menudo una novela desopilante.

El texto de Malzberg puede parecer complejo al principio, pero la complejidad no es gratuita, sino que refleja la complejidad de la mente de Evans el astronauta. Tendríamos que respetar a esos escritores de andar tambaleante; vuelven a casa con los triunfos y fracasos que el resto usará distraidamente, o desechará distraidamente, en pocos años. Los autores que venden más no necesitan nuestro respeto en un grado semejante; trabajan con los hallazgos de anteayer, a menudo sin saberlo. Y en general son más ricos que los precursores.

Hablar de soluciones en abstracto es una cosa. Muy otra es cuando el escritor individual cierra la puerta del estudio, se sienta ante la máquina y ve la infinitud cara a cara. Cada escritor tiene que elaborar sus propias soluciones en términos específicos. A la mayoría le interesa poco más que una solución financiera, aunque quizá busque también la fama o la notoriedad. Aun admirando al escritor que lucha para mantener la heladera provista y a la mujer vestida, aun admirando de veras la idea de una derrota heroica y de morir con las botas puestas, yo soy adicto a la idea del éxito. Desde luego me refiero al éxito en mis propios términos; cualquier otra clase de éxito es una derrota.

Los problemas del escritor serio de ciencia ficción no pueden diferir mayormente de los problemas del escritor serio. Si la novela en sí naufraga, la ciencia ficción pronto la seguirá al fondo del mar. No creo que la novela flaquee todavía; aún tiene muchos elementos a favor, tanto por la comprensión de la vida que suscita como por la comodidad de su forma. Una de las cualidades que ahora no posee y antes sí es precisamente la cualidad que le dio el nombre: novedad. Pero la novela de cf todavía posee novedad.

La novedad es quizá el elixir que incita a leer al lector de cf. Resulta menos atractiva para el lector común. En consecuencia, un buen escritor de ciencia ficción quizá no goce de tantos aplausos como un escritor medio o (sin duda) un dramaturgo medio. Un ejemplo extremo es ese gran escritor experimental, Olaf Stapledon.

Esas actitudes ciegas tal vez cambien. Este volumen mismo es un signo esperanzado de cambio. Entre tanto, tenemos nuestros propios éxitos, de los cuales somos los mejores jueces. Yo he escrito una serie de libros que en mi opinión contienen algo así como una visión creativa, pese a los defectos que tengan en otros sentidos. Aunque percibo que mi verdadera fuerza está en el cuento, tengo novelas por las que no puedo menos que sentir afecto; la ma-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

yoría de ellas tienden a retratar una atmósfera, como *A Soldier Erect, Informe sobre Probabilidad A, A cabeza descalza* y *Barbagris*, que describen figuras en un paisaje. *La nave estelar* y *Frankenstein desencadenado* muestran figuras devoradas por sus paisajes. Lo mismo sucede, supongo, con *Invernáculo*, una novela de la cual siempre me sentí distanciado, tal vez recordando las circunstancias desfavorables en que la escribí. *An Age* (*Una era*; conocido también como *Criptozoico*) usa el paisaje en forma surrealista, *The Male Response* (*La reacción masculina*) usa el paisaje como comedia. *The Eighty Minute Hour* (*La hora de ochenta minutos*) tiene un paisaje pulverizado.

Como me sigo de cerca, sé muy bien que —al menos en Inglaterra— uno puede ser famoso y notablemente anónimo a la vez. Es curioso haber llegado a un punto donde la situación de uno concuerde tan precisamente con el temperamento.

Damon Knight, que ha leído lo que escribo aquí, me reprocha haber comenzado el artículo de manera interesante, con detalles concretos de la niñez, sólo para perderme en el crepúsculo de la teoría. Es posible. Pero ahora las teorías significan para mí más que la niñez.

Por si he sido demasiado abstracto, añadiré un retrato del autor como escriba maduro. Soy muchas personas. La mayor parte de mis opiniones y emociones se suceden en ciclos meteorológicos: soy muy sensible a la temperatura, como un viejo alosaurio. Cuando joven desconfiaba de esta arena ondulante del carácter: qué vergüenza que uno cambie de opinión según la compañía. Ahora he aprendido a convivir con el fenómeno y a sacar partido de él; para un autor tiene un valor tremendo poder jugar al camaleón, tener un sentido empático. Mi sentido empático se apodera de mí, y lo que puede ser desastroso en la vida real se convierte en un triunfo en la página, donde uno es sus propios personajes.

Soy cínico y sentimental, tonto y sabio, sensual y puritano, valiente y cobarde, religioso y ateo; no todo simultáneamente sino en series. Odio el exhibicionismo, quizá porque hay en mí una vena exhibicionista.

Pero algunas cosas son permanentes. Permanente es la convicción de que la especie humana no mejora ni empeora rápidamente de una generación a otra. Pero el énfasis cambia. La Norteamérica de Ford y Nixon sufre enormemente por culpa de los valores derivados de la publicidad; hay demasiada ansiedad por vender el producto, al margen del valor del producto. Esto se ve entre los escritores de cf que se autopromocionan. Y se ve el éxito. Si uno insiste en decirle al mundo que uno es bueno, el mundo leerá sus libros y creerá que son buenos. Muy desalentador. Los valores falsos sobre los que Fred Pohl nos previno en *Mercaderes del espacio* se están imponiendo.

La Inglaterra de hoy sufre de agotamiento nacional. Mencioné a mis tres tíos. Todos se alistaron en el ejército a principios de la Primera Guerra Mundial, todos fueron capturados y vivieron como prisioneros de los alemanes, una ordalía de la cual tardaron en recobrarse. En esa misma guerra, mi padre fue gaseado y participó en el desastre de Gallipoli. Todos mis parientes masculinos más cercanos y más queridos sufrieron las cicatrices de esa lucha cruenta; y muchos de su generación despertaron a un mundo despojado de valores.

La vergüenza de Munich sucedió cuando yo era estudiante. La Segunda Guerra estalló cuando yo tenía trece años. El mapa de Europa se ennegreció. Yo tenía pesadillas donde la Gestapo me perseguía y me fusilaba. El asesinato y la destrucción eran moneda corriente en nuestra juventud. Nuestra mente estaba poblada de señores de la guerra: Stalin, Churchill, Eisenhower, Chiang Kai-chek, Hitler...

De esa segunda gran guerra Gran Bretaña emergió devastada y apática. En mi opinión, hará falta otra generación más para olvidar ese trauma. Si se nos concede ese tiempo.

Las reacciones ante los estragos y dimensiones de esta desolación mental son muchas; siento una especie de turbación ante los años pasados, que en verdad parecen incluir la Primera Guerra, pues aunque yo nací mucho después escuchaba ávidamente las anécdotas que me contaban mis tíos y mis padres. Desde entonces, hemos padecido el desgaste de la Guerra Fría y Vietnam. Nuestra violencia innata ha puesto fin al período renacentista.

Inevitablemente, los gestos afectuosos, las hazañas valerosas, las obras de arte, quedan empequeñecidos por el paisaje de destrucción que las circunda.

Inevitablemente, pertenecemos a nuestros tiempos; los escritores harían bien en trascenderlos, además de meramente retratarlos.

Terminaré con una nota de gratitud por la fortuna que he tenido, y que en buena parte me llegó a través de la literatura. El fandom de la cf, con su esencial cordialidad y su gusto por los disparates que a mí me gustan, ha sido la única sociedad en que me he sentido a mis anchas; porque después que me fui de Norfolk nunca me sentí cómodo en ninguna parte, ni siquiera en mi hogar durante muchos años. He tenido el placer de conocer a muchos de los principales escritores de cf; hubo ese momento en Río de Janeiro cuando Harry, más galante que nunca, se adelantó con dos caballeros para saludarme y decirme: "Brian, quiero presentarte a A. E. van Vogt y Robert A. Heinlein."

He visitado muchos sitios exóticos y absurdos, y tengo buenos amigos en el extranjero, especialmente en Escandinavia, que a mi juicio es la mejor tajada del mundo, salvo que el clima es ligeramente más húmedo, más oscuro y más frío que el de Inglaterra. En mi patria, mi suerte es igualmente buena, con una casa victoriana no muy diferente del hogar de mi padre en Dereham, una alegre familia para llenar la casa, y una esposa que adoro.

Para evitar que un cuadro tan rosa desafíe la credulidad general, añadiré que lamento no tener ninguna fe —pues la creencia en la Catástrofe no es una fe—, sobre todo desde que he perdido las esperanzas en la idea de la Razón como luz orientadora. Ni siquiera una familia cariñosa compensa del todo la sensación de aislamiento, y las mujeres hermosas y los buenos amigos no eliminan la certidumbre de que la vida y el éxito no son más que accidentes temporarios. Los días vienen y van; al enemigo no se lo olvida nunca.

Pero termino estas memorias (si son

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

memorias) en una templada tarde de enero, frente a un fuego crepitante y una ventana que da a un apacible paisaje campestre. Margaret prepara la cena mientras los niños juegan con un amigo. Esta noche hay una fiesta. El día de mañana me brindará nuevos estímulos. En tales circunstancias, sería inadecuado exhibir los estigmas.

Cómo trabajo

Primero lo más importante. Nunca presento bosquejos o sinopsis de novelas a los editores. Para mal o para bien, generalmente para mal, mis novelas son íntegramente mías. Los agentes y editores sólo les dan un vistazo cuando están terminadas. De esa manera, el arte o como quieran llamarlo y el comercio no se mezclan demasiado. Me dicen que nueve de cada diez escritores necesitan un adelanto para ponerse a escribir; pero ese no es mi estilo.

Nunca he escrito para la radio, la TV o el cine. Con frecuencia escribí gratis, pero ya no lo hago, con cuatro hijos y varios editores que mantener.

Soy uno de esos tontos que gustan de creer que escriben no sólo para el presente sino para la posteridad. Ya sé, ya sé. Pero mis hijos mayores, Clive y Wendy, leen mis libros voluntariamente; sería grato pensar que a sus hijos también podrían gustarles.

A la ciencia ficción solía considerársela efímera; efímera es un término relativo, pero la experiencia indica lo contrario. Toda la ciencia ficción que escribí está ahora en catálogo y se reimprime continuamente. Varios de mis libros de cuentos, de *Space, Time and Nathaniel* en adelante, siguen circulando en diversas ediciones, y se han vendido 200.000 ejemplares de por lo menos tres de ellos; la cifra sería fenomenal fuera del campo de la cf, pero dentro del género se habrá superado muchas veces. Lo cual sugiere que vale la pena dedicar tiempo (o sea amor y tesón) aun a las piezas más cortas.

Buena parte de mi tiempo —Harry dice lo mismo— se pierde en nada. Creo que trabajo unos nueve meses por año, y durante esos nueve meses trabajo seis días por semana. Estoy en mi estudio a las 9:30 ó 10, y me quedo allí hasta las 4:30, con un paréntesis de una o dos horas para almorzar, y a veces, pocas en verdad, para salir a dar un paseo. La mitad de esos días paso el tiempo respondiendo cartas de todo el mundo; debo de estar loco para hacerlo. La mitad del resto del tiempo no hago nada; me quedo sentado, mirando apaciblemente por la ventana el paisaje del siglo veinte, o me paseo impaciente con ideas germinales, recogiendo ocasionalmente un libro de los anaqueles y leyendo una que otra página. Sólo en el resto de ese tiempo escribo ficción.

Mi estudio está en el piso de arriba, un sitio espacioso y confortable con cactos, sofás, una mecedora, tres escritorios y miles de libros. Teléfono, radio, TV, reproductor de cassettes, calculadora electrónica, fotocopiadora, intercomunicador; pero nada de alcohol ni cigarros. Nunca fumo ni bebo cuando escribo, excepto a veces al terminar el día, cuando me siento un poco abatido.

Si estoy realmente concentrado, me gusta trabajar de noche, pero en los años recientes lo he hecho cada vez menos. Los hijos imponen horarios regulares a los autores; no hay nada más burgués que los hijos. Recuerdo una oportuna estrofa de Clarence Day:

¿Quién malogra al artista fogoso?
¿Quién detiene al pionero?
¿Quién impide zarpar al marino?
Es la esposa, es el hogar.

Una esposa comprensiva es uno de los bienes más valiosos para un escritor. Margaret no sólo es mi primera y más sagaz lectora, sino que me facilita la posibilidad de escapar una semana a una casita en medio del campo, donde trabajo con absoluta tranquilidad, escribiendo a veces hasta doce horas por día (aunque nunca voy sin tener una idea clara de lo que quiero escribir).

Otra cosa necesaria para un escritor es un buen agente. Mi agente, Hilary Rubinstein, es dueño de la casita que uso como refugio; el ruido más fuerte que se oye allí son las manzanas que en otoño caen en la hierba alta. Varias de mis novelas recientes las terminé en Willow Cottage.

En general estoy sereno mientras escribo. En los intervalos, a veces me deprimo reflexionando cuántas cosas no aprendí y quizá nunca aprenda sobre mi arte; ni me atrevo a pensar en León Tolstoi. (Hasta es malo pensar en su esposa, que le copió *Guerra y Paz* cinco veces.)

La gente siempre quiere saber cuánto se tarda en escribir una novela larga. Las novelas imponen diferentes horarios, así como requieren enfoques diferentes. La novela que escribí en menos tiempo fue *Los oscuros años-luz*, porque la hice en un arrebato de furia. La tuve terminada en un mes, pero en ese mes no hice nada excepto escribirla; no

hacer nada. *A cabeza descalza* me llevó más de dos años. El tiempo promedio es un año. *Billion Year Spree* me llevó casi tres años. Ahora que gozo de un moderado éxito, quiero dedicar más tiempo a mis novelas, pero en cambio parece que dedico más tiempo a mi correspondencia.

Tengo una simpática secretaria, Pam Woodward, que viene dos mañanas por semana y hace horas extra cuando la necesito. También tengo una dactilógrafa, Jill Watt, que vive cerca de Bristol y es tan buena para la cf como para escribir a máquina. Y Margaret hace mil tareas distintas, entre ellas administrar nuestras finanzas y dirigir SF Horizons Ltd. Nunca he dactilografiado el texto definitivo de mis novelas o cuentos; por cierto es trabajo para un profesional.

Nunca he sufrido bloqueos como escritor (dijo él nerviosamente), tal vez porque nunca escribí a destajo, y todavía disfruto activamente de la construcción de oraciones y párrafos. Desde luego me atasco de vez en cuando, pero uno descubre remedios caseros para los atascamientos como para las resacas alcohólicas. Hay varios textos críticos que siempre estimulan mis facultades asociativas y creativas: *The Road to Xanadu*, de John Livingstone Lowes, *Shakespeare's Imagery*, de Caroline Spurgeon y —éste es infalible— *La carne, la muerte y el diablo*, de Mario Praz. Cada vez dependo más de la asociación libre para la serie de cuentos que estoy preparando ahora.

Aparte de esta serie de cuentos (sobre los Planetas Zodiacales), también tengo proyectada una ambiciosa novela sobre una utópica ciudad-estado, Malacia, donde el cambio está prohibido por

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la ley y el tiempo está estancado. Cuatro cuentos sobre Malacia aparecieron en una antología de la serie *Orbit*, de Damon Knight; integran la base de lo que espero sea mi ficción más satisfactoriamente compleja, *The Malacia Tapestry (El tapiz de Malacia)*. Si me agradan los resultados, quizá escriba más sobre Malacia.

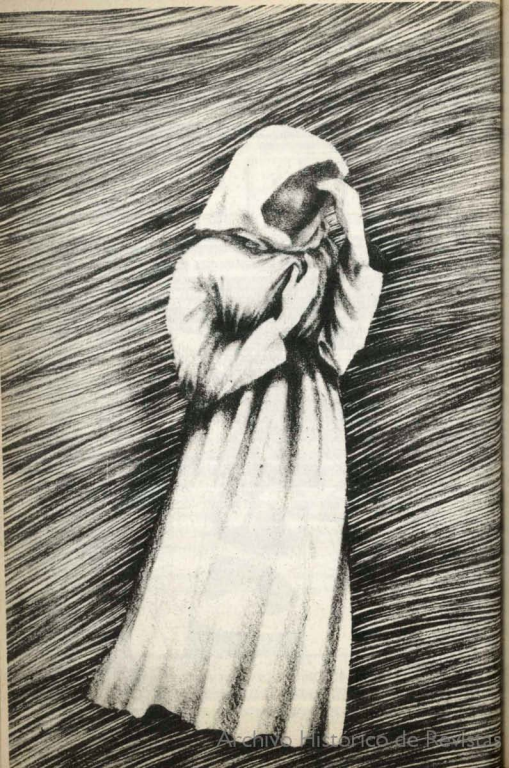
Entretanto, otras novelas llevan una existencia embrionaria y sombría. Prácticamente he visualizado la tercera novela de Horatio Stubbs, continuación de *A Soldier Erect*, y debería ser lo que escriba a continuación cuando haya terminado de corregir ese libro. Tal vez se titule *A Rude Awakening (Un violento despertar)*.

Cuando trabajo en una novela, redacto con una máquina común (¡por suerte hace años que me obligué a abandonar la pluma fuente y la libreta!). Las páginas que salen de la máquina quedan en una pila boca abajo, para no ver lo que acabo de escribir. Esto es para no sufrir desencantos. Lo que más necesito para ese primer borrador es una chispa creativa; resistiéndome a releer, puedo conservar esa chispa y pensar que mi visión era maravillosa. Sólo cuando el borrador está listo y concluido me atrevo a releer lo que dice. Una buena parte de la visión se disipó entre la cabeza y el papel. La decepción siempre es grande, pero la esperanza todavía abunda, y la esperanza creativa mezclada con el descontento crítico me alienta durante la reescritura y/o el segundo borrador. Luego viene una especie de tregua, cuando nuevas ideas brotan del sótano del inconsciente como esas criaturas porcinas de *La casa en el límite*, de William Hope Hodgson. Pueden incorporarse a la corrección final, realizada con una actitud casi puramente crítica. Luego las páginas garrapateadas y rugosas caen en las manos de Jill Watt.

Lucen mejor cuando están bien presentadas. Las esperanzas renacen, y con ánimo exultante envío copias del dactilografiado al agente. Las pruebas de galera me llevan al nadir de la esperanza: el material está rancio, ya no río con mis humoradas, ni lloro con mis tragedias, ni desfallezco ante mis verdades. Pero, con suerte, los resultados son mucho más imponentes cuando recibo los seis ejemplares encuadernados que corresponden al autor. Así estimulado, me vuelvo como un ciervo acorralado para enfrentar los ladridos de los reseñadores...

Título del original en inglés: *Magic and Bare Boards*.
© 1975 by SF Horizons Ltd. Traducción de Pedro Kavalán.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



MIGUEL GILA

LA VIEJA CARRETERA

...tiene su encanto. Pero después de leer este cuento preferimos la autopista.

Ilustración de Peter Tjebbes

No me gusta viajar de noche. Cuando era joven sí, me gustaba, cuando las carreteras estaban solitarias y yo cruzaba los pueblos dormidos sin levantar el pie del acelerador. Pero de esto hace años, cuando era joven, cuando nunca tenía sueño ni cansancio. Ahora todo es distinto, me gusta viajar de día, parar a un lado de la carretera y asomarme a ver las aguas de un río, o detenerme en un pueblo y comprar algo típico del lugar. Hace dos años tuve que hacer un viaje al pueblo donde nací y del que me separan, en mi vida actual, doscientos seis kilómetros haciendo el recorrido por la vieja carretera; por la autopista se ahorran casi cuarenta kilómetros, pero aborrezco las autopistas, o autorrutas o como quieran llamarlas; tengo la sensación de que me convierto en una especie de robot, transitando un recorrido obligatorio, un robot obediente que recibe órdenes de carteles luminosos llenos de rótulos que indican por dónde podemos salir, a cuántos kilómetros podemos cambiar de dirección, cuánto falta para llegar a la próxima gasolinera, si hay café y mingitorio y un sinfín de indicaciones, flechas, carteles, luces y rayas que convierten en una tortura lo que podría ser un viaje de placer: millones de obedientes automovilistas transitan en sus vehículos como autómatas sin disfrutar del placer que suponen esos viajes donde uno puede detener su auto para mear en una rueda. Decía esto

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a propósito de la vieja carretera. Voy pocas veces a mi pueblo; luego de treinta y dos años que salí de allí, apenas conozco a la gente.

Mi mujer también nació en ese pueblo, aunque ella salió cuatro años después que yo; lo supe en la capital, cuando nos conocimos casualmente en una fiesta. Pero vayamos a cómo ocurrió lo que ocurrió. Les contaba que no me gusta viajar de noche, y les contaba que hace dos años tuve que hacer un viaje al pueblo donde nací. Era verano, pero no un verano normal, sino uno de esos veranos que los periódicos señalan como únicos en el siglo, con cuarenta y un grados a la sombra, y sumado a eso el motivo urgente del viaje, preferí (prefiero, mi mujer también estuvo de acuerdo) hacerlo de noche y por supuesto, dada la urgencia, por la autopista. No quiero alargarles la historia comentando las discusiones que tuvimos mi mujer y yo cuando descubrí que la salida que debíamos tomar para dejar la autopista y entrar en el pueblo, la habíamos dejado atrás. Para el cambio de dirección teníamos que recorrer treinta y dos kilómetros más y preferí algo más práctico, tomar la próxima salida, llegarme hasta Sotillo y de ahí seguir por la carretera 263 hasta mi pueblo, hasta nuestro pueblo, el mío y el de mi mujer. Cruzamos el control de peaje que separaba la autopista de la carretera que conduce a Sotillo, entramos en una carretera angosta y mal pavimentada, con profundos baches que la luz de los faros acentuaba al llenarlos de sombra oscura. No sé cuántos kilómetros llevábamos recorridos cuando ocurrió lo que ocurrió, pues la maleza y los cardos que crecen a los lados de la deteriorada carretera de Sotillo impiden ver los mojones. Lo cierto es que el motor del auto se detuvo de golpe, como si una mano gigantesca lo hubiera apretado con fuerza y lo hubiera convertido en un puñado de hierro inservible. No entiendo nada de mecánica, así que me bajé porque sí, por bajarme; miré hacia ambos lados de la carretera y no vi la más mínima señal de vida. Mi mujer se quedó en el auto esperando a que yo respondiera a su "¿Qué pasó?". Decidí aguardar a que amaneciera, pues de todos modos hacía calor y con mi desconocimiento en materia de mecánica no podría resolver nada. Ahí comprendí que la noche se hizo para dormir, cuando el sueño se apoderó de nosotros. Haría una hora que mi mujer y yo dormitábamos dentro del auto cuando un trueno nos despertó. Comenzó primero un fuerte viento y luego una tormenta de agua tan intensa que nos obligó a cerrar las ventanillas del auto a pesar del calor sofocante. La lluvia caía cada vez con más violencia. Por el cristal del parabrisas no se podía ver nada. Mi mujer le tiene verdadero terror a las tormentas, particularmente cuando hay truenos. No sé por qué extraño impulso se me ocurrió girar la llave del contacto. El coche se puso en marcha, como si la mano gigante que una hora antes lo había aprisionado se hubiera arrepentido de hacerlo; y al mismo tiempo la lluvia cesó de golpe, y el coche comenzó a andar por la carretera, ahora con grandes baches llenos de agua que yo trataba de sortear. Algunos sapos cruzaban la carretera con saltos torpes. Cuando habíamos recorrido aproximadamente cuarenta kilómetros traté de eludir un gran bache y el coche se me fue de costado y así, en esa postura quedó semivolcado en la cuneta, entre los altos cardos que la bordeaban. Paré el motor y decidí echar un vistazo. Le dije a mi mujer que no se moviera, ya que corríamos el riesgo de que el coche se desequilibrara y diera un vuelco total. Me bajé con todas precauciones. Como nunca viajo de noche no tenía linterna, así que con mi encendedor de gas observé como pude nuestra situación, y no era tan grave. Indiqué a mi mujer que bajase por el lado del volante y lo hizo con todo cuidado. El coche quedó solo ahí, semivolcado. De nuevo el cielo se iluminó con un relámpago. Cuando el relámpago pasó, en la retina de mis ojos quedaron fotografiadas las imágenes de mi mujer santiguándose, el coche con las ruedas del costado izquierdo levantadas y un camino que nacía a pocos metros del lugar donde nos encontrábamos. De nuevo comenzaba a llover. Subir al coche era una locura. De pronto descubrí una luz encendida a unos cien metros. A pesar de la distancia vi una especie de casa de campo; se lo dije a mi mujer y la oí suspirar con alivio. Dejamos el auto y nos pusimos en marcha. El camino era de tierra, pero bastante sólido. La luz estaba cada vez más cerca. Ya se podían ver las blancas paredes de la casa de campo y algunos árboles que asomaban por sobre las tapias. Seguimos caminando y llegamos a la puerta de la casa. Miramos a través de los barrotes y la oscuridad no nos permitió ver nada salvo algunos árboles. La luz de la entrada sólo permitía ver la puerta. Grité: "¿Hay alguien ahí?", pero nadie respondió; grité de nuevo, con más fuerza, y tampoco esta vez hubo respuesta, pensé: Estarán profundamente dormidos. Empujé la puerta de hierro, que se abrió con un quejido de óxido. Entramos. Frente a nosotros vimos varias cruces de piedra y algunas de hierro, un nuevo relámpago iluminó el lugar; un pequeño cementerio. Mi mujer cayó desvanecida. La levanté y traté de reanimarla, pero en vano. Tal vez se había golpeado la cabeza al caer. Le toqué la cabeza buscando alguna herida, algún golpe, pero en aquella oscuridad no pude ver nada. La tomé en brazos y en ese momento una nueva tromba de agua cayó sobre nosotros, como un segundo diluvio. Caminé unos metros con mi mujer en brazos. Seguía diluviando, pero el calor era asfixiante; en mi cuerpo se mezclaba el sudor con el agua de la lluvia, mis brazos estaban adormecidos y mis piernas débiles. Caí sin soltar a mi mujer. A partir de entonces, ocurrió lo que ocurrió.

Calculé todas las posibilidades para salir de esa situación. Grité, intenté de nuevo levantar a mi mujer, pero fue inútil. Lo más que pude hacer fue arrastrarla hasta cerca de una pared y apoyarme en ella cubriendo su cuerpo con el mío para protegerla de la lluvia. Cuando ya mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad vi que la pared donde apoyaba mi espalda era una pared de nichos. Dejé a mi mujer en el suelo, me puse de pie y busqué un nicho vacío. Cuando lo encontré metí a mi mujer en él y salí a buscar ayuda; al menos ahí no se mojaría. Corrí en la oscuridad, crucé la puerta de hierro y salí al camino; corrí, corrí, en medio de la fuerte lluvia y alcancé la carretera. Sotillo no debía estar muy lejos. Ya no me importaba la lluvia, ni siquiera la oscuridad. Tenía que buscar ayuda, las piernas me obedecían y corrí y corrí. De pronto algo se interpuso en

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mi camino, algo con lo que tropecé. Es lo último que recuerdo de esa noche.

Desperté en la cama de un hospital dos días más tarde, tranquilo como si nada hubiera ocurrido. Me contaron que un hombre de Sotillo me recogió tirado a un lado de la carretera, me aclararon que mi estado no era grave. Yo pregunté si había parado de llover. Y ahí recordé la lluvia, el cementerio, el nicho y mi mujer.

Cuando con las autoridades traté de identificar el nicho donde había metido a mi mujer, no hubo caso pese a mis esfuerzos. Era una noche tan oscura.

—Yo juraría que fue en éste.

—¿Está seguro?

—Sí, creo que sí.

Pero no podía ser, en el nicho que yo señalaba había un epitafio de hacía veinte años con el nombre de un señor que de ningún modo podía ser mi mujer.

—Tal vez en este otro.

—¿Seguro?

—No sé, había tanta oscuridad.

Y no pudimos encontrar el lugar donde la había depositado. Ahora, después de dos años, cuando contemplo la foto de mi mujer en el comedor, sólo recuerdo que siempre que viajábamos en el coche y pasábamos por alguno de esos pequeños cementerios de pueblo, ella decía: ¡Qué lindos son los cementerios de los pueblos! ¡Tan blanquitos, tan solitarios!

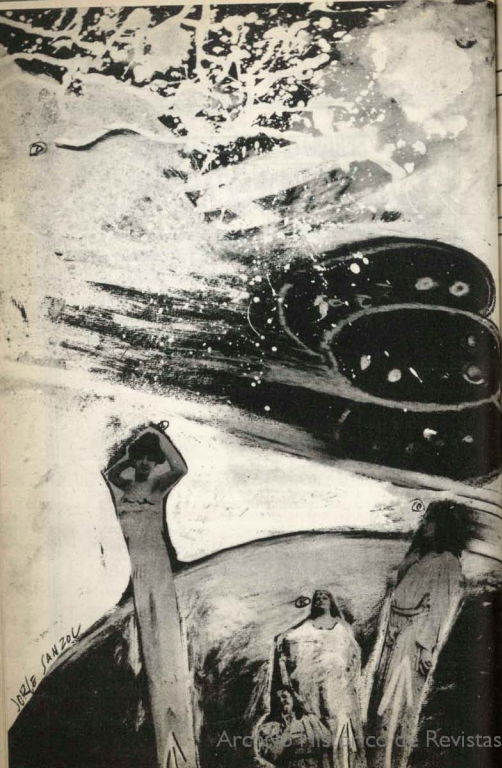
© 1985, Miguel Gila.

SERGIO GAUT VEL HARTMAN
CUERPOS DESCARTABLES

¿Para qué arriesgar el cuerpo verdadero? Los cuerpos descartables cumplen las mismas funciones, y son además ideales para pelear guerras, desalentar invasores extraplanetarios, poblar los sueños y sufrir las arbitrariedades del cosmos. Tal vez usted tenga alguno. En ese caso, aunque ya lo haya usado ¡no lo tire! ¡Guárdelo para épocas de hambruna!

MINOTAURO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



JAMES TIPTREE, JR.

LAS MUJERES QUE LOS HOMBRES NO VEN

...se han ido a vivir.

Ilustración de Jorge Sanzol

veo por primera vez mientras el 727
e Mexicana baja hacia la isla de Cozu-
el. Salgo del baño y doy un bandazo
ontra su asiento, pidiendo disculpas a
n doble borrón femenino. El borrón
as próximo cabecea en silencio. El bo-
on más joven, en el asiento de la ven-
nilla, continúa mirando hacia afuera.
o sigo por el pasillo, sin registrar nada.
ero. Jamás hubiera vuelto a mirarlas ni
ensar en ellas.

El aeropuerto de Cozumel es la mez-
habitual de yanquis histéricos vesti-
s para la playa y mejicanos tranquilos
stidos para almorzar en el Presidente.
soy un yanqui agotado vestido para
pesca seria; recojo mis cañas y pertre-
, en medio del tumulto y cruzo la pista buscando a mi piloto. Un tal capitán Esteban se ha comprometido a llevarme al banco de peces de Belice, trescientos kilómetros costa abajo.

El capitán Esteban resulta ser un metro cuarenta y cinco de maya puro color caoba. Su agitación también es sombríamente maya. Me dice que mi Cessna está varado en alguna parte y que su Bonanza está reservado para llevar a un grupo a Chetumal.

Bien, Chetumal está al sur; ¿podrá llevarme y seguir viaje hasta Belice después que bajen los demás? Lúgubremente admite la posibilidad: *sí* el otro grupo lo permite, y *sí* no hay demasiado equipaje.

Se acerca al grupo de Chetumal. Son

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la mujer y su joven compañera (¿hija?), pisando delicadamente la pista de grava y yucas. Sus maletas Ventura, como ellas, son pequeñas, insulsas y apagadas. Ningún problema. Cuando el capitán les pregunta si me pueden llevar la madre dice abúlicamente "Por supuesto", sin mirarme.

Creo que es entonces cuando mi detector interno me envía el primer clic de advertencia. ¿Cómo hizo esta mujer para echarme una ojeada tan atenta como para aceptarme en su avión? Lo paso por alto. Hace años que la paranoia no me resulta útil en el trabajo pero la costumbre es difícil de superar.

Cuando trepamos al Bonanza veo que la muchacha tiene un cuerpo que podría ser atractivo si tuviera alguna chispa. No la tiene. El capitán Esteban pliega un sarape, se sienta sobre él para poder ver por encima de la trompa del avión y hace un meticuloso chequeo. Y pronto estamos sobrevolando la gelatina turquesa del Caribe contra una sudestada feroz.

La costa a nuestra derecha es el territorio de Quintana Roo. Si no han visto Yucatán, imaginen la alfombra más grande del mundo, gris verdosa y absolutamente chata. Una tierra desolada. Pasamos las ruinas blancas de Tulum y el tajo del camino de Chichén Itzá, una media docena de cocotales y después nada más que arrecifes y jungla chata y achaparrada hasta el horizonte, casi lo mismo que vieron los conquistadores hace cuatro siglos.

Largas hileras de cúmulos corren hacia nosotros, oscureciendo la costa. Deduzco que el tiempo explica al menos en parte el mal ceño de nuestro piloto. Un frente frío muere sobre los campos de henequen de Mérida, hacia el oes- y la sudestada ha acumulado una su- sión de chubascos costeros: lo que a- llaman "llovizna". Esteban sortea me- dicamente un par de cabezas de t- menta. El Bonanza corcovea y yo m- hacia atrás con la vaga idea de tranqu- zar a las mujeres. Están serenamente s- sortas en lo poco que se puede ver- Yucatán. Bien, se les ofreció el asie- del copiloto y lo rehusaron. ¿Dema- do tímidas?

Otra llovizna estalla adelante. E- ban eleva el Bonanza irguiéndose en- asiento para orientarse. Me distien- por primera vez en demasiado tiem- saboreando las latitudes que separan- persona de mi escritorio, la semana- pesca que me espera. El clásico pe- maya de nuestro capitán atrae mi ma- da: la frente curva sobre la nariz ganc- da, los labios y el mentón hundidos- hubiera tenido los ojos oblicuos- poco más desviados no habría podi- conseguir la licencia. Créase o no, combinación es armónica. Resulta ta- bién muy erótica en las muchachas t- yas, vestidas con esas túnicas corta- con los ojos aindiados pintarrajea- con una pasta iridiscente. Nada par- do a esas muñecas orientales; esta gr- tiene huesos de piedra. La abuelita- capitán Esteban seguramente podría- molcar el Bonanza...

Despierto bruscamente cuando la- bina me golpea la oreja. Esteban aúlla- los auriculares en medio de una grana- da ensordecedora; las ventanillas son- color gris oscuro.

Falta un ruido importante... el mot- Advierto que Esteban está luchan- con un avión muerto. Mil doscien- metros. ¡Hemos perdido setecient-

Esteban manipula los interruptores de los tanques mientras nos sacude la tormenta; gruñe algo sobre la gasolina, mostrándome sus grandes dientes. El Bonanza baja en zigzag. Cuando el capitán se estira para alcanzar una palanca en el techo, veo que los indicadores de gasolina señalan lleno. Tal vez la línea de alimentación está obstruida; he oído que la gasolina es impura aquí en el sur. Deja caer los auriculares. Hay una probabilidad en un millón de que alguien reciba nuestro mensaje de radio en medio de la tormenta, y menos aún a esta altura. Ochocientos... y bajando.

La bomba de alimentación eléctrica parece haber entrado en funcionamiento: el motor carraspea, calla, carraspea, y al fin calla, para siempre. De pronto salimos por el lado inferior de las nubes. Debajo de nosotros hay una larga línea blanca casi oculta por la lluvia: el arrecife. Pero no hay playa detrás, sólo una bahía extensa y accidentada con algunos manglares... y se nos viene encima con rapidez.

Esto huele mal, me digo con tremenda falta de originalidad. Las mujeres no han dicho una palabra. Miro hacia atrás y veo que se han ajustado los cinturones y tienen la chaqueta junto a la cabeza. Cayendo a ciento veinte kilómetros por hora eso no servirá de mucho, pero de todos modos yo también me ajusto el cinturón.

Esteban aúlla algo más por la radio, piloteando un avión que se va al suelo. Además obra milagros: cuando el agua sube hacia nosotros hace un viraje escalofriante y planea en el viento... frente a un largo y pálido banco de arena.

Nunca sabré cómo diablos lo encontró. El Bonanza desciende y aterrizamos de panza con un ruido desgarrador. Rebotamos, caemos de nuevo, y todo gira locamente mientras nos arrastramos entre los mangles al final del banco de arena. ¡Crash! ¡Clang! El avión se enreda en un montículo de higueras estranguladoras, un ala hacia arriba. El aterrizaje forzoso ha terminado y todos estamos enteros. Y sin focos de incendio. Increíble.

El capitán Esteban entreabre su portezuela, que ahora está en el techo. Detrás de mí una mujer repite suavemente "Madre. Madre". Trepo por el piso y encuentro a la joven tratando de librarse del abrazo de la madre. La mujer tiene los ojos cerrados. Luego los abre y afloja los brazos, sana y salva. Esteban empieza a subirlas para sacarlas del avión. Yo manoteo el botiquín de primeros auxilios del Bonanza y los sigo a gatas hasta el sol brillante y el viento. La tormenta que nos derribó ya se aleja costa arriba.

—Gran aterrizaje, capitán.

—¡Ah, sí! Fue hermoso.

Las mujeres están nerviosas, pero no hay histeria. Esteban escruta el paisaje con la misma expresión que sus ancestros usaban con los españoles.

Si ustedes han pasado por esto, conocerán la estupidez en cámara lenta que sobreviene. Euforia, primero. Bajamos de la higuera y salimos al banco de arena en el viento tórrido y rugiente, advirtiendo sin alarma que alrededor hay sólo una extensión de agua cristalina. Tiene apenas unos treinta centímetros de profundidad y el fondo es del color oliváceo del cieno. La costa distante que nos rodea es toda manglares y pantanos, absolutamente inhabitable.

—Bahía Espíritu Santo —Esteban confirma mi suposición de que estamos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en ese enorme desierto de agua. Siempre quise pescar allí.

—¿Qué es ese humo? —La muchacha señala volutas que flotan sobre el horizonte.

—Cazadores de caimanes —dice Esteban. Los cazadores furtivos mayas han dejado restos de hogueras en los pantanos. Pienso que si hacemos señales de humo no serán demasiado visibles. Y ahora advierto que nuestro avión está bien enterrado en el bosquecillo de higueras. Será difícil verlo desde el aire.

En el preciso instante en que me estoy preguntando cómo cuernos saldremos de aquí, la mujer mayor pregunta, muy compuesta:

—Si no lo oyeron, capitán, ¿cuándo empezarán a buscarnos? ¿Mañana?

—Correcto —concede Esteban de mala gana.

Recuerdo que el rescate aire-mar es bastante informal aquí. Algo como esto: Fíjate si ves a Mario, su madre dice que hace una semana que no vuelve a casa.

Comprendo que tal vez tengamos que estar aquí mucho tiempo.

Para colmo, ese camión diesel que se oye a la derecha es el Caribe hinchándose en la boca de la bahía. El viento lo empuja hacia nosotros, y las raíces desnudas de los mangles muestran que la marea alta cubre el banco. Recuerdo haber visto la luna llena esta mañana en —créanme— St. Louis, lo que significa mareas máximas. Bien, podemos refugiarnos en el avión. ¿Pero dónde conseguimos agua potable?

Oigo un chapoteo a mis espaldas. La mujer ha probado el agua de la bahía. Sacude la cabeza, sonriendo amargamente. Es la primera expresión real que veo en alguna de las dos, y la tomo como carta de presentación. Cuando digo que soy Don Fenton, de St. Louis, ella me dice que se apellidan Parsons y son de Bethesda, Maryland. Lo dice tan suavemente que al principio no advierto que no me dijo los nombres. Todos felicitamos otra vez al capitán Esteban. Tiene el ojo izquierdo cerrado por la hinchazón, un inconveniente desdeñable para un maya, pero la señora Parsons advierte que se aprieta un codo contra las costillas.

—Está herido, capitán.

—Roto... creo que me lo he fracturado —dice él, avergonzado de su dolor.

Le hacemos quitar la camisa Jaime. Tiene una magulladura seria en el torso moreno.

—¿Hay tela adhesiva en ese botiquín, señor Fenton? Estudié primeros auxilios.

La mujer le aplica la tela adhesiva con una eficacia muy impersonal. La señorita Parsons y yo caminamos hacia el final del banco y entablamos una conversación que luego recordaré intensamente.

—Espátulas rosadas —digo cuando tres pájaros echan a volar.

—Son hermosos —dice con su voz suave. Las dos tienen voz suave—. Es un indio maya, ¿verdad? Hablo del piloto.

—Claro. Genuino, salido directamente de los murales de Bonampak. ¿Han visto Chichén y Uxmal?

—Sí. Estuvimos en Mérida. Vamos a Tikal, Guatemala... Íbamos, mejor dicho.

—Llegarán. —Se me ocurre que la joven necesita consuelo.— ¿Le han dicho que las madres mayas solían atar un listón en la frente de los niños para lograr esa bizquera? También les colgaban una pelota de sebo ante los ojos para que se les desviaran. Se consideraba aristocrático.

Ella sonríe y le echa otra ojeada a Esteban.

—La gente parece diferente en Yucatán —dice, pensativa—. No como los indios de los alrededores de Ciudad de México. Más, no sé, independientes.

—Eso es porque nunca fueron conquistados. Los mayas fueron diezmados y perseguidos, pero nadie logró someterlos de veras. Apuesto a que no sabe que la última guerra entre México y los mayas terminó en 1935 con un acuerdo negociado.

—¡No! —Y luego, sería:— Me gusta eso.

—También a mí.

—El agua se acerca con mucha rapidez —dice suavemente la señora Parsons, a nuestras espaldas.

El agua se acerca, sí, y también otra llovizna. Regresamos al Bonanza. Trato de extender mi abrigo impermeable para recoger agua de lluvia, pero se zafa cuando la tormenta se desencadena. Sacamos un par de barras de malta y mi botella de Jack Daniels del revoltijo de la cabina y nos ponemos razonablemente cómodos. Las Parsons beben un trago de whisky, Esteban y yo bastante más. El Bonanza empieza a gotear. Esteban recibe el agua que se filtra en su cabina con una cara antigua, maya y tuerta, y se queda dormido. Todos dormimos un poco.

Cuando el agua baja, también baja la euforia, y estamos muy, muy sedientos. Pronto caerá el sol. Me pongo a trabajar con una caña y anzuelo y algunos cebos y consigo pescar cuatro salmonetes. Esteban y las mujeres atan el diminuto

bote inflable del Bonanza entre los mangles, para recoger la lluvia. El viento es calcinante. No pasa ningún avión.

Al fin cae otro chaparrón que nos deja seis onzas de agua a cada uno. Cuando el poniente envuelve el mundo en humo dorado, nos acuclillamos en el banco de arena para comer salmonete crudo y húmedo con cereal envasado. Las mujeres ahora están en shorts. Les quedan bien, pero les falta sensualidad.

—Nunca había notado que el pescado crudo era tan estimulante —dice afablemente la señora Parsons. Su hija suelta una risita, también afablemente. Está del otro lado de su mamá, lejos de Esteban y de mí. Ahora ya tengo una imagen clara de la señora Parsons: la Clueca protegiendo a su única pollita de los machos peligrosos. Por mí está bien. Vine aquí a pescar.

Pero algo me está irritando. Estas malditas mujeres no se han quejado una sola vez. Ni un suspiro, ni un lamento, ni un comentario personal. Parecen salidas de un manual.

—Parece a sus anchas al aire libre, señora Parsons. ¿Hace mucho cámping?

—¡Oh, Dios, no! —Risa tímida.— No desde mi época de *girl-scout*. ¡Oh, mire! Esos pájaros, ¿no son fragatas?

Contesta a una pregunta con otra. Espero a que las fragatas se pierdan noblemente en el poniente.

—Bethesda. No me diga que trabaja para el Tío Sam.

—Pues sí. Washington debe resultarle muy familiar, señor Fenton. ¿Su trabajo lo lleva a menudo allí?

En cualquier parte que no fuera nuestro banco de arena su pequeña treta habría funcionado. Mis genes de cazador me hacen cosquillas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¿En qué agencia está?

Ella se rinde gráciImente.

—Oh, soy una mera empleada de la General Services Administration —dice—. Bibliotecaria.

Por supuesto, ahora la conozco. Conozco a todas las señoras Parsons de las divisiones de registros, las secciones de contabilidad, las ramas de investigación, las oficinas de personal y administración. Digale a la señora Parsons que necesitamos una recapitulación de los contratos del servicio exterior del año fiscal 73. Conque Yucatán figura ahora en la lista de excursiones. Una lástima. Le hago esa broma trasnochada:

—Usted es la que sabe dónde están enterrados los cadáveres.

Sonríe despectivamente y se pone de pie.

—Oscurece rápidamente, ¿no es cierto?

Hora de regresar al avión.

Una bandada de ibis nos circunda, evidentemente acostumbrada a anidar en nuestra higuera. Esteban saca un machete y una hamaca maya. La cuelga entre el árbol y el avión, rechazando toda ayuda. Empuña el machete con evidente inseguridad.

Las Parsons están orinando detrás del alerón de cola. Oigo que una de ellas resbala y chilla débilmente. Cuando regresan por encima de la cabina, la señora Parsons pregunta:

—¿Podemos dormir nosotras en la hamaca, capitán?

Esteban sonríe incrédulamente. Yo protesto por la lluvia y los mosquitos.

—Oh, tenemos repelente de insectos y nos gusta mucho el aire fresco.

El aire se está moviendo con fuerza cinco y el frío recrudece.

—Tenemos impermeables —añade alegremente la muchacha.

Bien, de acuerdo, señoras. Los peligrosos machos nos retiramos al interior húmedo de la cabina. En medio del viento oigo de tanto en tanto la risa suave de las mujeres, aparentemente cómodas en su helado nido de ibis. Una locura particular, decido. Sé que soy el menos formidable de los hombres; mi falta de carisma ha sido, en realidad, una virtud para el trabajo, a lo largo de los años. ¿Tendrán fantasías acerca de Esteban? O tal vez son de veras locas por el aire libre... El sueño me viene a buscar en los diesels invisibles que pasan rugiendo junto al arrecife.

Despertamos con la boca seca en un vasto y ventoso amanecer color salmón. Una diamantina astilla de sol surge del mar y pronto se sumerge en las nubes. Me pongo a trabajar con la caña y los anzuelos para salmonetes mientras dos chaparrones estallan alrededor de nosotros. El desayuno es una lonja de barracuda húmeda por cabeza.

Las Parsons siguen siendo estoicas y serviciales. Bajo las directivas de Esteban preparan una sección de la tapa del motor para hacer una hoguera de gasolina en caso de que oigamos un avión, pero nada atraviesa el cielo, salvo un jet invisible que pasa zumbando rumbo a Panamá. El viento aúlla, seco y caliente y lleno de polvo de coral. Igual que nosotros.

—Primero buscan en el mar —comenta Esteban. Su aristocrática curva frontal está perlada de sudor; la señora Parsons lo observa con preocupación. Yo miro la capa de nubes en el cielo, cada vez más alta y más seca y más espesa. Mientras dure nadie va a hallarnos.

y el asunto del agua ya no es divertido.

Finalmente tomo prestado el machete de Esteban y corto una pértiga larga y liviana.

—Hay una corriente que entra allí —digo—, la vi desde el avión. No puede estar a más de cuatro o cinco kilómetros.

—Me temo que el bote está roto. —La señora Parsons me muestra los tajos en el plástico anaranjado. Para mayor irritación, la etiqueta es de Delaware.

—Está bien —me oigo decir—. La marea está bajando. Si cortamos el extremo sano de ese tubo de aire puedo traer agua en él. Ya he vadeado bajíos otras veces.

Hasta a mí me parece una locura.

—Quédese junto al avión —dice Esteban. Tiene razón, por supuesto. También es obvio que tiene fiebre. Miro las nubes y como arena y barracuda vieja. Al diablo con el manual.

Cuando empiezo a cortar el bote, Esteban me dice que me lleve el sarape.

—Tendrá que pasar la noche.

También tiene razón en eso. Tendré que esperar la marea.

—Yo voy con usted —dice la señora Parsons con toda calma.

Yo la miro alelado. ¿Qué nueva locura ha trastornado a la Clueca? ¿Cree que Esteban está demasiado vapuleado para ser funcional? Atónito, advierto que la señora Parsons está bastante rosada alrededor de las rodillas, con el pelo suelto y la nariz quemada por el sol. Una cuarentona pasable, en realidad bastante apetecible.

—Mire, es horrible andar por aquí. El barro le llega a las orejas y el agua le cubre la cabeza.

—Soy aguantadora y nado mucho. Trataré de mantenerme a la par de usted. Dos es mucho más seguro, señor Fenton, y podremos traer más agua.

Lo dice en serio. Bien, a esta altura del invierno yo soy tan aguantador como un malvavisco, así que no puedo fingir que la idea de tener compañía me deprime. Que venga.

—Déjeme enseñarle a la señorita Parsons cómo se usa esta caña.

La señorita Parsons está aún más rosada por el sol y el viento, y no es torpe con mis avíos de pesca. Buena chica la señorita Parsons, en su estilo desabrido. Cortamos otra vara y preparamos un poco de equipo. A último momento Esteban demuestra lo mal que se siente: me ofrece el machete. Se lo agradezco pero no, estoy acostumbrado a mi cuchillo Wirkkala. Insuflamos aire en el tubo plástico para que flote y echamos a andar por el trayecto que parece más arenoso.

Esteban alza una palma oscura.

—Buen viaje.

La señorita Parsons ha abrazado a su madre y se ha ido a avistarnos desde el manglar. Nos saluda agitando la mano. Le devolvemos el saludo.

Una hora más tarde apenas hemos salido de la zona desde donde aún es posible saludar con la mano. El avance es terrible. La arena se disuelve siempre en un cieno por el cual no se puede caminar ni nadar y el fondo está sembrado de pinchos de mangles secos. Tropezamos de hoyo en hoyo, espantando rayas y tortugas y rogando a Dios no pisar ninguna anguila morena. Cuando no estamos enfangados estamos resecos y apestamos como el Cretáceo Primitivo.

La señora Parsons resiste obstinada-

Archivo de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mente. Sólo una vez tengo que empujarla. Cuando lo hago advierto que el banco de arena ya no se ve.

Finalmente llegamos al claro en los manglares, donde yo pensaba que había un arroyo. Resulta ser otro brazo de la bahía, con más manglares adelante. Y la marea está subiendo.

—He tenido la peor idea del mundo.

—Es tan diferente de la vista desde el avión —dice tan sólo la señora Parsons, con suavidad.

Reviso mi opinión sobre las girl-scouts y seguimos hasta más allá de los manglares rumbo a la niebla humosa que debe ser la costa. El sol nos da en la cara, dificultándonos la visión. Ibis y garzas revoloteán alrededor, y en un momento un gran pez brinca abriendo una cola de gallo con la aleta. Caemos en más hoyos. Se nos mojan las linternas. Fantaseo pensando que los mangles son un obstáculo universal, me cuesta creer que alguna vez caminé por una calle, por ejemplo, sin tropezar ni chocar ni forcejear contra raíces de mangles. Y el sol baja cada vez más.

De repente pisamos una saliente y caemos en una corriente fría.

—¡El arroyo! ¡Es agua fresca!

Tragamos y borgoteamos y zambullimos la cabeza; nunca bebí nada mejor.

—¡Oh, Dios, oh, Dios! —La señora Parsons ríe a carcajadas.

—Ese lugar oscuro a la derecha parece ser tierra firme.

Cruzamos el arroyo y bordeamos una cornisa sólida, que se transforma en un banco firme, elevándose por encima de nuestras cabezas. Al poco tiempo hay una abertura junto a un zarzal de espinosas bromeliáceas, y trepamos y nos desplomamos, goteantes y malolientes.

Por puro reflejo mi brazo rodea los hombros de mi compañera... pero la señora Parsons no está allí: está arrodillada escrutando la planicie calcinada que nos rodea.

—¿Es tan bueno ver una tierra por donde se puede caminar! —El tono es demasiado inocente. *Noli me tangere.*

—No lo intente. —Estoy exasperado. ¿Qué se ha creído esta mujercita enloquecida?— Ese terreno es una costra de cenizas sobre limo, y está lleno de toconces. Quédese donde está.

—Parece firme aquí.

—Estamos en un criadero de caimanes. Eso era la grieta por donde subimos. No se preocupe, pues sin duda mamá caimán ahora está en viaje para convertirse en carteras.

—Qué vergüenza.

—Mejor tiro una línea en la corriente mientras aún haya luz.

Desciendo y armo una hilera de anzuelos que tal vez nos consigan el desayuno. Cuando regreso la señora Parsons está quitando el lodo del sarape.

—Me alegra que me advirtiera, señor Fenton. *Es* un suelo traicionero.

—Sí. —Me he sobrepuesto a la irritación, Dios sabe que no quiero *tangere* a la señora Parsons, aun cuando no estuviera hecho papilla.— A su manera tranquila, Yucatán es un lugar duro para moverse. Ahora entenderá por qué los mayas construyeron caminos. Y hablando de eso... ¡Mire!

El último reflejo del sol recorta una pequeña forma cuadrada a un par de kilómetros tierra adentro: una ruina maya donde crece una higuera.

—Hay muchas como ésa en la zona. La gente cree que eran atalayas.

—Qué tierra tan abandonada.

—Esperemos que esté abandonada por los mosquitos.

Nos tumbamos en el criadero de caimanes y compartimos la última barra de malta, contemplando las estrellas que titilan entre las nubes arremolinadas. Los insectos no molestan mucho, tal vez el fuego los cocinó a todos. Y ya tampoco hace calor, en realidad ni siquiera está cálido, mojados como estamos. La señora Parsons conserva su sereno interés en Yucatán y su inconfundible desinterés en nuestra proximidad.

Justo cuando estoy empezando a tener ideas agresivas sobre cómo pasaremos la noche si ella espera que le dé el sarape, se pone de pie, aplasta un par de hierbajos y dice:

—Supongo que este lugar es tan bueno como cualquiera, ¿verdad, señor Fenton?

Con lo cual extiende la bolsa del bote como almohada y se tiende de costado en la tierra cubriéndose con exactamente la mitad del sarape y dejando la otra mitad prolijamente abierta. Me da el trasero.

La demostración es tan convincente que estoy casi cubierto con mi parte de sarape antes que la ridiculez de la situación me detenga.

—A propósito, mi nombre es Don.

—Oh, por supuesto. —Su voz es la gracia personificada.— Yo soy Ruth.

Me cubro sin tocarla y yacemos allí como dos pescados en un plato, expuestos a las estrellas y oliendo el humo en el viento y sintiendo cosas debajo de nosotros. Es sin duda el momento más íntimamente torpe que he pasado en muchos años.

La mujer no significa absolutamente nada para mí, pero su desdeñosa retracción, el desafío de su pequeño trasero a quince centímetros de mi bragueta... por dos pesos le bajaría los shorts y me presentaría. Si fuera veinte años más joven. Si no estuviera tan cansado... Pero los veinte años y el agotamiento están allí, y se me ocurre tortuosamente que la señora Parsons ha calculado las cosas perfectamente. Si yo *fuera* veinte años más joven, ella no estaría allí. Como las percas que nadan alrededor de la pachorrienta barracuda, sólo para esfumarse en cuanto advierten un cambio de actitud, la señora Parsons sabe que sus shorts están seguros. Esos shorts llenos de carne firme, tan próxima...

Un nervio tibio se agita en mi ingle, y entonces advierto el vacío silencioso que se ha hecho a mi lado. La señora Parsons se aleja imperceptiblemente. ¿Cambió mi respiración? Lo que sea, estoy perfectamente seguro de que si estirara la mano ella estaría en cualquier otra parte... probablemente anunciando su intención de darse un chapuzón. Los veinte años me hacen reír en el fondo de la garganta, y me distiendo.

—Buenas noches, Ruth.

—Buenas noches, Don.

Y créase o no, dormimos, mientras las huestes del viento rugen en el cielo.

La luz me despierta, un frío resplandor blanco.

Mi primer pensamiento es cazadores de caimanes. Mejor que nos anunciemos como turistas cuanto antes. Me levanto penosamente, advirtiendo que Ruth se ha zambullido debajo del zarzal.

—¿Quién es? ¡Socorro! ¡Ayuda!

Ninguna respuesta, salvo que la luz se apaga, dejándome ciego.

Sigo gritando, en inglés y en español. Todo sigue oscuro. Hay un sonido vago

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que sisea y silba en alguna parte del terreno quemado. Las cosas me gustan cada vez menos y ensayo un discurso sobre nuestro avión estrellado y nuestra necesidad de ayuda. Un angosto lápiz de luz fluctúa sobre nosotros y se apaga.

—Eh-ep —dice una voz resbalosa, y algo metálico gorjea.

Seguro que no es gente del lugar. Se me están ocurriendo ideas desagradables.

—¡Sí, socorro!

Algo cruje y susurra, y todos los sonidos se alejan.

—¡Qué demonios! —Camino tambaleando hasta el sitio de donde salían.

—Mire —susurra Ruth detrás de mí—. Por encima de la ruina.

Miro y veo un resplandor múltiple que se esfuma enseguida.

—¿Un campamento?

Y avanzo a ciegas dos pasos más, las piernas se me hunden en el cieno y una astilla se me clava justo en el lugar en que uno hunde el cuchillo para desarticular la pata del pollo. Por el dolor que me traspasa la vejiga me doy cuenta de que me la clavé en mi rótula mala.

Para quedar lisiado al instante, no hay como romperse las rótulas. Primero, uno descubre que la rodilla no se dobla más, así que uno trata de apoyar más peso sobre ella, y una bayoneta sube por la médula hasta desencajar la mandíbula. Pequeños fragmentos de cartílago se han deslizado hasta la sensible superficie de apoyo. La rodilla trata de flexionarse y no puede, y al final uno cae piadosamente al suelo.

Ruth me ayuda a regresar al sarape.

—¡Qué idiota, qué imbécil incorregible...!

—En absoluto, Don. Era perfectamente natural. —Encendemos fósforos. Sus dedos apartan los míos, explorando.— Creo que no se dislocó, pero se hincha con rapidez. Le pondré un paño húmedo. Tendremos que esperar a mañana para observar la herida. ¿Cree que eran cazadores furtivos?

—Probablemente —miento. Lo que creo es que eran contrabandistas.

Regresa con un pañuelo mojado y me lo aplica.

—Debemos haberlos asustado —dice—. Esa luz... parecía tan brillante.

—Una partida de caza. La gente hace cosas descabelladas por aquí.

—Tal vez regresen en la mañana.

—Tal vez.

Ruth tira hacia arriba el sarape húmedo y nos decimos buenas noches otra vez. Ninguno de los dos pregunta cómo regresaremos al avión sin ayuda.

Estoy tendido mirando hacia el sur, hacia donde Alfa del Centauro parpadea entre las nubes, y me maldigo pensando el terrible embrollo que he armado. Mi primera idea es rendirme a otra idea aún menos agradable.

El contrabando, por aquí, significa un par de tipos en lancha, encontrándose junto al arrecife con algún bote marisquero. No iluminan el cielo ni andan en máquinas siseantes. Más un gran campamento... ¿equipo paramilitar?

He visto un informe sobre infiltrados guevaristas que operan en el límite de la Hondura Británica, que queda a unos cien kilómetros al sur de aquí. Justo debajo de aquellas nubes. Si ellos fueron los que nos inspeccionaron, me sentiré más que contento si no regresan...

Despierto bajo una lluvia torrencial, solo. Mi primer movimiento confirma que mi pierna está tal como esperaba: una gigantesca erección fuera de lugar que emerge de los shorts. Me alzo dolorosamente para ver a Ruth de pie bajo las zarzas, mirando hacia la bahía. Nimbos sólidos y húmedos se descuelgan desde el sur.

—Hoy no habrá aviones.

—Oh, buenos días, Don. ¿Miramos esa herida ahora?

—Es mínima.

En realidad la piel está apenas desgarrada, y no hay corte profundo. Totalmente desproporcionado con respecto al destrozo interno.

—Bien, tienen agua para beber —dice Ruth con tranquilidad—. Tal vez esos cazadores regresen. Iré a ver si pescamos algo... es decir, ¿puedo ayudarlo en algo, Don?

Muy discreta. Emito una negativa poco elegante y ella va a atender sus asuntos privados.

Son privados de veras: cuando me recupero de mis propios esfuerzos sanitarios ella aún no ha regresado. Finalmente oigo un chapoteo.

—¡Es un gran pez! —Más chapoteos. Luego ella trepa la barranca con un pez azul de los manglares, de un kilo y medio, y algo más.

Sólo después del engorroso trabajo de filetear el pescado empiezo a darme cuenta.

Ella está haciendo una húmeda hoguera de broza y ramitas para chamuscar los filetes, las manos rápidas y cierta tensión en el labio superior. La lluvia ha amainado por el momento, estamos empapados pero sin frío. Ruth me trae mi pescado en un espetón de mangle y se sienta sobre los talones soltando un extraño suspiro.

—¿No me acompaña?

—Oh, por supuesto. —Toma una lonja y la mordisquea, apresurándose a decir:— O tenemos demasiada sal o demasiado poca, ¿verdad? Debería buscar un poco de agua de mar.

Sus ojos van de ninguna parte a ningún lado.

—Buena idea —digo. Oigo otro suspiro y decido que la girl-scout necesita una mano—. Su hija mencionó que venían de Mérida. ¿Conoce bien México?

—En realidad no. El año pasado fuimos a Mazatlán y a Cuernavaca...

Deja el pescado a un lado, frunciendo el ceño.

—Y van a ver Tikal. ¿Van a Bonampak, también?

—No.

De repente se levanta de un salto, enjugándose la lluvia del rostro.

—Le traeré un poco de agua, Don.

Baja la barranca y regresa con un tallo lleno de agua.

—Gracias.

Se queda de pie, escrutando el horizonte.

—Ruth, odio decirlo, pero esos tipos no regresarán, y es mejor así. No sé qué hacían, pero nosotros significábamos un estorbo. A lo sumo avisarán que estamos aquí. Eso llevará uno o dos días y para entonces ya estaremos de regreso en el avión.

—Estoy segura de que tiene razón, Don —dice, y camina hacia el fuego.

—Y deje de preocuparse por su hija. No es una niña.

—Oh, estoy segura de que Althea está bien... Ahora tienen agua de sobra. —Sus dedos tamborilean sobre un muslo. Llueve otra vez.

—Venga, Ruth, siéntese. Hábleme de Althea. ¿Está aún en la universidad?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ella suelta su risita suspirante y se sienta.

—Althea se graduó el año pasado. Programación de computadoras.

—Bien por ella. Y usted, ¿qué es lo que hace para el GSA?

—Estoy en Archivo de Solicitudes Exteriores —dice sonriendo mecánicamente, pero su respiración se ha acelerado—. Es muy interesante.

—Conozco a un tal Jack Wittig, de Contratos, ¿lo conoce, por casualidad?

Suena bastante absurdo allí, en el criadero de caimanes.

—Sí, conozco al señor Wittig. Estoy segura de que él no me recordaría.

—¿Por qué no?

—No soy muy memorable.

Su voz es absolutamente impersonal. Tiene toda la razón, por supuesto, ¿Quién era aquella mujer, la señora Jannings, Janny, que durante años se ocupó de mis viáticos? Competente, agradable, impersonal. Tenía un padre enfermo o algo así. Pero, maldición, Ruth es mucho más joven y bonita. Comparativamente hablando.

—Tal vez la señora Parsons no desea ser memorable.

Emite un sonido vago, y de repente advierto que Ruth no me está escuchando en absoluto. Tiene las manos enlazadas sobre las rodillas y mira hacia la ruina.

—Ruth, le digo que en este momento nuestros amigos de la luz están en el país vecino. Olvídelos, no los necesitamos.

Se vuelve hacia mí como si hubiera olvidado mi presencia, y asiente con lentitud. Aparentemente, hablar le exige un esfuerzo demedido. De pronto yergue la cabeza y vuelve a levantarse de un salto.

—Iré a ver la línea, Don. Creo haber oído algo...

Se ha ido como un conejo.

Mientras ella no está trato de apoyarme sobre la pierna buena ayudándome con una vara. El dolor me descompone, las rodillas parecen tener una comunicación directa con el estómago. Doy un par de saltos para comprobar si el Demerol que tengo en el cinturón podría hacerme caminar. Mientras lo hago, Ruth aparece en la barranca con un pescado debatiéndose en su mano.

—¡Oh, no, Don! *¡No!* —grita mientras abraza el pez contra su pecho.

—El agua sostendrá un poco de mi peso. Me gustaría probar.

—¡No debe hacerlo! —dice Ruth, con bastante violencia. E inmediatamente se calma—. Mire la bahía, Don. No se ve nada.

Camino hasta allí a los tumbos con gusto a bilis en la boca. Miro el sol y la lluvia confundiéndose sobre el agua. Ella está en lo cierto, gracias a Dios. Aún con las dos piernas sanas podríamos meternos en líos allí.

—Creo que una noche más no nos matará.

Dejo que vuelva a tenderme sobre el plástico áspero, y ella verdaderamente zumba a mi alrededor, buscando un tocón para que me recueste, extendiendo el sarape sobre dos varas para resguardarme de la lluvia, trayéndome otro sorbo de agua, escarbando en busca de yesca seca.

—Encenderé un buen fuego en cuanto escampe, Don. Verán nuestro humo, sabrán que estamos bien. Sólo tenemos que esperar. —Sonrisa animosa.— ¿Hay algún modo de ponerlo más cómodo?

Sagrado San Stereulius. Jugando a la casita en una ciénaga. Durante un momento de fatuidad me pregunto si la señora Parsons no tendrá malas intenciones con respecto a mí. Y entonces ella suelta otro suspiro y vuelve a sentarse sobre los talones con esa expresión ansiosa. Inconscientemente contonea un poco el trasero. Mi oreja pesca la palabra operativa: *esperar*.

Ruth Parsons está esperando. En realidad, actúa como si esperara con tanta intensidad que eso la está matando. ¿Esperar qué? Que alguien nos saque de aquí, ¿qué otra cosa...? Pero, ¿por qué estaba tan horrorizada cuando me puse de pie para intentar la partida? ¿Por qué tanta tensión?

Mi paranoia despierta. La agarro por el pescuezo y trato de contenerla. Hasta anoche la señora Parsons era, creo, normal. Calma y sensata, en todo caso. Ahora zumba como un cable de alta tensión. Y parece querer quedarse y esperar. Sólo un pasatiempo intelectual, ¿verdad?

¿Habrá querido venir intencionalmente? No hay modo. Donde planeaba ir era a Chetumal, que está en el límite. Si uno lo piensa, Chetumal es un rodeo raro para llegar a Tikal. Digamos que planea encontrarse con alguien en Chetumal. Alguien que forma parte de una organización. Así que ahora su contacto en Chetumal sabe que está retrasada. Y cuando esos tipos aparecieron anoche algo le sugirió que ellos también forman parte de la misma organización. ¿Y ella espera que sumen uno más uno y regresen a buscarla?

—¿Puede prestarme el cuchillo, Don? Limpiaré el pescado.

Con bastante lentitud le alcanzo el cuchillo, pateando mi subconsciente.

Una mujercita tan decente y común, una buena girl-scout. Mi problema es que me he tropezado con buen número de habilidades profesionales ocultas detrás de esos cuidadosos estereotipos. *No soy muy memorable...*

¿Qué hay en el Archivo de Solicitudes Exteriores? Wittig maneja contratos clasificados, cuestiones de mucho dinero, negociaciones de moneda extranjera, presupuestos, algo de tecnología industrial. O —es simplemente una hipótesis— podría tratarse de algo tan simple como un fajo de billetes en esa modesta maleta Ventura beige, para cambiarlo por algo de, digamos, Costa Rica. Si ella fuera un correo, los otros querrían llegar al avión. ¿Y entonces qué pasaría conmigo y tal vez con Esteban? Aun hipotéticamente, nada bueno.

La miro despanzurrar el pescado, la frente arrugada por el esfuerzo, los dientes clavados en los labios. La señora Ruth Parsons de Bethesda, esta mujer prolija, reservada. ¿Hasta qué grado de locura puedo llegar? *Verán nuestro humo...*

—Aquí está el cuchillo, Don. Lo lavé. ¿La pierna le duele mucho?

Pestañeo para dispersar las fantasías y veo a una mujercita asustada en medio de un pantano de mangles.

—Siéntese, descanse. Se ha estado ocupando de todo.

Se sienta obedientemente, como un niño en el sillón del dentista.

—Está preocupada por Althea. Y probablemente ella esté preocupada por usted. Volveremos mañana por nuestros propios medios, Ruth.

—Honestamente, no estoy nada preocupada, Don. —Deja de sonreír, se muerde los labios, frunce el ceño mirando la bahía.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Sabe, Ruth, me sorprendió su ofrecimiento de acompañarme. No porque no lo apreciara. Pero me pareció que le preocuparía dejar a Althea. Quiero decir, a solas con nuestro buen piloto. ¿O su preocupación era sólo por mí?

Por fin logro llamarle la atención.

—Creo que el capitán Esteban es un magnífico tipo de hombre.

Estas palabras me sorprenden un poco. ¿No estaría más en su línea algo así como: "Confío en Althea" o, incluso con indignación, "Althea es una buena chica"?

—Es un hombre. A Althea parecía resultarle interesante.

Ella sigue escrutando la bahía. Y entonces advierto que saca la lengua y se lame el prensil labio superior. Además, hay un sonrojo alrededor de sus orejas y en su garganta, y no es quemadura de sol, y con una mano se frota suavemente el muslo. ¿Qué ve allá en los bajíos?

Ojó.

Los brazos caoba del capitán Esteban rodeando el cuerpo perlado de la señorita Althea Parsons. La arcaica nariz del capitán Esteban resoplando contra el tierno cuello de la señorita Parsons. Las nalgas cobrizas del capitán Esteban bombeando en el cremoso trasero de Althea, vuelto hacia arriba... La hamaca, muy resistente. Los mayas se las saben todas.

Bien, bien. Así que la Clueca tiene sus arranques.

Me siento bastante tonto y un poco más que ligeramente irritado. *Ahora* lo descubro. Pero aún la concupiscencia vicaria es recomendable en medio del lodo y la lluvia. Me reclino, recordando que la señorita Althea, la programadora de computadoras, nos saludó agitando la mano con toda compostura. ¿Estaba enviando a su madre a trajinar conmigo por la bahía para poder ser programada en maya? Evoco troncos de caoba de Honduras flotando desde y hacia la arena opalescente. Justo cuando estoy a punto de sugerirle a la señora Parsons que comparta conmigo el refugio contra la lluvia, ella comenta con serenidad:

—Los mayas parecen ser un magnífico tipo de gente. Creo que eso es lo que usted le dijo a Althea.

Las implicaciones de esto caen sobre mí con la lluvia. *Tipo*. Como en cría, linaje, reproductor. ¿Se supone que he certificado a Esteban no sólo como semental, sino también como donante genético?

—Ruth, ¿me está diciendo que está preparada para aceptar a un nieto medio indio?

—Bien, Don, eso depende de Althea, ¿sabe?

Viendo a la madre, creo que así es. Hurra por las gónadas caoba.

Ruth ha vuelto a escuchar el viento, pero no pienso dejarla escapar con tanta facilidad. No después de todo ese asunto de *Noli me tangere*.

—¿Y qué pensará el padre de Althea?

Vuelve hacia mí el rostro, verdaderamente sobresaltada.

—¿El padre de Althea? —Una complicada semisonrisa.— No le importará.

—El también lo aceptará, ¿eh? —La veo sacudir negativamente la cabeza como si una mosca la estuviera estorbando y le digo con malicia de inválido:— Su esposo debe ser un tipo de hombre excelente.

Ruth me mira, acomodándose con violencia el pelo mojado. Tengo la impresión de que la ratonil señora Parsons está perdiendo el control, pero su voz es calma.

—No hay ningún señor Parsons, Don. Nunca lo hubo. El padre de Althea era un estudiante de medicina danés... Creo que se ha vuelto bastante famoso.

—Oh. —Algo me advierte que no debo decir que lo siento.— ¿Quiere decir que él no sabe de la existencia de Althea?

—No. —Sonríe, los ojos brillantes y tontos.

—Suena como una dura prueba para ella.

—Crecí bastante feliz en las mismas circunstancias.

Bang, estoy muerto. Bien, bien, bien. Una loca imagen florece en mi cabeza: generaciones de solitarias mujeres Parsons seleccionando sementales, haciendo viajes de fecundación. Bien, por lo que he oído, en esa dirección se mueve el mundo.

—Será mejor que eche un vistazo a la línea.

Se va. El resplandor desaparece. No. Simplemente no, nada de contacto. Adiós, capitán Esteban. La pierna me tiene a mal traer. Al diablo con el orgasmo de larga distancia de la señora Parsons.

Después de eso no hablamos mucho, lo que parece convenirle a Ruth. El extraño día se arrastra. Cae un chubasco tras otro. Ruth ahúma unos filetes, pero el agua le apaga el fuego, la lluvia parece intensificarse justo cuando está por aparecer el sol.

Finalmente viene a sentarse conmigo debajo del empapado sarape, pero ni allí hay un poco de calor. Dormito, pero advierto que ella se levanta de vez en cuando para echar un vistazo. Mi subconsciente advierte que aún está ansiosa: le digo a mi subconsciente que me deje en paz.

Luego, cuando despierto, la encuentro garrapateando en las empapadas páginas de un anotador.

—¿Qué es eso, una lista de compras para caimanes?

Automática risa cortés.

—Oh, es sólo una dirección. En caso de que... me estoy portando como una tonta, Don.

—Eh —digo, incorporándome con una mueca de dolor—, Ruth, deje de preocuparse. Lo digo en serio. Pronto saldremos de ésta. Tendrá una buena historia para contar.

Ella no levanta la vista.

—Sí... supongo que sí.

—Vamos, no es para tanto. No hay verdadero peligro aquí. ¿No será alérgica al pescado?

Otra risa de muchacha buena, pero con un estremecimiento.

—A veces creo que me gustaría marcharme... realmente lejos.

Para seguir charlando, digo lo primero que se me cruza.

—Dígame, Ruth, siento curiosidad por saber por qué lleva esa vida tan solitaria, allá en Washington. Quiero decir, una mujer como usted...

—¿Debería casarse? —Suelta un suspiro tembloroso, guardándose el anotador húmedo en el bolsillo.

—¿Por qué no? Es la manera habitual de buscar compañía. No me diga que quiere convertirse en enemiga profesional de los hombres.

—¿Lesbiana, quiere decir? —Su risa suena mejor.— ¿Con lo que valoro la tranquilidad? No, no lo soy.

—Bien, entonces. Sea cual sea el trauma por el que sufrió, esas cosas no du-

Archivo Digital de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ran toda la vida. No puede odiar a todos los hombres.

Otra vez la sonrisa.

—Oh, no hubo ningún trauma, Don, y *no* odio a los hombres. Eso sería tan tonto como... odiar el clima. —Mira de soslayo la lluvia ventosa.

—Creo que tiene rabia. Hasta está irritada conmigo.

Dulce como el mordisco de un ratón me dice:

—Me encantaría que me hablara de su familia, Don.

Touché. Le ofrezco la versión abreviada de por qué ya no tengo familia, y ella dice que lo lamenta, qué triste. Y charlamos sobre las ventajas de la soltería, y de cómo ella y sus amigas disfrutan de obras de teatro y conciertos y viajes, y una de ellas es cajera jefe de Ringling Brothers, ¿qué tal?

Pero las palabras salen cada vez más entrecortadas, como una mala grabación, y sus ojos buscan el horizonte en las pausas y su rostro escucha algo que no es mi voz. ¿Qué demonios le pasa? Bien, lo que le pasa a cualquier mujer madura discretamente independiente con la cama vacía. Y con seguro social. Un viejo hábito mental me recuerda de manera bastante descortés que la señora Parsons representa lo que se conoce como el clásico blanco de penetración.

—...mayor cantidad de oportunidades ahora... —Su voz se apaga.

—Viva la liberación femenina, ¿eh?

—¿La liberación? —Con impaciencia se inclina hacia adelante y endereza el sarape de un tirón.— Oh, eso está condenado.

Esa palabra apocalíptica me llama la atención.

—¿Por qué lo dice?

Me mira como si quisiera enderezarme a mí también.

—Oh... —dice vagamente.

—Vamos, ¿por qué? ¿No consiguieron la ley de igualdad de derechos?

Larga vacilación. Cuando vuelve a hablar su voz es diferente.

—Las mujeres no tienen derechos, Don, excepto los que nos permiten los hombres. Los hombres son más agresivos y poderosos, y manejan el mundo. Cuando la próxima crisis verdadera los trastorne, nuestros presuntos derechos se disiparán como... como aquel humo. Volveremos a ser lo que éramos: propiedad. Y nuestras libertades cargarán con la culpa de todos los fracasos, como sucedió en la caída de Roma. Ya verá.

Dice todo esto en un tono gris de convicción absoluta. La última vez que oí ese tono, el que hablaba explicaba por qué tenía los cajones de su archivo llenos de expedientes muertos.

—Oh, vamos. Usted y sus amigas son el espinazo del sistema; si desisten, el país se parará en seco antes del almuerzo.

Ninguna sonrisa de respuesta.

—Esa es una fantasía. —Su voz es aún calma.— Las mujeres no funcionan así. Somos... un mundo sin dientes. —Mira a su alrededor como si deseara dejar de hablar.— Las mujeres sólo sobreviven. Vivimos de a dos y de a una en los resquicios de la maquinaria del mundo, que es de ustedes.

—Suena como una operación guerrillera. —No estoy bromeando, de veras, justo aquí, en la madriguera de los caimanes. En realidad, me pregunto si no habré perdido demasiado tiempo pensando en los troncos de caoba.

—Los guerrilleros al menos tienen esperanzas. —De repente conecta la sonrisa alegre.— Piense en nosotras como en zarigüeyas, Don. ¿Sabía que hay zarigüeyas por todas partes? Incluso en la ciudad de Nueva York.

Le devuelvo la sonrisa con un escozor en el cuello. Creí que el paranoide era yo.

—Los hombres y las mujeres no son especies diferentes, Ruth. Las mujeres hacen las mismas cosas que los hombres.

—¿De veras? —Nuestros ojos se encuentran, pero ella parece estar viendo fantasmas entre nosotros, bajo la lluvia. Masculla algo que podría ser "Por Dios" y desvía la mirada.— Todas esas interminables guerras... —Su voz es un susurro.— todas esas gigantescas organizaciones autoritarias para hacer cosas irreales. Los hombres viven para luchar entre sí; nosotras sólo formamos parte del campo de batalla. Nunca cambiará, a menos que cambie el mundo todo. A veces sueño con... marcharme... —Se interrumpe y cambia la voz.— Perdóneme, Don, es tan estúpido decir todo esto.

—Los hombres también odian las guerras, Ruth —digo con toda la suavidad posible.

—Lo sé. —Se encoge de hombros y se pone de pie.— Pero eso es problema de ustedes, ¿verdad?

Fin de la comunicación. La señora Ruth Parsons ni siquiera vive en el mismo mundo que yo.

La veo dar vueltas por allí, desasosegada, la cabeza vuelta hacia las ruinas. Una alienación así puede sumarse a los expedientes muertos, lo que sería problema de la GSA. También podría llevar a dejarse embaucar por un bromista que prometiera transformar el mundo. Lo que podría ser problema mío, si alguno de esos bromistas andaba en aquel campamento de anoche, hacia donde ella no dejaba de mirar. *¿Los guerrilleros al menos tienen esperanzas...?*

Pamplinas. Cambio de posición y veo que el cielo parece aclararse a medida que se pone el sol. Además el viento al fin está amainando. Es descabellado pensar que esta mujercita está realizando sus fantasías en este pantano. Pero el equipo de anoche no era una fantasía; si esos fulanos están relacionados con ella, yo seré un fastidio. No hay mejor lugar que éste para deshacerse de un cadáver. ¿Un guevarista es un magnífico tipo de hombre?

Absurdo. Por supuesto. Lo único más absurdo sería haber sobrevivido a la guerra para que me liquide el novio de una bibliotecaria chiflada durante una excursión de pesca.

Un pez salta en el arroyo, debajo de nosotros. Ruth gira con tanta rapidez que el sarape restalla.

—Mejor enciendo el fuego —dice, clavando los ojos en el claro y ladeando la cabeza para escuchar.

—Bien, probemos.

—¿Espera compañía?

Se estremece. Queda helada y vuelve los ojos hacia mí como una secuencia fílmica subtitulada Espanto. Veo que se decide a sonreír.

—¡Oh, nunca se sabe! —dice, y ríe extrañamente, y sus ojos no han cambiado—. Prepararé... la leña. —Casi se zambulle en la maleza.

Nadie, paranoide o no, puede llamar a *eso* una reacción normal.

O bien Ruth Parsons es una psicótica o bien está esperando que ocurra algo... y no tiene nada que ver conmigo; casi la mato del susto.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Bien, tal vez está loca. Y tal vez yo esté equivocado, pero hay errores que sólo se cometen una vez.

Con renuencia me desabrocho el cinturón secreto, diciéndome que si pienso lo que pienso, la única salida es tomar algo para la pierna y alejarme todo lo posible de la señora Ruth Parsons antes que llegue la gente que ella está esperando.

En mi cinturón hay también un revólver calibre 32 cuya existencia Ruth ignora... y allí se quedará. Mi programa de longevidad deja los tiroteos para la TV y aconseja las retiradas cuando las cosas se ponen peliagudas. Puedo pasar una noche perfectamente segura y también perfectamente horrible en uno de esos manglares... ¿Estoy loco?

En ese momento Ruth se pone de pie y escruta ostensiblemente la tierra firme, cubriéndose los ojos con la mano. Después se pone algo en el bolsillo, se abotona y se ajusta el cinturón.

Eso lo decide.

Trago dos tabletas de 100 miligramos, que deberían permitirme caminar y que aún me dejarían inteligencia como para ocultarme. Les daré unos minutos. Me aseguro de tener en el bolsillo la brújula y algunos ganchos y me siento a esperar mientras Ruth se ocupa de su fuego, mirando de soslayo cuando cree que no la observo.

El mundo chato que nos rodea se está transformando en un espectáculo de luces irreales, violetas y ambarinas, cuando los primeros indicios de insensibilidad me invaden la pierna. Ruth se arrastra bajo las zarzas buscando astillas secas; puedo verle un pie. Bien. Busco mi bastón.

De repente el pie se sacude y Ruth grita... o mejor, su garganta emite ese *Uh-uh-uu* que significa horror puro. El pie desaparece entre crujidos de tallos de zarza.

Me abalanzo sobre la muleta y me levanto y veo, desde la ribera, una escena congelada.

Ruth está acurrucada de costado en la cornisa, agarrándose el estómago. Ellos están un metro más abajo, flotando en el río en un esquife. Mientras yo demoraba mi estúpida decisión, sus amigotes cayeron por sorpresa. Son tres.

Son altos y blancos. Parecen hombres con uniforme blanco de paracaidistas. El que está más cerca de la orilla estira un largo brazo blanco hacia Ruth. Ella se sacude y se aleja un poco.

El brazo se estira en pos de ella. Se estira y se estira. Se estira dos metros y se queda suspendido en el aire. En la punta culebrean unas cositas negras.

Miro el lugar donde deberían tener cara y veo unos platos negros y huecos con franjas verticales. Las franjas se mueven lentamente...

No es posible que sean humanos, ni nada que yo haya visto antes. ¿A quiénes ha traído Ruth?

La escena es totalmente silenciosa. Parpadeo, parpadeo... esto no puede ser real. Los dos que están en el extremo más distante del esquife anudan esos brazos alrededor de un aparato con trípode. ¿Un arma? De repente oigo la misma voz confusa que oí anoche.

—Da... danos —gruñe—. D-danos...

Dios santo, sea lo que sea, es real. Estoy aterrado. Mi mente se esfuerza por no dar forma a una palabra.

Y Ruth —Dios mío, por supuesto— Ruth también está aterrorizada, se aleja por la cornisa, boquiabierta ante los mostruos del esquife, que obviamente no son amigos de nadie. Abraza algo contra el cuerpo. ¿Por qué no trepa la barranca y viene a escudarse detrás de mí?

—D-d-danos. —El zumbido proviene del trípode—. Favor danos. —El esquife remonta la corriente siguiendo a Ruth. El brazo vuelve a ondular, con los negros dígitos curvados. Ruth sube la barranca a tropezones.

—¡Ruth! —mi voz se quiebra—. ¡Ruth, venga aquí conmigo!

Ella no me mira, sólo se aleja más y más. Mi terror estalla en furia.

—¡Vuelva aquí! —Con la mano libre desenfundo el 32. El sol se ha puesto.

Ella no se vuelve sino que se incorpora con cautela, aferrando aún esa cosa. Veo que mueve la boca. ¿De veras trata de *hablarles*?

—Por favor... —dice, y traga saliva—. Por favor, háblenme. Necesito ayuda.

—¡RUTH!

En ese momento el monstruo blanco más próximo se flexiona en una gran S y se desliza hasta la orilla hacia Ruth, dos metros de horror níveo y ondulante.

Y baleo a Ruth.

No lo sé durante un minuto —he alzado el revólver con tal rapidez que mi bastón resbala y me arroja al suelo cuando disparo. Me levanto como puedo, oyendo el grito de Ruth:

—¡No! ¡No! ¡No!

La criatura ha regresado a su bote, y Ruth sigue aún distante, acurrucada. La sangre le baja por el codo.

—¡Deténgase, Don! ¡No lo están atacando!

—¡Por Dios! ¡No sea idiota! ¡No puedo ayudarla si no se aleja de ellos!

Ninguna respuesta. Nadie se mueve.

Ni un ruido salvo el zumbido de un jet que pasa muy alto. En el arroyo oscuro, abajo, las tres figuras blancas ondulan nerviosamente: evoco discos de radar entrando en foco. La palabra me cruza la mente. *Extraños.*

Extraterrestres.

¿Qué hago, llamar al presidente? ¿Capturarlos por mi cuenta, con mi matagatos...? Estoy solo en el trasero del mundo con la pierna y el cerebro inundados de hidroclororo de meperidina.

—Favvvor —farfulla nuevamente la máquina—. Quéééé aiiuda...

—Nuestro avión se estrelló —dice Ruth con voz muy clara y extraña. Señala la bahía—. Mi... mi niña está allí. Por favor *llévennos allí* en el bote.

Dios mío. Mientras ella gesticula, echo un vistazo a la cosa que tiene en el brazo herido. Es metálico, como si fuera una reluciente cabeza de distribuidor. ¿Qué...?

Un momento. Esta mañana: cuando ella se fue durante tanto rato, pudo haber hallado eso. Algo que se olvidaron. O que se les cayó. Y ella lo ocultó, sin decirme nada. Por eso iba una y otra vez debajo de las zarzas... para controlarlo. Esperando. Y los dueños regresaron y la pescaron. Lo necesitan. Ella intenta hacer un canje, por Dios.

—Agua. —Ruth señala una y otra vez.— Llévennos. A mí. Y a él.

Las caras negras se vuelven hacia mí, ciegas y horribles. Más tarde podré sentirme agradecido por ese "llévennos". Ahora no.

—Arroje su arma, Don. Nos llevarán.

—Su voz es débil.

—Al demonio con eso. ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí?

—¡Oh, Dios! ¿Qué importa? Está asustado —les grita—. ¿Pueden entender?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ella es tan extraña como los otros, allí en la penumbra. Los seres del esquife susurran entre ellos. Su caja empieza a gemir:

—Es-s-s-tudiantes —distingo—. Es-s-tudiando... no armas... nosotros... —La voz se esfuma en un gorjeo y luego dice:— D-déннos... y v-vamos.

Estudiantes en intercambio cultural, pacifistas... a nivel interestelar ahora. Oh, no.

—¡Traiga aquí esa cosa, Ruth! ¡Ahora mismo!

Pero ella ya camina hacia la orilla, diciendo:

—Llévenme.

—¡Espere! ¡Su brazo necesita un torniquete!

—Ya lo sé. Por favor, Don, baje el arma.

Ya está en el esquife, junto a ellos. Ellos no se mueven.

—¡Caray!

Despacio, a regañadientes, suelto el 32. Cuando empiezo a bajar la pendiente, descubro que floto: la adrenalina y el Demerol son mala mezcla.

El esquife se desliza hacia mí, con Ruth a popa aferrando esa cosa junto con el brazo herido. Los extraños están a popa detrás del trípode, lejos de mí. Advierto que el esquife está camuflado de pardo y verde. A nuestro alrededor el mundo es sombrío, azul profundo.

—¡Don, traiga la bolsa de agua!

Mientras arrastro la bolsa plástica, se me ocurre que Ruth está realmente loca, el agua ya no es necesaria. Pero mi propio cerebro parece sufrir una sobrecarga. Todo lo que puedo ver es un brazo largo, blanco y gomoso con gusanos negros que aferra el otro extremo del caño anaranjado y me ayuda a llenarlo. Esto no está sucediendo.

—¿Puede subir, Don?

Mientras subo las piernas dormidas, dos largos caños blancos se me acercan. Largo de aquí. Doy una patada y caigo junto a Ruth. Ella se aleja.

Se oye un zumbido crujiente. Surge de una cuña en el medio del esquife. Y estamos en movimiento, deslizándonos hacia los oscuros manglares.

Escruto desinteresadamente la cuña. ¿Secretos tecnológicos extraterrestres? No veo nada, la fuente de energía está debajo de esa cubierta triangular de unos sesenta centímetros de longitud. Los aparatos del trípode son igualmente crípticos, excepto uno que tiene grandes lentes. ¿La luz?

Cuando se abre la bahía el zumbido crece y empezamos a planear más y más rápido.

¿Treinta nudos? Difícil de calcular en la oscuridad. El casco parece un trihedro modificado, muy similar a los nuestros, extraordinariamente compacto. Digamos unos seis metros y medio. Planes para secuestrarlo me giran en la cabeza: necesitaré a Esteban.

De repente un enorme haz de luz se despliega sobre nosotros desde el trípode, borrando la imagen de los extraños en la proa. Veo que Ruth trata de atarse el cinturón alrededor del brazo, sin soltar el artefacto.

—Yo se lo ato —le digo.

—Está bien.

El aparato extraterrestre titila o fosforece un poco. Me agacho para ver, susurrando:

—Deme eso, se lo pasaré a Esteban.

—¡No! —dice, y se aleja casi hasta la borda—. ¡Es de ellos, lo necesitan!

—¿Qué? ¿Está loca? —Estoy tan sorprendido por su estupidez que literalmente tartamudeo.— Tenemos que hacerlo, tenemos...

—No nos han hecho daño. Estoy segura de que hubieran podido hacerlo.

Sus ojos me observan con intensidad salvaje; bajo esa luz su rostro tiene una expresión demencial. Atontado como estoy, advierto que la condenada mujer está dispuesta a tirarse por la borda si me muevo. Con el objeto extraterrestre.

—Creo que son benévolos —masculla.

—¡Por amor de Dios, Ruth! ¡Son *extraterrestres!*

—Estoy acostumbrada —dice distraídamente.— ¡Allá está la isla! ¡Deténganse!

El esquife disminuye la velocidad, girando. Un macizo de follaje se ve disminuto bajo la luz. Centelleos metálicos... el avión.

—¡Althea! ¡Althea! ¿Estás bien?

Gritos, movimientos en el avión. El agua está alta, flotamos sobre el banco. Los extraterrestres nos dejan ir adelante, se ocultan detrás de la luz. Veo una figura pálida que se acerca chapoteando y otra oscura detrás, que avanza con mayor lentitud. Esteban debe estar intrigado por esa luz.

—El señor Fenton está herido, Althea. Esta gente nos trajo de regreso con el agua. ¿Estás bien?

—Muy bien. —Althea emerge, espiando con excitación.— ¿Tú estás bien? ¡Uf, qué luz!

Automáticamente le entrego esa estúpida bolsa de agua.

—Désela al capitán —dice Ruth, secamente—. Althea, ¿puedes subir al bote? Rápido, es importante.

—¡Voy!

—¡No, no! —protesto, pero el esquife se inclina cuando Althea trepa. Los extraterrestres gorjean y la caja empieza a gruñir.

—D-dennos... ahora... d-dennos...

—¿Qué ocurre? —El rostro de Esteban aparece junto a mí, bizqueando furiosamente ante la luz.

—Tómela, quítesela... esa cosa que tiene ella... —Pero la voz de Ruth tapa la mía.

—Capitán, baje al señor Fenton del bote. Tiene la pierna herida. Apúrese, por favor.

—¡Maldición, espere! —grito, pero ya un brazo me rodea la cintura. Cuando un maya lo alza a uno, uno se deja alzar. Oigo que Althea dice:

—¡Madre, tu brazo!

Y caigo sobre Esteban. Nos tambaleamos en el agua que nos llega a la cintura, no siento los pies.

Cuando me recupero, el bote está a metros de distancia y las dos mujeres cuchichean con las cabezas juntas.

—¡Atrápelos! —grito, me libero de Esteban y me lanzo hacia adelante. Ruth se pone de pie en el bote, enfrentando a los invisibles extraterrestres.

—Llévennos con ustedes —dice—. Por favor. Queremos ir con ustedes, lejos de aquí.

—¡Ruth! ¡Esteban, al bote! —Me yergo y pierdo pie otra vez. Los extraterrestres chacharean frenéticamente bajo la luz.

—Por favor, llévennos. No nos importa cómo es su planeta, aprenderemos... ¡haremos cualquier cosa! No causaremos ningún problema. Por favor. Oh, por favor.

El esquife se aleja flotando.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¡Ruth! ¡Althea! Están locas, esperen...

Pero sólo puedo arrastrarme torpemente en el cieno como en una pesadilla, oyendo esa condenada voz de la caja que zumba:

—N-no regresa... más... n-no regresa...

El rostro de Althea se vuelve hacia la caja, boquiabierto.

—Sí, comprendemos —grita Ruth—. No queremos regresar. ¡Por favor, llévennos con ustedes!

Yo grito y Esteban pasa chapoteando a mi lado y también gritando, algo acerca de la radio.

—S-s-sí —gruñe la voz.

De repente Ruth se sienta abrazando a Althea. En ese momento Esteban aferra la borda del esquife junto a ellas.

—¡Reténgalas, Esteban! ¡No las deje ir!

Él me lanza una mirada bizca por encima del hombro y yo advierto su absoluto desinterés. Ha reparado en esa pintura de camuflaje y en la ausencia de avios de pesca. Hago un intento desesperado y vuelvo a resbalar. Cuando me levanto Ruth está diciendo:

—Nos vamos con esta gente, capitán. Por favor, saque su dinero de mi cartera, que está en el avión. Y dele esto al señor Fenton.

Le da algo pequeño: el anotador. Él lo toma lentamente.

—¡Esteban! ¡No lo haga! —grito.

Ha soltado el esquife.

—Muchísimas gracias —dice Ruth cuando el bote flota en libertad. Le tiembla la voz; alza el tono—: No habrá ningún problema, Don. Por favor, cablegrafíe. Es para una amiga, ella se ocupará de todo. —Y entonces agrega lo más insensato de la noche:— Es una gran persona, es directora de enfermería en el New Indian Hospital.

Cuando el esquife se aleja oigo que Althea añade algo así como:

—Adelante.

Dios santo... Un minuto después se oye el zumbido, la luz desaparece con rapidez. Lo último que veo de la señora Ruth Parsons y de la señorita Althea Parsons es dos sombritas contra la luz, como dos zarigüeyas. La luz se apaga, el zumbido se ahonda... y se van, se van, se han ido.

En el agua oscura, a mi lado, Esteban manda a todo el mundo a hacerse chingar.

—Amigos, o algo así —le digo con resignación—. Aparentemente querían irse con ellos.

Él guarda un obstinado silencio y me sube al avión. Sabe lo que podría pasar aquí, mucho mejor que yo, y los mayas tienen sus propios programas de longevidad. Aparentemente se ha recobrado bastante. Cuando entramos advierto que ha cambiado la hamaca de lugar.

Durante la noche —de la cual recuerdo poco—, el viento cambia. A las siete y media de la mañana un Cessna sobrevuela el banco de arena bajo un cielo sin nubes.

Al mediodía estamos de vuelta en Cozumel. El capitán Esteban acepta la paga y parte lacónicamente a su guerra con la compañía de seguros. Yo dejo el equipaje de las Parsons a su agente de viaje en el Caribe, que no puede demostrar más indiferencia. El cable está dirigido a la señora Priscilla Hayes Smith, también de Bethesda. Me hago atender por un médico y a las tres de la tarde estoy sentado en la terraza del Cabañas con una pierna hinchada y un Margarita doble, tratando de creer todo el asunto.

El cable decía: *Althea y yo aprovechamos extraordinaria oportunidad de viaje. Nos vamos por varios años. Por favor, encárgate de nuestras cosas. Saludos, Ruth.*

Lo había escrito aquella tarde, como comprenderán.

Pido otro doble, lamentando no haber echado un buen vistazo a ese artefacto. ¿No tenía una etiqueta: Hecho en Betelgeuse? Por extraño que fuera, ¿quién podía ser tan loco como para imaginar...?

Y no sólo eso, sino esperar, ¿planear? Me gustaría irme... verdaderamente muy lejos... Eso fue lo que hizo, todo el día. Esperar, anhelar, planear, cómo llevarse a Althea. Para irse sin ser vista a un mundo extraño...

Con el tercer Margarita ensayo una broma sobre mujeres chifladas, pero no estoy de humor. Y estoy seguro de que no tendrán ninguna molestia, ningún problema. Dos mujeres humanas, una de ellas posiblemente embarazada, han partido para, supongo, las estrellas; y la trama de la sociedad jamás mostrará un desgarrón. Reflexiono: ¿todas las amigas de la señora Parsons estarán siempre preparadas para cualquier eventualidad, incluida la de abandonar la Tierra? ¿Y la señora Ruth Parsons se preocupará algún día por mandar a buscar a la señora Priscilla Hayes Smith, esa gran persona?

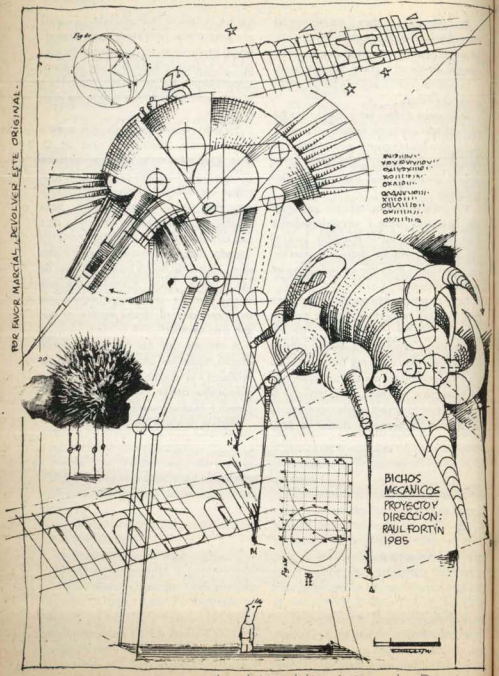
Yo sólo puedo mandar a buscar otro trago helado, cavilando acerca de Althea. ¿Qué soles verán los ojos desviados del retoño del capitán Esteban, si es que existe ese retoño? "Sube, Althea, partimos para Orión." "Bien, madre." Vaya educación. *Sobrevivimos de a dos y de a una en los resquicios de la maquinaria del mundo... Estoy acostumbrada a los extraños...* Había dicho en serio cada una de las palabras. Loca. ¿Cómo podía una mujer preferir vivir entre monstruos desconocidos, diciendo adiós a su hogar, a su mundo?

A medida qué los Margarita surten efecto, todas las escenas delirantes se reducen a la imagen de esas dos siluetas menudas sentadas lado a lado en el resplandor extraterrestre que se aleja.

Hemos perdido dos zarigüeyas.

Título del original en inglés: *The Women Men Don't See.*
Del libro *Warm Worlds and Otherwise.* © 1976 by James Tiptree, Jr.
Traducción de Mario Lozano.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



PABLO CAPANNA

PRESTIGIOS DE UN MITO

Más Allá y su tiempo, según un testigo atento.

Ilustración de Raúl Fortín

La nostalgia suele ser enemiga de la objetividad, y más aún cuando se inscribe en esa persistente moda que algunos inventaron para ocultar cierto eclipse de la creatividad.

Entre los aficionados a la ciencia ficción de habla española, y en particular los argentinos, la nostalgia se llama *Más Allá*: un fenómeno editorial que cuesta hoy analizar objetivamente (aun reconociendo que en torno de él se han tejido muchas exageraciones) por los sentimientos que despierta.

En efecto, para algunos de los que hoy somos cuarentones respetables, *Más Allá* representó casi lo mismo que los Beatles para la generación siguiente: fue una ventana hacia lo maravilloso que se abrió en medio de nuestra adolescencia. En mi caso personal, fue el alimento intelectual que no podían darme ni la Escuela Comercial ni el curso de dibujo por correo; fue una pasión sostenida que a muchos les abrió las puertas del mundo científico y en mi caso influyó para despertar una futura vocación filosófica.

Con el tiempo, *MA* se ha convertido por cierto en un mito, alentado tanto por los aficionados argentinos, escasos y dispersos, como desde España: no en vano, *Nueva Dimensión* le dedicó un número de homenaje y hoy una colección completa suele alcanzar sorprendentes cotizaciones.

Vista desde la perspectiva actual, *MA*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

no era una revista tan extraordinaria. El componente "ciencia" pesaba mucho más que en las revistas actuales; la mayoría de los textos y aun las ilustraciones procedían de *Galaxy* o *Astounding*; el papel y la diagramación eran regulares y las traducciones dejaban que desear, aunque no tanto como mucho de lo que hemos visto después.

Mientras duró (cuatro años enteros: 48 números) no fue precisamente un éxito comercial, aunque después se haya llegado a escribir que tiraba 25.000 ejemplares (!). Luego de un tiempo de distribuirse solamente en quioscos, tuvo que apoyarse en un sistema de suscripciones y se sostuvo gracias a un sólido y constante núcleo de lectores fieles, cada vez más comprometidos a través de la correspondencia.

Su desaparición fue enteramente paradójica. En uno de sus últimos números se hablaba de satélites artificiales y se brindaba información de los proyectos norteamericanos para el Año Geofísico Internacional, aunque se insinuaba que los soviéticos podrían llegar a dar una sorpresa en ese campo. *MA* desapareció en junio de 1957 y en octubre, tres meses más tarde, el Sputnik I surcaba el espacio. La única revista que había preparado al público para el advenimiento de la era espacial, la que había dedicado centenares de páginas a astronáutica, la que solía ostentar naves espaciales en sus tapas, sucumbía precisamente cuando todo eso comenzaba a hacerse realidad. Unos meses más tarde, la curiosidad y el interés general hubiesen volcado hacia la revista una nueva masa de lectores; pero los "expertos" en aquello que luego se llamaría *marketing* decidieron que no era rentable y optaron por concentrar sus fuerzas en su próspero negocio de historietas, fotonovelas y figurines de modas.

Cuando surgió *Más Allá* en junio de 1953, la Editorial Abril ya había comenzado a sondear el gusto de los lectores potenciales, introduciendo algunos relatos de cf en revistas de historietas como *Cinemisterio*. Todavía nos resistíamos a la manía de los nombres en inglés, de modo que no se hablaba de "ciencia ficción" sino de "ficción científica" (*F.C.* y no *C.F.*). Fue un intento gramaticalmente más ajustado por traducir el concepto a nuestro idioma, aunque luego no prosperó.

La revista no consignaba el nombre de quienes la dirigían ni tampoco de su elenco de colaboradores (*staff*, diríamos ahora), aunque sabemos que las responsabilidades pasaron por muchas manos, entre ellas las de Héctor G. Oesterheld y Jorge de Angeli.

La Argentina de 1953 era muy distinta de la de hoy. Éramos poco más que dieciocho millones de personas, no había tantas revistas y la televisión era todavía un lujo, que la mayoría solíamos atisbar en las vidrieras.

Ese año moría Stalin y asumían Eisenhower y la reina Isabel II: se habían restañado las heridas de la Guerra Mundial y el clima general era optimista: entrábamos en la Era Atómica, luego de la cual vendría la Espacial, seguramente.

El modelo admirado y envidiado era Estados Unidos. En la escuela solíamos lucirnos comentando grandes descubrimientos, como el transistor o los detergentes, que habíamos conocido por *Selecciones* o por las audiciones del Servicio Cultural e Informativo de la Embajada norteamericana. Vivíamos en plena expansión de la industria liviana; olvidados los fervores nacionalistas, Perón se había abrazado con Milton Eisenhower, y para la fantasía popular, el objetivo era alcanzar "el nivel de vida norteamericano", que Hollywood proponía desde las pantallas. Ese año surgían los Chalchaleros y comenzaba el renacimiento del folklore, pero la gran polémica era aún entre el tango y el bolero.

La sociedad argentina sufría severas tensiones políticas: fue el año de las bombas de Plaza de Mayo, del incendio del Jockey, de la Casa Radical y los locales socialistas. Pero en lo económico, la inflación era aún algo completamente desconocido y el Producto Bruto seguía creciendo.

El primer número de *Más Allá* (que no era una revista barata), costaba *cinco pesos* ($a. 0,000005, en moneda actual) y el último, cuatro años más tarde, sólo había aumentado a *ocho pesos*. Ello no impedía que en marzo de 1957 un lector se preguntara dónde iríamos a parar con el alza del precio. Armado de lápiz y goma (todavía no se habían inventado las calculadoras a pilas) dedujo que para el año 3705 la revista costaría la friolera de *mil pesos* ($a. 0,001 en moneda actual). Esto demuestra hasta qué punto es insuficiente la extrapolación lógica. Si alguien hubiese escrito entonces un cuento fantástico (digamos, "Rodrigo, Joe & the Chicago Boys") donde se afirmara que a principios de 1985 una revista similar costaría alrededor de *mil millones* hubiera sido rechazado por absurdo y anticientífico...

En cambio, pertenecen estrictamente a la ciencia ficción muchas cosas que se han escrito luego en torno a *Más Allá*, especialmente cuando se intentaba alguna interpretación ideológica. Por ejemplo, Osvaldo Soriano no vaciló, veinte años más tarde, en sindicar a *MA* como representante del *desarrollismo*, aun cuando la mayor parte de su trayectoria se había cumplido bajo el gobierno de Perón. La cuestión parecía tan simple que podían pasarse por alto las fechas, de modo que Soriano escribía: "Esa juventud, testigo de una revolución tecnológica que pronto permitiría al hombre salir al espacio, enfrentaría aquí la frustración de un país marginado de esa realidad que crecía en las naciones líderes. Una forma literaria —la ciencia ficción— y una ideología pequeño burguesa —el desarrollismo—, ganaron a la Argentina: una fue boom literario; la otra, gobierno por cuatro años."[1]

En realidad, el desarrollismo de Frigerio se abrió paso más tarde, y Frondizi llegó al poder en 1958, cuando ya no existía *MA*; en cuanto al *boom*, de haber existido, no explicaría cómo la revista tuvo tantas dificultades que la obligaron a desaparecer. Si hubo cierto *boom* fue mucho más tarde, entre 1975 y 1978, pero se trataba de otra cf, y de otras motivaciones.

Toda la primera época de *MA* se desarrolló bajo el gobierno peronista. Basta ver los habituales homenajes a Evita, entonces obligatorios en todas las revistas: "Evocación de la Dama de la Esperanza" (nº 3, agosto 1953) y "Eva Perón, pre-

[1] Osvaldo Soriano, "Los argentinos y la ciencia ficción", en *La Opinión Cultural* del 8 de octubre de 1972.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sencia viva" (nº 15, agosto 1954). La correspondencia de los lectores también refleja el folklore del momento: son numerosas las cartas fechadas en "Eva Perón" (La Plata); hay una de "Evita, FCGBM", y algo que podría considerarse una premonición: la carta de cierto señor Galimberti, que vivía en la Calle 17 de Octubre, de Capital. Todavía en junio de 1955, mientras se bombardeaba la Plaza de Mayo, llegaban cartas de la "Provincia Presidente Perón" (Chaco); la última fechada en "Eva Perón" es de agosto de ese año. En setiembre, se produjo el golpe cívico-militar, y se volvió a los nombres tradicionales.

Más allá de lo esperado

Más Allá de la ciencia y de la fantasía (tal era su título completo) se definía como una "revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica". En la tapa del nº 1 se anunciaban "cuentos y novelas de la era atómica" y "apasionantes aventuras de fantasía científica". Con la excepción de *Hombres del futuro*, fue la primera revista de cf publicada en español; tuvo influencia en toda Hispanoamérica, despertando ecos en la propia España. Precedió en unos meses a la fundación de la revista francesa *Fiction* y a la mejicana *Enigmas*.

En uno de los primeros editoriales se hablaba de la rigurosísima selección del material, según la cual sólo se publicaba uno de cada veinticinco cuentos. En realidad, esa selección (de existir), la efectuaban *Galaxy* y los editores norteamericanos; *MA* integraba la familia internacional de revistas subsidiarias de la publicación dirigida por H.L. Gold, que llegó a contar con versiones francesa, británica, italiana, alemana, sueca y finesa.

El primer editorial (junio de 1953) era bastante hiperbólico, y por momentos se deslizaba hacia el lenguaje publicitario. *MA* era "para aquéllos que aman la aventura; para aquéllos que ansían dar un salto hacia el porvenir; para aquéllos que encuentran pálida la fantasía del cuento policial o de la novela burguesa ante la fantasía con que se transforma la realidad... *MA* les ofrece el misterio infinito de la magia científica... *MA* es cuento y es novela... *MA* es emoción, lógica, sentimiento, reflexión, ensueño, acción... ¡*MA* viene del futuro y es la literatura que estaba esperando el presente!"

Los primeros números procuraban afianzar la respetabilidad de la revista, cuyo título llevaba a asociaciones ocultistas, aportando información científica y destacando la formación profesional de los escritores. En el primero se contaba el caso de Clive Cartmill, que se hizo sospechoso de espionaje por haber anticipado la bomba atómica; en el nº 5, presentaba la hoy conocida anécdota de la tiotimolina de Asimov, acompañada por un minúsculo retrato del autor. Sin embargo, los redactores de editoriales debían de ser diferentes, porque en el nº 7 se atribuía la creatividad de Lester del Rey a la circunstancia de haber nacido "bajo el ambiguo signo de Géminis..."

El segundo editorial constituyó un verdadero manifiesto, totalmente encuadrado en las normas de Campbell. El cuento de ciencia ficción, sostenía, "debe diferenciarse de la tradicional literatura romántica, burguesa, policial o aventurera, para entrar de lleno en el campo de la fantasía científica. En otras palabras, debe representar un esfuerzo —y un esfuerzo bien logrado— para romper el círculo reducido de la realidad que nos circunda, y para llevarnos a mundos y épocas lejanas. Pero esta fantasía debe estar basada sobre elementos científicamente posibles... La ficción científica no desea ser confundida con la profecía. Su único deseo, más bien, su forma de ser, es dejar correr la imaginación por el plano inclinado del progreso técnico, en el cual la aceleración va aumentando al infinito" (julio de 1953).

Progresivamente, los editoriales fueron asumiendo un tono cada vez más filosófico. En el cuarto, titulado "Hermandad terrestre", se minimizaban nuestros problemas humanos recordando que "la Tierra es un guijarro en el cielo"; recién algunos números más adelante se publicaría la novela de Asimov que lleva ese título.

Hacia el nº 10, el cientificismo parece comenzar a eclipsarse, y hay un avance de la fantasía; es la época en que aparecen autores como Bradbury y Sturgeon. El editorial del nº 10 afirma que "si no hay contraste entre la ciencia y la literatura es porque ambas están iluminadas por la prodigiosa y fascinadora luz de la fantasía".

Otros editoriales tocaban temas más ambiciosos, como "la caducidad del lenguaje" (nº 11) o el pensamiento de Henry Adams (nº 34).

Para llegar a tener una idea de la difusión, realmente notable, que tuvo la revista, basta repasar las direcciones de los lectores que le escribían; en cierta medida, está presente todo el mundo hispanoparlante. Hay cartas de Montevideo, Santiago de Chile, Lima, Costa Rica, Barranquilla (Colombia), Guayaquil (Ecuador), Camagüey (Cuba), Caracas, y hasta alguna de París o de la URSS. Son numerosas las cartas del interior del país; incluso se registra una de un oficial anónimo de la Base Aérea Comandante Espora (nº 34).

Un sitio especial merecen los lectores españoles, que descubrieron la cf a través de *Más Allá*. Hay cartas de Barcelona y Madrid, y avisos de lectores españoles que desean entablar correspondencia privada con sus colegas argentinos. Por entonces, se publica en *MA* un cuento del español Antonio Ribera, quien luego escribiría en *Nueva Dimensión*.

La difusión internacional de la revista era tal que de vez en cuando provocaba protestas por el uso de modismos argentinos en las traducciones, por parte de lectores chilenos o uruguayos.

Los autores de *Más Allá*

La importancia de los textos de cf que *MA* dio a conocer mucho antes de que se editaran como libros es innegable, y así lo reconocen los lectores de hoy. En *MA* aparecieron por primera vez *El día de los trífidos*, de Wyndham. *Amos de títeres*, de Heinlein, *Mundo de ocasión*, de Pohl-Kornbluth, *Las cavernas de acero*, de Asimov, *El hombre aniquilado*, de Bester y *Bajo la luz de la Tierra*, de Clarke. Pero *MA* también se atrevió a publicar "Bobby tiene tres años", de Sturgeon, la parte central de la novela *Más que humano*: hubo que presentarla con unas palabras introductorias para hacerla digerible al lector acostumbrado hasta entonces a la *hard science*.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Algo semejante ocurrió al ofrecerse la primera versión castellana de las *Crónicas marcianas*, de Bradbury. Recuerdo que el tono poético surrealista de las primeras dos crónicas me produjo, a los dieciséis años, una verdadera revulsión; recién con "La tercera expedición" sucumbí a la fascinación de Bradbury, como debe haberle ocurrido a muchos. Años después, Bradbury sería un verdadero *best-seller* en Argentina, y llegaría incluso a incorporarse a la bibliografía escolar; entonces era aún un poco prematuro.

Como curiosidad, mencionaré que *MA* publicó un cuento de Kurt Vonnegut, quien luego se convertiría, fuera del género, en uno de los más prestigiosos escritores norteamericanos actuales ("Cuerpos inútiles", nº 6). También apareció en sus páginas un mediocre cuento ("Un arma anticuada", nº 3) firmado por L. Ron Hubbard. Era nada menos que Lafayette Ronald Hubbard, quien hoy maneja a millones de personas del mundo entero a través de su increíble Iglesia de la Cientología, y que por entonces ya estaba estafando con su famosa "dianética".

En cuanto a la información científica, era de un nivel impecable, y no hemos vuelto a tener en nuestro medio una revista que hiciese una obra de divulgación comparable. Los primeros nueve números trajeron *La conquista del Espacio*, de Willy Ley; estaba ilustrada por Chesley Bonestell, el escenógrafo de la película *Viaje a la Luna* (con guión de Heinlein), que por entonces nos fascinó.

De Werner von Braun, padre de la V2 y de la NASA, conocimos *La conquista de la Luna*. *Las edades glaciales*, de Willy Ley, *Espacio sin fronteras*, de Joseph Kaplan y *El fin del mundo*, de Kenneth Heuer, estuvieron entre las series de artículos más recordados. Notas breves y apostillas a pie de página suministraban información actualizada sobre astronáutica, energía atómica, tecnología, etc. Recordamos una breve nota del nº 6 ("Frankensteins") que, en 1953, hablaba sobre las teorías cibernéticas de Wiener y Shannon y los robots experimentales de Grey Walter.

Cuando concluyó *La conquista del Espacio*, al parecer los editores decidieron recurrir al talento local y encargaron al físico José Westerkamp[2] tres artículos ("El Sol", nº 10; "Las estrellas", nº 11 y "Las galaxias", nº 12). Fueron trabajos que iban sin duda más allá de la mera divulgación: su tecnicismo exigía un esfuerzo considerable al lector común.

Más adelante, *MA* introdujo otro tipo de artículos científicos, que se apartaban un tanto de los tradicionales temas de astronáutica y física nuclear; comenzaron a predominar las ciencias biológicas y las del comportamiento, cuando aún la Universidad no contaba con una carrera de Psicología. Los trabajos del profesor Iginio Alemanes ("¿Se hereda la inteligencia?" y "¿Es inteligente el bebé de la familia?", nº 12) exponían las tesis de Gesell sobre psicología evolutiva. También fueron científicos locales ("Gron Aguirre y Angel Gide", probablemente seudónimos) quienes desarrollaron toda una serie de notas sobre exobiología ("La vida en el Universo", nos. 13-19).

Se publicó por entonces un notable artículo sobre el microscopio electrónico, última novedad del momento (nº 22). También hubo notas sobre el electroencefalograma y sobre la poliomelitis; esto llegó a provocar alarma en algún lector, en cuya opinión *MA* comenzaba a parecerse a una revista de medicina. El trabajo sobre la polio adquirió especial relieve por las circunstancias en que apareció. El país acababa de salir de una trágica epidemia de poliomelitis y *Más Allá* ofreció un completo informe científico ("¿Es este el fin de la parálisis infantil?", agosto 1954) en cuyo texto se llamaba la atención sobre los trabajos de Jonas Salk. Un año después, la vacuna Salk y luego la Sabin ponían fuera de combate a la polio; *MA* había sido la única revista masiva que lo había anunciado.

Otros servicios especiales de *Más Allá* versaron sobre los platos voladores (nº 22) —un trabajo mucho más serio que tantos artículos que hoy se publican con total impunidad—, y un informe sobre la bomba de hidrógeno (nº 43). El primer ensayo de la nueva bomba había tenido lugar en 1954, en el atolón de Eniwetok; tres años después, *MA* nos hacía tomar conciencia del peligro mediante un recurso gráfico: publicaba un mapa de Buenos Aires y sus alrededores que mostraba las distintas áreas de destrucción total, parcial y limitada... a partir de una supuesta Bomba H arrojada sobre el Obelisco.

[2] Su trayectoria es una verdadera tragedia argentina. Hacia 1972-73, Westerkamp y su esposa fueron centro de una campaña de los estudiantes radicalizados, que los acusaban de "cientificistas", "cipayos", "imperialistas", etc. Más tarde, durante el "Proceso" de 1976, Westerkamp pasó a integrar la Asamblea de los Derechos Humanos y conoció la cárcel, quizá defendiendo a alguno de sus antiguos enemigos. ¿Una lección de tolerancia?

Los argentinos

En el nº 22 de *Más Allá*, leíamos una carta procedente de Nueve de Julio (Buenos Aires). El lector se preguntaba: "...En esta sobreabundante cantidad de cuentos, ¿por qué todo tiene que ocurrir en los Estados Unidos? ¿No sería más ameno e interesante para el lector argentino leer aventuras desarrolladas en lugares nuestros, conocidos, por personas que lleven nombres en lengua castellana?" Los editores le respondían remitiéndolo a un cuento argentino que se incluía en el mismo número de la revista.

Es preciso reconocer que, desde los primeros números, *MA* había dado cabida a la ciencia ficción escrita por autores nacionales, y éstos estuvieron en general a la altura del desafío.

Abrió el fuego Héctor Sánchez Puyol (Oesterheld) con "Cuidado con el perro" (nº 3); más tarde, volvería a las andadas con "Inocente Maquiavelo Reforzado" (nº 29), la sátira de una guerra comercial entre fabricantes de corpiños, que habría de provocar grandes discusiones entre los lectores, quizás alentados por la editorial. Cierto prestigioso ingeniero, que se escudaba tras el seudónimo de Abel Asquini, produjo tres *gadget-stories* especiales en su género: "Protoniquel", nº 6; "Nemobius Fasciatus", nº 7 y "Nictálopes", nº 8.

Otros nombres argentinos fueron Jorge Mora ("Boomerang", nº 7), Juan Fernández ("Proceso particular", nº 4), Julio Almada ("El tiempo desintegrado", nº 8), Julián de Córdoba ("Materia

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

prima", nº 20) y Claudio Paz ("17 monedas de veinte", nº 24).

Un periodista que más tarde habría de adquirir cierta fama, Ignacio Covarrubias, fue el autor de "Saturnino Fernández, héroe", nº 27. También estuvieron "Joy Clarke" ("Un hombre encumbrado", nº 31), Juan P. Edmunds ("Descubrimiento", nº 35) y Félix Vosalta ("El payaso espacial", nº 44). Las dificultades económicas y quizás el encarecimiento de los derechos de autores extranjeros, hicieron que en los últimos números se asignase más espacio a los aficionados locales: esto explica la aparición en el nº 37 de "Nada más que terráqueos", de Luis R. Torres e "Incomprensión", de Pablo Capanna.[5]

Quizás el mayor atrevimiento para una revista de cf de entonces (y aun de ahora) haya sido publicar poesía. En el nº 39 incluía tres poemas de Tomás Enrique Briglia, uno de los cuales llevaba obviamente el título de *Más Allá*. Su tono recordaba bastante a Walt Whitman, como puede apreciarse en esta muestra:

Y tú, candoroso demiurgo
con el poder por simple herramienta,
¡qué maravillas, qué sueños estarás
[sembrando
serenamente
por las estrellas!
¡Cuánta luz, cuánta sed, qué indecibles
[inauguraciones,
las coordenadas de tu amor!...

Esta experiencia poética se completó al rescatar otra pieza perteneciente al peruano Manuel González Prada (1848-1918), en el nº 44.

Por último, diremos que quien luego habría de ganar un premio Plaza & Janés, Adolfo Pérez Zelaschi, ya conocido como autor de cuentos policiales y que había incursionado en la cf en las páginas de la revista *Leoplán*, apareció en *MA* con el cuento "Morir solo" (nº 14). Otro laureado fue Maximiliano Mariotti, Premio Emecé 1977, del cual *MA* publicó el cuento "Para todo servicio", en el nº 39.

Los amigos de *Más Allá*

Una de las causas de la relativa perduración de *MA* fue la comunicación que estableció con su público lector. Ésta se inició a través de su sección científica "Contestando a los lectores", que se publicó a partir del nº 2. Los encargados de responder a las preguntas técnicas del público eran evidentemente científicos y profesionales muy competentes; sus explicaciones, llenas de datos y fórmulas, hacían algo más que satisfacer inquietudes, y deben haber sido de gran ayuda para muchos estudiantes de ciencias. Recordamos haber leído notas increíbles, por su nivel y por aparecer en una revista masiva: hubo una impecable exposición de la doctrina kantiana del espacio y tiempo trascendentales, y un análisis de las paradojas de Zenón de Elea (nº 33).

A partir del nº 3, también comenzó a aparecer el "Espaciotest", un cuestionario científico de múltiple elección. Más adelante, comenzó a incluirse también en cada número, bajo el rótulo "Sin apelación", un *ranking* de los cuentos y novelas publicados, extraídos de la correspondencia recibida.

Por último, desde octubre de 1954, se abrió la sección "Proyectiles dirigidos", integrada exclusivamente por cartas de lectores, que fue cobrando cada vez más vitalidad. En su seno tuvieron lugar varias polémicas célebres para cualquier veterano "masallista".

Ana Rosen, luego secundada por Nélida Ríos y María Piacquadio, emprendió (¡en 1955!) una vigorosa campaña feminista, arremetiendo contra el machismo de ciertos textos con argumentos que hoy estarían totalmente de moda (nº 18); la inefable Ana llegaba a sostener que varones y mujeres "son como dos razas que combaten por la supremacía, en la interminable lucha por la vida" (nº 23).

Otra famosa polémica fue la del ateísmo, planteada por un tal José Martínez. El país acababa de vivir el conflicto de Perón con la Iglesia, y los ánimos seguían caldeados; creyentes y ateos (que en este caso eran más bien panteístas espinocianos) se enfrentaron ante la mirada salomónica de la Redacción, que se limitaba a señalar toda vez que alguno se excedía: "no está demostrado científicamente que...". Un lector especialmente iconoclasta solía firmar con el combativo apodo de "Galileo Bruno" (nº 34), y tras él se alineó Max Dickmann, hijo del dirigente socialista del mismo nombre.

Otra gran polémica fue la de los platos voladores; como era inevitable, produjo varias cartas de lectores que afirmaban haber tenido contactos del primer tipo, los únicos que se estilaban por entonces (nos. 26 y 28).

En 1953, las fotos femeninas que hoy se ven en las revistas familiares hubiesen sido "de exhibición limitada". Esto explica que los sobrios desnudos que ilustraban *Amos de titeres*, la novela de Heinlein, provocaran otra larga discusión (titulada "Un no sé qué tan fuerte...") cuya protagonista fue Lola Pujol. De igual "profundidad" fue la polémica sobre la moda del futuro, originada en una nota que llevaba por título "Más allá de los pantalones" (nº 17); el nº 19 estuvo lleno de cartas de modistos aficionados que imaginaban trajes climatizados, fluorescentes, tornasolados, con cierres magnéticos, etc.

Entre los *fans* más famosos estuvieron Omar Kazán, León Zorrilla y Aldo Cammarota. Este último, que recién comenzaba su carrera de humorista, fue luego candidato por un partido de ciencia ficción (la Nueva Fuerza), se radicó en U.S.A. y desde allí fue libretista de Tato Bores.

Pero sin duda alguna la figura cumbre del folklore masallista fue Mauricio Kitaigorodzki. Al volver a leerlos, sus comentarios parecen notoriamente sensatos, pero eran tan abundantes que a partir del nº 32 pasaron casi a constituir una sección fija. Pronto se planteó toda una cuestión acerca de su apellido poco corriente, de manera que muchos lo

[5] El suscripto ha vuelto a leer hoy su cuento con la comprensible indulgencia y piensa que, tratándose de un acto cometido a los quince años, podría llegar a merecer un "cuatro". Lo curioso es que el cuento motivó dos cartas, una indignada y otra entusiasta (nº 42). Lamentablemente, o el entusiasta no lo había entendido, o bien el cuento era confuso, de modo que me quedo con la primera. Si uno fuera Asimov o Silverberg (y ganara lo que ellos ganan) podría decir que fue "mi primera venta". De todos modos, fue la primera vez que me pagaron por algo. Para la posteridad, fueron $ 92, invertidos en la compra de un letrógrafo y libros usados.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

creíamos un invento de los redactores. En realidad, fue la misma editorial la que contribuyó a la confusión cuando tituló su carta "¿Cuál es su apodo, por favor?". Así, el nº 42 estuvo lleno de diatribas sobre el "apodo" de Kitaigorodzki. Tras haberlo conocido personalmente, doy fe de que Kitaigorodzki existe, goza de buena salud, y sigue tan adicto al "género" como siempre, aunque ahora le escribe a *Humor*.

Más Allá también se preocupó por hacer algo de estadística de sus lectores e "investigación de mercado", como se diría hoy. Lanzó una encuesta en el nº 4 (era una ficha muy bien diseñada, para completar y enviar sin cargo), y ofreció más tarde una completa evaluación de la misma (nº 7).

Respondió un 20 % de los encuestados, brindando una información bastante interesante. Entre los lectores predominaban los hombres, con un 87 %.[4] Un 40 % eran estudiantes, aunque había un 11,6 % de profesinales y un 13,7 % de obreros, calificados o no. La mayoría compraba habitualmente otras revistas, pero un 22,5 % solamente leía *Más Allá*.

En cuanto a edades, la mayoría ocupaba una ancha franja que iba de los 18 a los 30 años. La encuesta incluía también un *ranking* de los cuentos y novelas publicados hasta el momento. En primer lugar figuraba *El día de los trífidos*, una novela que hoy despertaría muy poco entusiasmo. En el último, se encontraban textos como "Un balde de aire", de Fritz Leiber, o "No apto para menores", de Evelyn E. Smith, que eran rechazados tanto por su humor absurdo como por tratarse de fantasías poco "científicas". Probablemente, esos serían hoy los textos que gozarían del favor del público.

Otro estudio realizado un año más tarde (nº 22), señalaba la relativa disminución de los estudiantes. En opinión de la revista, había aumentado "la difusión de la revista entre los profesionales y, en medida menor, entre empleados y obreros especializados, es decir entre los elementos más dinámicos de nuestra sociedad".

Una última estadística, aparecida en el nº 24, cuando la revista cumplía dos años, clasificaba el material publicado por temas y aportaba otro dato interesante: en total, se habían recibido 13.476 cartas, de las cuales se publicaron 67; todo esto, antes de Kitaigorodzki.

A lo largo de esos cuatro años, hubo varios intentos de promover centros de aficionados a la astronáutica, como la S.A.I. (Sociedad Argentina Interplanetaria) y más tarde, clubes de lectores; uno fue auspiciado por Ricardo A. Ertl, de Florida (Buenos Aires) y otro (el C.A.M.A. o Club Amigos de *Más Allá*) fue iniciativa de Julio Castellvi, de Ramos Mejía (Buenos Aires).

No faltaban los delirantes, reales o simulados, que enviaban cartas escritas en "marciano" o "venusino". En el nº 31, un lector insinuaba, no sabemos si seriamente o no, que *MA* era escrita por extraterrestres, [illegible] reclutar especímenes para llevárselos a otro planeta; hubo otros que proponían que todos los aficionados llevasen un distintivo en la solapa para reconocerse. En el nº 46, un lector propuso que en la esquina de Avenida de Mayo y 9 de Julio, donde luego habría de instalarse una fuente, se levantara una astronave de acero inoxidable de 90 metros de altura, para que sirviera como "monumento al Futuro".

Mientras algún entusiasta proclamaba que *MA* tenía "una misión moral" y otro protestaba por la poca seriedad de los chistes (nº 30), no faltaban algunos, más críticos, que apuntaban a una "latinoamericanización" de la revista. Así, un lector peruano declaraba no estar dispuesto a soportar más propaganda norteamericana. Había encontrado un artículo científico donde se afirmaba la necesidad de que los EE.UU. fuesen los primeros en conquistar el espacio "para que toda la humanidad pudiese gozar de su libertad". Esto le hacía exclamar: "Yo le pregunto a ese señor hecho en USA, ¿qué cree que es libertad, y dónde la hay, en Centroamérica con la United Fruit? ¿En Japón, en Formosa? ¡No, hombre!... Por favor, Dire, háblenos como a hombres que miran el porvenir, hombres que sabemos que todas las injusticias que ocurren seguirán ocurriendo en un futuro próximo y ahorre las pocas páginas de su revista para mejor fin de F.c., cortando todo lo que realmente sobra..."

El fin

A partir del nº 26 comenzamos a notar que existía una competencia, cuando *Más Allá* publicó un aviso de Nebulae; más tarde, los suscriptores recibieron un folleto de Minotauro.

Los últimos dos números ya no contenían cartas de lectores: un mal presagio. El último (nº 48) tenía en la tapa una especie de diagrama del sistema nervioso central, sobre un fondo de estructuras atómicas; la silueta tenía las manos abiertas, como en señal de rendición. El editorial se titulaba "Cuatro años", y le daba a ese aniversario "un significado especial y un poco triste".

Más Allá dejaba de publicarse. El director argumentaba que por el hecho de tratarse de una publicación elitista ("un sector intelectual y espiritualmente privilegiado") se hacía económicamente injustificable su publicación, a menos que se quisiese bajar la calidad; esto hubiese sido "una estafa e insulto que los lectores no merecen ni habrían aceptado, y que repugna a nuestra conciencia". Con "emoción y amargura", *MA* se despedía de sus lectores, deseando que su alejamiento fuera sólo temporal. Se reservaban el derecho de volver cuando "en nuestra opinión, el interés por la f.c. haya llegado a un punto más alto que el actual. Y ojalá que ese momento no esté demasiado lejos...".

Esto ocurrió hace veintiocho años. Varias veces hemos vuelto a leer excusas similares, y también hemos visto sucumbir revistas sin excusa alguna. En su momento, la desaparición de *Más Allá* produjo un vacío que sólo parcialmente colmaban los libros de Minotauro y Fabril. Cuando, siete años más tarde, Minotauro se hizo revista, sólo rescató parte de ese público. *El Péndulo*, que apareció veintidós años después, ya se encontró con otra generación.

[4] El hecho de que sólo uno de cada diez lectores fuera mujer, movió a la revista a hacer una nueva encuesta (nº 44). Las cartas recibidas ofrecen un jugoso material para cualquier sociólogo que quiera verificar el cambio de actitudes en la sociedad argentina: predominan las respuestas "machistas" o las disculpas de las amas de casa que alegan disponer de poco tiempo para leer.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Aun hoy, los veteranos "masallistas" forman una especie de élite que atesora su colección como una reliquia aunque a menudo hayan dejado de leer cf.

Con su estilo clásico, campbelliano *MA* representó toda una época. Ninguna otra revista logró hasta ahora subsistir tanto tiempo, sin perder jerarquía.

Imitar su fórmula resultaría hoy más que nostálgico, anacrónico. Los tiempos han cambiado, y el género ha ganado en jerarquía literaria más de lo que quizá perdió en originalidad, pero si aquí estamos es porque primero estuvo *Más Allá*.

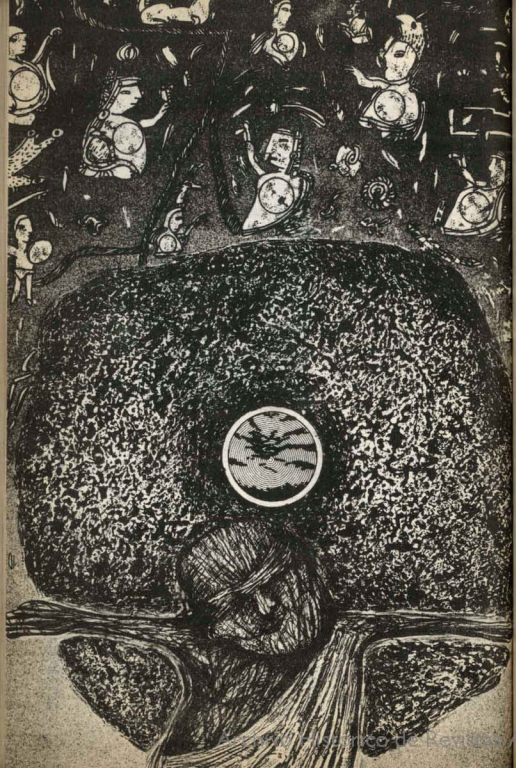
© 1985, Pablo Capanna.

Ediciones Filofalsía

Brian Aldiss
Alfred Bester
John Brunner
Edward Bryant
Algis Budrys
F. M. Busby
Eduardo Carletti
Tarik Carson
John Christopher
Thomas Disch
Miguel Doreau
Phyllis Eisenstein
Harlan Ellison
S. Gaut vel Hartman
Eduardo A. Giménez
Angélica Gorodischer
Jack Haldeman, II
Harry Harrison
Zenna Henderson
Jean-Pierre Hubert
Lee Kilough
Dean R. Koontz
Fritz Leiber
Mario Levrero
Barry Malzberg
George R. R. Martin
Anne McCaffrey
William F. Nolan
Frederik Pohl
Fred Saberhagen
Robert Sheckley
Cordwainer Smith
Theodore Sturgeon
Gilbert Thomas
James Tiptree, Jr.
Kurt Vonnegut, Jr.
Ian Watson
Gene Wolfe
Robert F. Young
Roger Zelazny

Estos han sido los participantes de la **Serie PARSEC** durante 1984; este año la serie continúa dentro de **Clepsidra**, pero sabemos que siempre hay rezagados y hemos decidido hacer una oferta especial por los seis números de la revista y la antología: Todo por $a 4.600.- (precio válido hasta el 30-4-85). Giros (o cheques con domicilio de pago en Capital) a la orden de **Taller de Ediciones Independientes**, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital. Teléfonos: 855-3472 y 854-9982. (Ejemplares sueltos: $a 775.- c/u.)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



PEDRO ORGAMBIDE

LA CONVENCION

Entre hombres de negocios no se hacen conjeturas.

Ilustración de Juan Manuel Lima

Top secret. C-22

Estimado Frank:

Me pide usted un informe detallado de lo que ocurrió en la última convención de la Compañía (filial México) y debo manifestarle, con enorme pesar, que tal informe es *imposible*, aunque esta palabra haya sido desterrada de nuestro idioma. Es cierto: yo mismo repito a nuestros ejecutivos en las diferentes juntas de capacitación (realizadas en el DF y Monterrey) que la palabra *imposible* no existe en nuestra Empresa. Sin embargo, convendrá conmigo que los hechos ocurridos en la Convención de Acapulco están muy lejos de explicarse de una manera racional y pragmática. Habíamos discutido con Bob hasta el último detalle de la Convención, y también con el licenciado Martínez Alborena, hombre de nuestra absoluta confianza. Tanto Chucho como Bob estuvieron de acuerdo en contar con apoyo audiovisual para las diferentes juntas de trabajo. Como decimos siempre: una imagen vale más que mil palabras. A la vez, aceptamos complacidos la sugerencia de Bob de transformar a nuestros vendedores y representantes en verdaderos Guerreros de Ventas; es decir, de vestirlos con trajes de tigres, coyotes, leones, águilas y otros animales que, como dijo Bob, transmiten audacia, fuerza y dinamismo, cualidades fundamentales de nuestra Empresa. Desde luego no culpo a

Archivo de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

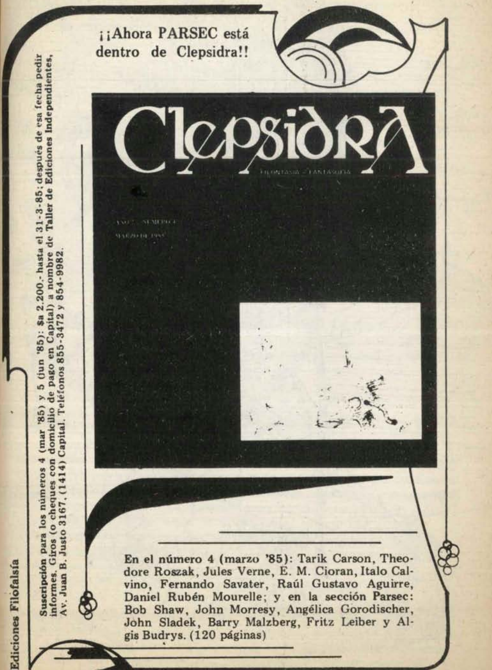
Bob por nada. Tanto Chucho como yo aplaudimos su idea que, por otra parte, había sido probada con éxito en otras convenciones internacionales, como las realizadas en Miami y Las Vegas, a las que tuve el gusto y el honor de asistir. Pero algo ocurrió, algo inexplicable. Tal vez sea prematuro hacer la evaluación de los hechos. En cambio trataré de contarlos de la manera más clara posible. El primer día de la Convención, los vendedores tomaron en broma sus trajes y nombres de guerreros y se pasearon por el hotel luciendo su vestuario de guerra. Por otra parte asistieron con él a todas las juntas. En ellas, Bob les habló como él sabe hacerlo y despertó en los hombres ese espíritu de competencia que ha llevado a nuestros productos a ser los líderes indiscutidos del Mercado. Los Tigres se comprometieron a duplicar sus ventas, en tanto los Coyotes aseguraron cobranzas de pronto pago en el primer trimestre y los Leones promociones relámpago en toda la República. Los Guerreros Águila, con más visión de futuro, más agresivos, propusieron ataques frontales a los puntos de venta, a las bocas de expendio de nuestros productos, una ofensiva para cubrir con banderas y estandartes los anaqueles y góndolas de los supermercados. Chucho repitió su célebre arenga: "¡Vendedores! El anaquel nos mira como un espejo. En él comprobaremos si somos unos meros toma-pedidos como los de la Competencia... ¡o los Grandes Chingones!" En cuanto a los audiovisuales, como siempre, mostraron a los consabidos alpinistas que tratan de alcanzar su meta y a las ventas que se disparan como cohetes... en fin: lo que usted sabe. Todo estaba en orden.

Nada hacía prever lo que ocurrió después. Al fin de la jornada, advertimos que los vendedores se reunían en pequeños grupos, que asistían al coctel, como estaba previsto, pero que no bromeaban ni bebían demasiado. Esto nos inquietó. Es sabido que los vendedores son gente extravertida y yo pude observar uno que otro rostro taciturno. Es cierto que esto ocurre en todo grupo humano pero esos rostros, si me permite decirlo, tenían una misteriosa grandeza. Eso también lo advirtió Bob, sorprendido de que los hombres no utilizaran la noche libre para asistir a los centros nocturnos. Estarán cansados, dije. Sin embargo, el presentimiento de que algo raro les ocurría, me impidió gozar el show de medianoche. De regreso al hotel, mientras preparaba las notas para el día siguiente, me pareció oír la voz de nuestro representante en Coahuila. No hablaba en inglés, como es su costumbre, ni tampoco en español. Creí oír unas palabras en náuatl, que no pude entender. Abrí de par en par las puertas de vidrio de mi suite y fui a tomar un trago en la terraza. La bahía de Acapulco se extendía tan bella como en las postales que la han hecho famosa en todo el mundo. Desde abajo llegaba la música de la marimba. Todo está en orden, pensé o quise pensar. Entonces los vi. Los guerreros tigres que deambulan por la playa comenzaron a danzar. Sí, ya sé que eso no tiene nada de extraordinario. Pero no bailaban al ritmo del son, de la marimba. No. Como los concheros, tenían su propia música en los pies. Música guerrera, Frank. Alguien que parecía el jefe, hizo sonar un caracol. No se oyó otra cosa en la bahía. Sólo la música agónica de ese caracol. Usted lo sabe: soy hombre poco afecto a la fantasía. Pero podría jurar que esa música fue la que convocó a los Coyotes. Entonces, los guerreros de uno y otro bando se arrojaron flechas y entrechocaron sus escudos y sus lanzas. Esa ceremonia o batalla o como usted quiera llamarla, ocurría a cien metros del hotel pero nadie se inquietaba por eso. Creo que nadie. Al menos, los turistas continuaban platicando indiferentes junto a la alberca. Al día siguiente, las juntas crecieron en entusiasmo. Un entusiasmo quizá un poco desmedido, según señaló Bob, ya que los guerreros no sólo hablaban de extender su dominio a tal o cual zona de la República sino a toda Mesoamérica. Esta palabra sonó un tanto insólita en la junta de trabajo. Yo no la oía desde mis tiempos de estudiante. Tampoco me pareció correcta la actitud de nuestro representante en Veracruz que, sin que viniese al caso, hizo un largo discurso sobre la cultura olmeca. En la comida, por suerte, todo volvió a la normalidad. Los vendedores cotorrearon a un *che* de nuestro Equipo de Ventas, amargado por la derrota de Argentina en el Mundial de Fútbol, y los Águilas, Tigres, Coyotes y Leones polemizaron a los gritos sobre las posibilidades de Italia y Alemania. Chucho, entonces, les recordó que para el día siguiente habíamos programado diferentes torneos deportivos. Todos callaron. Uno de esos jóvenes que entrenamos en Estados Unidos y que hasta ese momento era el Número 1 de la Zona Norte dijo que, como azteca, él exigía un torneo de pelota a la antigua usanza. Bob creyó que bromeaba y se rió como sabe hacerlo, golpeándose la barriga con las manos. *Splendid!* —exclamó. Me pareció, pero no puedo jurarlo, que el joven azteca extraía de sus ropas un puñal de obsidiana. Alguien se abalanzó sobre él. No reímos porque pensamos que se trataba de una broma. Las juntas de la tarde fueron algo monótonas, ya que se trataba de presupuestos. Analizamos cifras, estadísticas, posibilidades. La intervención de nuestro representante de Yucatán fue brillante, sin duda. Pero los párrafos finales un tanto herméticos. Hizo una insólita comparación de los números nominales y los algebraicos con los ciclos del Sol y de la Luna; mencionó, en maya, la reiteración infinita de los signos, la renovada piel de la Serpiente. Al terminar la junta, entregamos a nuestros vendedores algunos *souvenirs*. Nos sorprendió cierta actitud distante, poco democrática. Los Guerreros tomaban los regalos de manos de las edecanes como si fueran príncipes o sacerdotes, sin mirarlas casi, indiferentes a sus minifaldas. Se los invitó, como es lógico, a la Cena de Despedida. El día siguiente quedaba libre, pagado por la Empresa. Y es aquí donde los hechos se desencadenan de una manera extraña, fuera de toda lógica. Alrededor de las 8.30 de la noche, el cielo se oscureció de pronto. Un relámpago blanco, como un cometa, iluminó la bahía de Acapulco. Se sintió un gran calor, como el de un incendio. Luego, el frío. Esto tal vez no le parezca significativo por las grandes variaciones de clima de nuestro país. Pero aquel frío era diferente. Uno se veía en los rostros de los otros y comprendía que estaba muerto. No necesitaba el calor. Los turistas, con sus trajes de baño, los meseros con sus guayaberas, sentían, por fin, la felicidad de ser nadie. Entonces, sí, ocurrió el temblor. Un sismo no dema-

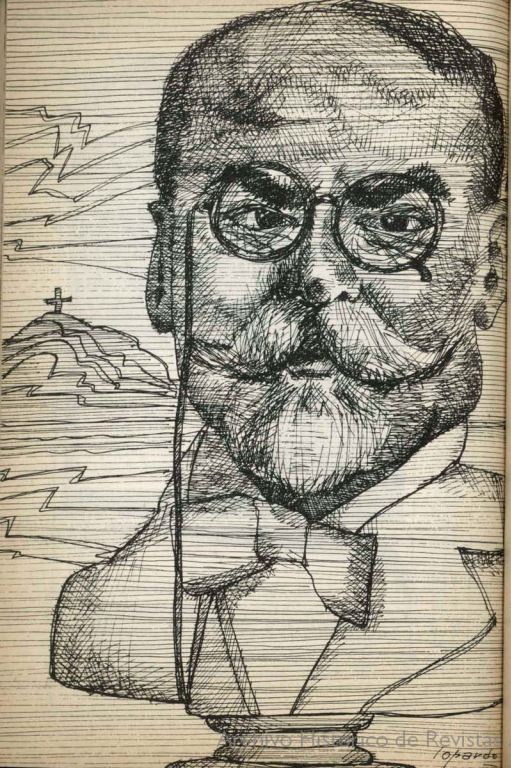
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

siado fuerte, a mi entender, pero que siempre inquieta a los turistas, sobre todo a los extranjeros. Oímos a la gente que gritaba en los elevadores y luego el aullido de los Guerreros que bajaban por las escaleras, que corrían hacia la playa, que se internaban en el mar. Eso fue todo. Esperamos un día (pagado por la Empresa) el regreso de los desertores. Después recogimos sus ropas y documentos del hotel. Como usted sabe, no han regresado. No me parece sensato, entre hombres de negocios, hacer ninguna conjetura. Hemos dado aviso a las autoridades e informado a las familias. Desde luego, hemos colocado ya los anuncios en los periódicos, buscando a jóvenes con iniciativa, que quieran trabajar en una empresa multinacional, donde la palabra *imposible* ha sido desterrada.

© 1985. Pedro Orgambide.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



ELVIO E. GANDOLFO

UNA UTOPIA LATINOAMERICANA

La personalidad y los sueños de un hombre singular.

Ilustración de Humberto Lopardo

"Expiraba el año 1897 cuando, después de un año de estadía en la India, donde un fakir me inició en los misterios de su preciosa ciencia, regresaba a mi patria, la República Oriental del Uruguay." Con esas palabras comienza *El socialismo triunfante o Lo que será mi país dentro de 200 años*, de Francisco Piria. El libro fue publicado, según consta en la portadilla, en 1898, editado y encuadernado en la Imprenta Artística de Dornaleche y Reyes, en ese entonces situada en los números 77 y 79 de la calle 18 de Julio de Montevideo, Uruguay. Lo que lo distingue de otros libros de la época es que se trata de una voluminosa utopía (casi 280 páginas) escrita por Francisco Piria, una personalidad que poco tuvo que ver con la literatura, y mucho con el impulso turístico de la costa atlántica uruguaya, ya que fue el fundador de Piriápolis.

Acerca de su compleja y multifacética personalidad escribimos en recuadro aparte. En lo que se refiere al libro propiamente dicho, su lectura comunica la impresión de que, más que la defensa de una sociedad perfecta futura, se trata de un violento ataque a la sociedad del presente desde el que está escrito. Las actividades de Piria eran múltiples (rematador, constructor, explotador de las riquezas de materiales de construcción de Piriápolis), y en cada una de ellas se veía enfrentado a trabas, límites, roces con particulares y funcio-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

narios. A ello se agregaba la personalidad irritable que permiten ver con claridad sus textos, desde pequeños folletos que cantaban la intención en el título ("Cómo se defiende Piria contra los que le quieren hacer daño"), hasta la dedicatoria manuscrita incluida en el ejemplar de su utopía que consultamos, que lejos de limitarse a un "afectuosamente", declara: "En el pintoresco rincón de mi país que me he atrevido —según la opinión de los imbéciles— denominar Piriápolis, y en el día 10 de enero, de triste y luctuoso recuerdo para mi patria dedico éste mi modesto libro como recuerdo afectuoso a la señora Doña Elena Goldschmidt. No busque en él elegancia de estilo, ni erudición, ni sabiduría: sólo sí encontrará sencillez, cariño, afecto y el más puro *humanismo*. Francisco Piria. 10/1/900. Piriápolis."

Un viaje al futuro uruguayo

Fernando, el protagonista, que llega de la India en el primer párrafo del libro, viaja al Uruguay futuro gracias a una droga que le permite dormir en animación suspendida ese tiempo, ya que incluye alimento para dos siglos. Lo ayuda un grupo de sabios ("si es que así puede llamárseles a los rutineros del siglo XIX", agrega el alter ego del autor).

Cuando despierta, es recibido por un grupo de personalidades del Estado Cisplatino, y comienza el recorrido de la utopía oriental, que se extiende a lo largo de las seis "jornadas" en que se divide el libro. Lo guían muchachas y muchachos encantadores, o ancianos de luengas barbas blancas, cargados de sabiduría. El diálogo que entablan con él está ocupado, en una relación de dos a uno, por consideraciones despectivas, críticas o meramente quejosas acerca del siglo XIX del que proviene el viajero, y en mucho menor medida por la descripción concreta del medio ambiente futuro.

Ese medio ambiente está constituido por una mezcla de estilos arquitectónicos de Grecia y Roma, con grandes avenidas arboladas y parques extensos. La vida de los cisplatinos, auxiliados por cómodos vehículos, con baños termales a disposición, y diversos entretenimientos, transcurre placenteramente. El dinero no ha desaparecido, sin embargo, pero en vez de pesos los cisplatinos gastan Artigas.

Una vez bañado y desayunado, Fernando es invitado a recorrer la nueva sociedad. El protagonista, asombrado ante la falta de falsos pudores cuando Rosa del Alba, una bella muchacha, lo ayuda a desvestirse, opina: "Indudablemente, los habitantes del siglo XIX eran unos grandes cretinos, llenos de pillería zorruna y no poca tontería. Se pagaban de apariencias: en el fondo, la inmoralidad triunfante; a la vista, la hipocresía dominante." La movilización por la ciudad se realiza en vehículos con ruedas de goma, movidos algunos por energía eléctrica, y la mayoría por aire comprimido, que en la utopía de Piria funciona como la fuerza mecánica principal.

El asombro maravillado del protagonista comienza en cuanto se pone en movimiento por la ciudad: van desfilando la mayoría de los lugares y calles de Montevideo de fines del siglo XIX transformados, cambiados en una armonía perfecta de construcciones, árboles y

FRANCISCO PIRIA: LA VIDA AGITADA DE UN "FOMENTISTA"

Francisco Piria nació en Montevideo el 21 de agosto de 1847, en el centro de lo que ahora es la Ciudad Vieja, hijo de un matrimonio genovés integrado por Lorenzo Piria y Serafina Grossi; su abuelo había sido un navegante que visitara con frecuencia el Río de la Plata a partir de 1810, tradición que siguió el padre de nuestro "fomentista" (como él mismo se denomina en la utopía) hasta radicarse definitivamente en Montevideo.

Amasó la mayor parte de su fortuna como rematador, actividad en la que introdujo elementos novedosos: bandas de música, locomoción gratuita, reparto de comida, etc. En 1886 publicó un libro de 224 páginas titulado *Un pueblo rie*. En 1892, seis años antes de publicar su utopía, compró una enorme extensión de tierra: desde el cerro Pan de Azúcar hasta el mar.

Allí comenzó su labor titánica para sacar de una zona inhóspita y cubierta de arena un balneario que hoy es el segundo del país. Plantó árboles que fijan los médanos, olivos, viñas y castaños. Lejos de limitarse al aspecto turístico, trató de impulsar la potencialidad productiva del lugar: soportó reiteradas plagas de langostas que destruyeron todos sus plantíos, y entabló una lucha encarnizada contra el mar para construir una avenida costanera que, según se dice, fue erigida tres veces luego de ser comida por las olas. Creó un puerto y un ferrocarril panorámico que iba desde el Pan de Azúcar hasta el mar.

Hacia 1897 terminó de construir el ahora llamado "castillo de Piria". Construyó también un hotel, ahora Colonia Escolar de Vacaciones, y desde 1913 vendió lotes de Piriápolis en Buenos Aires y Montevideo. La magnitud de sus proyectos, y el modo de llevarlos adelante costara lo que costase, lo transformaron en un personaje digno de García Márquez. Aún hoy, los habitantes más antiguos de Piriápolis suelen hablar de él con respeto y nostalgia.

En vida publicó numerosos folletos de estilo agresivo y pintoresco. El titulado "Cómo se defiende Piria contra los que quieren hacerle daño" (probablemente de 1916) es un largo lamento contra la indiferencia de los poderes públicos y contra la animosidad de los particulares.

Otro, titulado "El embellecimiento edilicio de la gran capital bonaerense o sea El triunfo de Piriápolis", está dedicado a publicitar ante los probables compradores porteños la calidad de las piedras de construcción extraídas en sus canteras de Piriápolis. Allí uno se entera, por ejemplo, de que el gran Salón de los Pasos Perdidos del Palacio Legislativo montevideano está recubierto con los pórfidos provenientes de Piriápolis. La misma procedencia tienen, en Buenos Aires, la labradorita oscura y las columnas de labradorita roja de la Confitería del Molino, de Callao y Rivadavia, el frente y contrafrente de labradorita roja clara anacarada de la Imprenta de La Razón, de Avenida de Mayo 739, y el Pasaje de la Rural, de Cangallo al 1300, en labradorita oscura.

En 1918 realizó una gigantesca campaña promocional del balneario en Buenos Aires. Hacia 1920 comenzó la construcción del monumental Hotel Argentino que, inaugurado en 1931, sería durante años el más suntuoso de América. Para el mismo hizo traer mobiliarios, alfombras y equipamiento europeo. Importó incluso un panadero suizo más tarde responsable de la fundación de varias panaderías de estilo alemán en Montevideo. Siempre fiel a los modelos del viejo continente, tuvo como punto de referencia permanente el balneario de Biarritz.

En Montevideo fue dueño de un palacete situado en Ibicuy 1310, junto a lo que hoy es la central de la empresa ONDA, tan lujosamente equipado que el remate del moblaje y obras de arte se transformó en un acontecimiento social en 1938, cuando se lo llevó a cabo por asuntos de sucesión. El catálogo del mismo da una idea de las inquietudes de Piria. Aparte de una enorme biblioteca, cuyo detalle por desgracia no figura, se mencionan elementos pintorescos del progreso de principios de siglo, como un Baño María eléctrico, un autopiano Steinway y un calentador de fuentes de platino.

Poco después de inaugurar el Hotel Argentino, tal vez su empresa más compleja, Francisco Piria murió. Era el año 1933.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

enormes estatuas. Mientras circulan por ese paisaje el anciano acompañante comienza a hacer precisiones sobre la historia transcurrida: la ciudadanía obligatoria dictada para todo el que viviera en los Estados Unidos del Río de la Plata (integrados por Uruguay, Entre Ríos y Corrientes) a partir de 1958. El aumento de la Confederación al incorporarse Paraguay en 1960. Anteriormente, en 1945, el general oriental Marco Lavalleja había reconquistado de los Estados Unidos brasileros los territorios que el antiguo Imperio le había usurpado al Uruguay.

Aunque dista de tener la coherencia de una novela, *El socialismo triunfante* está escrita en una prosa clara y fluida, que sólo se torna rimbombante cuando Piria se dedica a defender gustos personales alejados del tema principal (la historia y la organización de lo que él considera una sociedad ideal). Es lo que ocurre, por ejemplo, en un par de ocasiones en que se toca la transmigración de las almas y el espiritismo. En cambio, suele adquirir un notable vigor cuando se irrita, incluso con temas cotidianos como la crianza y educación de los niños, momento en que reacciona contra la sobrealimentación, el exceso de fajamiento y el mimo excesivo a que se sometía a los infantes en su siglo. A finales del siglo XXI, en cambio, éstos son educados a partir de los cinco años en grandes instituciones estatales, y se proyecta sacarlos de la influencia familiar poco después de nacidos.

El socialismo anárquico y el socialismo razonado

El título del libro puede llevar a confusiones. El socialismo que el autor ve como la panacea de los problemas universales poco tiene que ver con el socialismo tradicional. Es un socialismo que, por ejemplo, defiende el capital, "fruto sacrosanto del trabajo del hombre", y que considera al que agita a las masas como un "socialismo anárquico", de cuya destrucción y convulsiones surge "el verdadero socialismo razonado que se vigorizó poderosamente en el siglo XXI". Allí lo que existe es un límite a las fortunas personales, y se elimina la fortuna hereditaria, origen, según Piria, de personalidades débiles y viciosas. Es una corriente basada en concepciones de Moisés, Aristóteles o San Juan, y de personalidades menos conocidas, como Falca de Calcedonia, Storch y Münzer y Tomás de Campanella.

Esa información está brindada por un conferenciante a cuya exposición, realizada en un enorme anfiteatro, asiste Fernando. Piria imagina además un papel mucho más prolongado de la monarquía dentro de la historia. Su caída paulatina es acelerada por factores como las rebeliones y, sobre todo, el establecimiento casi mundial del libre cambio. Para citar algunas fechas: la República se establece en Italia en 1967, en España y Portugal en 1976. Y en 1977 las Repúblicas latinas firman un pacto en Roma. Todos esos adelantos conforman un sistema político ambiguo, al que Piria se refiere con las denominaciones sucesivas de socialismo "razonado", "racional", "liberal", cayendo a veces en la lisa y llana contradicción de los términos.

Algunos párrafos de su historia imaginaria suenan fuertemente proféticos, como cuando describe la evolución del oriente, y no se limita a un simple enfrentamiento, sino que describe situaciones similares a la de esta década: "...inmensa flota de buques, procedentes de la India, traían al continente europeo productos indianos similares a los que Francia, Alemania, Inglaterra, Italia y demás naciones europeas producían. En vano se imponían fuertes derechos aduaneros: no se podía resistir el empuje; pues el asiático, con su medio de vivir miserable, producía artículos por menos de la décima parte de los que fabricaban los europeos. Así que todas las manufacturas cayeron de una manera espantosa, y los europeos, al proveerse para su consumo de artículos asiáticos, no hacían más que quitarse el trabajo, reduciéndose todos insensiblemente a la más completa inacción y a la más tremenda miseria". El resultado final no se hace esperar, y sonará muy actual a los lectores: "...las fábricas se cerraron todas como por encanto".

La vida cotidiana

Las precisiones históricas, económicas y geográficas son mucho más abundantes y complejas que lo que se refiere a la vida cotidiana, defecto compartido por la mayoría de las utopías, que renuncian a la óptica individual para describir, incluso en lo referente a la vida privada, costumbres sociales, sin entrar en detalles. La utopía uruguaya de Piria incluye el carácter de simple sociedad del matrimonio, la educación estatal y laica de los hijos desde los cinco años, la utilización de vehículos voladores de cobre y el juicio pronto e inmediato que ha provocado la extinción de la raza de los abogados.

Es muy probable que este sanguíneo promotor y vendedor haya gustado del tabaco y el vino, porque no elimina esos placeres, sino que los hace mágicamente inocuos. "Hemos eliminado del tabaco la nicotina, haciendo un néctar; hemos desalcoholizado nuestros vinos o licores, haciéndolos agradables o deliciosos." Como infusión final se sirve un agradable líquido, que proviene vagamente de "las flores de un arbusto que crecía en Islandia".

Rige una completa libertad de cultos y tendencias. Uno de los principales monumentos de la ciudad exhibe cuatrocientas estatuas, entre las cuales se encuentran las de Hércules, Flora, Venus victoriosa, Temistocles, Narciso Euripides, Sócrates, Platón, Isis, Confucio, Cristo, Mahoma, Moisés, Pablo Demóstenes y Cicerón.

En la ciudad hay cincuenta y ocho teatros líricos, muy frecuentados, y una vez que los espectadores terminan de presenciar una obra que no se diferencia demasiado de las comunes en nuestra propia época, se apresuran a subir a un "jardín flotante", que parte a las ocho en punto, combinando la precisión de lo técnico con la belleza de lo natural. En el viaje Fernando se entera de que todas las obras son sometidas a censura previa, para oponer "una barrera al desborde de la inmundicia que en tu edad empezó por llamarse realismo", según le informa el afable anciano acompañante.

Piriápolis 2000

A escasos años del siglo veintidós, Piria aprovecha su utopía para una grati-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DOS INVENTOS

El telépalo portátil

Después de haber tomado el néctar y encendido un puro de las vegas de San Antonio —producto excelente de nuestro territorio— Segismundo Madriaga tomó su bastón, destornilló el regatón que tenía en el extremo y lo clavó en la tierra, y colocando en el mango una pequeña bocina, sentóse, y aplicando en ella la boca, pidió comunicación.

Yo al principio creí que aquel hombre estaba loco, pues a la verdad no se le podía haber dado otro calificativo en mi época al que se viera clavar un bastón en el suelo y después empezar a hablar en el mango.

¡Qué equivocado estaba y qué temerarios son los hombres cuando emiten opiniones sobre lo que no entienden ni conocen!...

.....

Supe que debido al invento de Fixert Umpier, sabio químico-físico de la Universidad de Chicago, la humanidad ha enriquecido el repertorio de sus grandes progresos con el telépalo portátil, el cual consiste en el pequeño bastón que usaba Madriaga y que después también vi que usaban casi todos, el cual intercepta las corrientes electroterrestres, pone en comunicación a cualquier persona con la que se desee hablar, por más distante que se halle sobre la capa de nuestro globo; gran pila eléctrica cuyos polos negativo y positivo eran harto conocidos en mi tiempo.

La mototipia y el microbicida

Sólo Montevideo tiene cuatrocientos cincuenta y siete periódicos, todos ellos ilustrados; pues hoy son así los que se dan al público por medio de la mototipia, máquina notable que escribe, graba, imprime y encuaderna el periódico al tiempo que el director dicta sus artículos.

Invento del joven colombiano Arsenio Pichinango, premiado por el Supremo Consejo de Roma con una corona de oro y brillantes.

Es el mayor adelanto de esta última década, después del gran descubrimiento de Diego Lamas, de la Facultad de Constantinopla, quien inventó el microbicida, que preserva de todas las enfermedades que acechan al hombre y destruyendo su organismo lo matan...

.....

A la electricidad, que tantos beneficios ha reportado a la humanidad, le estaba reservado prestar el mayor. En efecto, si una pila eléctrica mata al ser animado de mayor resistencia, ¿qué inconveniente había para que con lo que se obtenía lo más no se obtuviera lo menos?

Y el sistema nervioso se presentaba como estudio de esta nueva faz de la ciencia, que, como la palabra de Dios, se le revelaba al hombre y, después de miles de ensayos, verdaderamente milagrosos, anuncia al mundo y asombra al orbe entero con su descubrimiento.

La pila eléctrica portátil en forma de brazalete que todos llevan, es para el organismo humano lo que el pararrayos para conducir la electricidad y preservar al hombre.

La pila eléctrica compuesta según el sistema de Diego Lamas, destruye todos los microorganismos que pueden invadir y encontrar fácil adaptación en nuestro organismo.

¡Los bacterios están vencidos! La bacteriología, siguiendo las evoluciones del progreso, ha terminado su parábola.

De *El socialismo triunfante, o Lo que será mi país dentro de 200 años*, de Francisco Piria (1898).

ficación máxima: visitar el lugar que, en el momento en que escribe, aún le demanda ingentes esfuerzos: hay que edificarlo, domesticarlo. El protagonista ya ha recorrido un interior uruguayo floreciente, y da cifras concretas de los miles de Artigas recaudados en rentas, después de visitar minas en plena producción. Cuando oye decir a sus acompañantes que están cerca de una ciudad llamada Piriápolis (aún inexistente para los lectores de 1898), Fernando declara aliviado: "Entonces no hay duda: el ideal del fomentista del siglo XIX llegó a realizarse, se hizo carne la sublime utopía del soñador."

A continuación describe las condiciones de aquel pasado, un trozo conmovedor por lo que hay de queja y esperanza a la vez, rozando a veces la megalomanía: "Recordé las acerbas críticas que se hacían al hombre atrevido, cuando en medio del mayor de los decaimientos el país tendía más a despoblarse que a poblarse; en aquella época desgraciada en que toda iniciativa era acribillada por la malevolente atmósfera de los inútiles y pequeños, que no sólo no concebían pero ni siquiera comprendían los ideales de los que atrevidamente y sin más punto de apoyo que su fe, ni más fuerzas que su voluntad, sin más aliento que su indomable perseverancia, se lanzaban a la ejecución de atrevidas empresas en un país en donde faltaba todo: capitales, crédito, confianza en el porvenir, estabilidad política, gente dispuesta al trabajo, y para colmo sin población: ¡un desierto!"

En una verdadera epifanía triunfal, el protagonista de *El socialismo triunfante*, y Francisco Piria con él, descienden en un hipogrifo de aluminio desde el cerro Pan de Azúcar hacia una ciudad "extendida voluptuosamente en el espléndido valle, llena de movimiento, llena de vida y rebosando progreso", que cuenta con un observatorio astronómico, un enorme museo de mármol adornado por esculturas de Lucas Moreno, un instituto Politécnico sostenido por doscientas cuarenta columnas de pórfido pulido, una enorme estatua de Artigas, una Academia de Bellas Artes, una escuela agronómica nacional y un edificio denominado "Pasatiempo Ameno", donde funciona el "Teatro alegre" para diversión de un público que "rinde ferviente culto a la estética y es admirador de lo bello y de lo bueno".

Las últimas páginas del libro cuentan el curioso momento en que Fernando descubre en su acompañante femenina (una etérea Rosalba) a un amor del pasado (transmigración de las almas mediante). La estrecha en los brazos para rodar al abismo con sus cuerpos, "mientras nuestros espíritus, libres de la terrestre envoltura, unidos en estrecho e inseparable lazo, vagaban sobre la encantada ciudad, en medio de la bruma crepuscular, entre el día que se despide y la noche que avanza".

Unas líneas de puntos separan a ése, el verdadero final, de unos párrafos agregados, donde se paga tributo al realismo que Piria dice detestar: el personaje descubre que en realidad ha soñado todo, dormido por una sobredosis de remedio medida por un criado ignorante. Su desesperación es casi tanta como la del lector: "...grito fuera de mí, como un loco: ¿soy aún un habitante del siglo XIX?" Y el triunfo anunciado en el título pasa de la seguridad utópica a la fe en el futuro: "¡Tanta dicha, tanta belle-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

za; el triunfo de la fraternidad universal; el socialismo triunfante: todo fue un sueño... lo que será una realidad en el porvenir!"

Entretanto ha transcurrido un libro hasta ahora poco conocido dentro de la cultura rioplatense, ya que a pesar de la afirmación de la portadilla: "Edición de 20.000 ejemplares", una tipografía menor aclara que se trata aquí del "1er. millar". Sería interesante completar alguna vez este esbozo general con la publicación de fragmentos o con la reedición del volumen, no sólo una curiosidad dentro del campo utópico y de la ciencia ficción, sino también un invalorable documento para captar tendencias culturales y políticas del Montevideo de fines de siglo.

© 1985, Elvio E. Gandolfo.

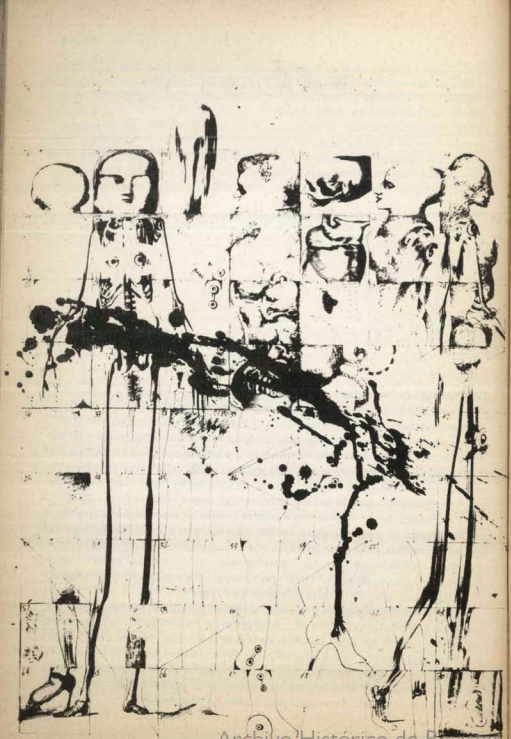
BRUNO BETTELHEIM

En la mayoría de las culturas, no hay una división clara que separe el mito del cuento popular o de hadas; estos elementos juntos forman la literatura de las sociedades preliterarias. Las lenguas nórdicas tienen una sola palabra para ambos: *saga*. El alemán ha conservado la palabra *Sage* para designar a los mitos, mientras que a las historias de hadas se las denomina *Märchen*. Es una lástima que tanto en inglés como en castellano el nombre que se da a estas historias ponga énfasis en el papel que desempeñan las hadas, puesto que en muchas de aquéllas las hadas ni tan sólo aparecen. Los mitos y los cuentos de hadas alcanzan del mismo modo su forma definitiva en el momento en que se ponen por escrito y dejan de estar sujetos a continuos cambios. Antes de pasar al lenguaje escrito, estas historias se condensaron o fueron ampliamente elaboradas al ser contadas, una y otra vez, a lo largo de los siglos; algunas de ellas se fundieron con otras. Todas fueron modificadas según lo que el narrador pensaba que era de mayor interés para los oyentes, según sus inquietudes del momento o según los problemas concretos de su época.

Algunas historias populares y de hadas surgieron a partir de los mitos, mientras que otras fueron incorporadas a ellos. Ambas formas personificaban la experiencia acumulada por una sociedad, tal como los hombres deseaban recordar la sabiduría pasada y transmitirla a futuras generaciones. Estos cuentos proporcionan conocimientos profundos que han sostenido a la humanidad a través de las interminables vicisitudes de su existencia, una herencia que no se ha revelado a los niños de ninguna otra manera, sino de un modo simple, directo y accesible.

(*Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, © 1975, 1976, Bruno Bettelheim, © 1977, Editorial Crítica, S.A.)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



JOHN VARLEY

MANIQUIES

Tenía que ver si ellos podían caminar sin cabeza.

Ilustración de Jorge Sanzol

—¿Está seguro de que no es peligrosa?

—En absoluto. No para usted, al menos.

Evelyn cerró la mirilla corrediza de la puerta e hizo un esfuerzo para dominar sus aprensiones. Era un poco tarde para descubrir que los locos le ponían la carne de gallina.

Miró a su alrededor y descubrió con alivio que la causa del temor no eran los pacientes, sino la atmósfera de fortaleza del Instituto Bedford. El lugar era una pesadilla de ventanas enrejadas, cuartos acolchados, sábanas de arpillera, chalecos de fuerza, hipodérmicas y enfermeros corpulentos. Era una cárcel. Con tantas precauciones, era natural que la gente encerrada allí la pusiera nerviosa.

Atisbó el cuarto. La mujer de adentro era demasiado menuda, serena y compuesta para ser la causa de semejante ajetreo.

El doctor Borroughs cerró la gruesa carpeta que estaba hojeando. *Barbara Endicott. Edad: 28 años. Altura: 1,60 metros. Peso: 50 kgs. Diagnóstico: esquizofrénica paranoide. Observaciones: sujeto peligroso. Los tribunales del Estado de Masachusetts han recomendado que se la observe. Asesinato. Intensa hostilidad hacia los hombres.* Había más, mucho más. Evelyn había leído una parte.

—Tiene una psicosis defendida masivamente. Como es habitual, aceptados los presupuestos ilógicos, el sistema ilu-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sorio está cuidadosamente elaborado y tiene coherencia interna.

—Lo sé —dijo Evelyn.

—¿De veras? Sí, supongo que lo sabe, por los libros y las películas. —Él cerró la carpeta y se la entregó.— Descubrirá que hablar con uno de ellos es un poco diferente. Están tan seguros de lo que dicen como no lo está ninguna persona cuerda. Todos tenemos nuestras pequeñas dudas. Ellos no. Han visto la verdad, y nada los convencerá de lo contrario. Hay que tener los pies bien plantados en la realidad para tratar con ellos. Es probable que usted quede algo confundida después de hablar con ella.

Evelyn deseó que él dejara de hablar y abriera la puerta. No le preocupaba su sentido de la realidad. ¿De veras él temía que esa mujer la perturbara con las tonterías que figuraban en esa carpeta?

—En la última semana la hemos sometido a tratamientos de electroshock —dijo él. Se encogió de hombros con resignación—. Sé lo que sus profesores han dicho sobre eso. No fue decisión mía. Pero no hay manera de llegar a esta gente. Cuando se han agotado los razonamientos y la persuasión, probamos suerte con los shocks. No le hace ningún bien. La psicosis está tan bien defendida como antes. —Se hamacó sobre los talones, frunciendo el ceño.— Supongo que puede entrar. No correrá ningún riesgo. Ella sólo es hostil con los hombres. —Le hizo un gesto al enfermero de uniforme blanco, que parecía un futbolista, y el hombre hizo girar una llave en la cerradura. Abrió la puerta, apartándose para dejarla entrar.

Barbara Endicott estaba sentada en una silla junto a la ventana. La luz del sol se filtraba entre los barrotes y le arrojaba una sombra angulosa en la cara. Ella se volvió, pero no se levantó.

—Hola, soy... Evelyn Winters. —La mujer había desviado la cara en cuanto ella empezó a hablar. La confianza de Evelyn, bastante débil en ese lugar inhóspito, amenazó con abandonarla por completo.

—Me gustaría hablar contigo, si no te molesta. No soy doctora, Barbara.

La mujer se volvió para mirarla.

—¿Entonces por qué usas ese uniforme blanco?

Evelyn se miró el delantal. Se sentía tonta en esa maldita cosa.

—Ellos me dijeron que debía usarlo.

—¿Quiénes son "ellos"? —preguntó Barbara, burlonamente—. Hablas como una paranoide, querida.

Evelyn se relajó un poco. —Esa pregunta debí hacerla *yo*. "Ellos" son el personal de este... lugar. —*¡Demonios, cálmate!* La mujer parecía bastante cordial ahora que veía que Evelyn no era doctora.— Supongo que quieren saber si soy una paciente.

—Correcto. Si lo fueras, te darían uno de estos trajes azules.

—Soy estudiante. Me dijeron que podía entrevistarte.

—Adelante. —Luego sonrió, y la sonrisa era tan cuerda y amigable que Evelyn también sonrió y le tendió la mano. Pero Barbara meneó la cabeza.— Eso es cosa de hombres —dijo, señalando la mano—. ¿Ves? Yo no tengo armas. No voy a matarte. Eso no es necesario, Evelyn. Somos mujeres.

—Oh, desde luego. —Evelyn, desconcertada, hundió la mano en el bolsillo del delantal, cerrándola.— ¿Puedo sentarme?

—Claro. Sólo tienes la cama, pero es bastante dura.

Evelyn se sentó en el borde de la cama, la carpeta y la libreta en el regazo. Se hamacó un poco, y descubrió que aún sentía el peso en los talones y podía perder el equilibrio. La sordidez del cuarto la abrumaba. Vio la pintura gris descascarada, el vidrio amarillo de la ventana detrás de una pantalla de alambre tejido, asegurada contra la pared con pernos de metal. El suelo era de cemento, húmedo y hostil. El cuarto retumbaba un poco. Los únicos muebles eran la silla y la cama con sábanas y manta grises.

Barbara Endicott era menuda, morena, con una armoniosa perfección de rasgos que a Evelyn le hizo pensar en una oriental. Estaba pálida, quizá por haber pasado dos meses en la celda. Pero gozaba de buena salud. Estaba sentada en un ajedrez de luz y sombra, absorbiendo los pocos rayos que pasaban por el vidrio. Usaba una bata azul ceñida en la cintura, sin nada debajo, y pantuflas de tela.

—De modo que soy tu encargo del día. ¿Me elegiste tú, u otra persona?

—Me dijeron que sólo hablabas con mujeres.

—Es cierto, pero eso no responde a mi pregunta, ¿verdad? Lo lamento. No quería ponerte nerviosa, en serio. No volveré a hablarte así. Estoy actuando como una loca.

—¿A qué te refieres?

—Soy impertinente, agresiva. Digo lo que quiero. Así actúan todos los locos de este lugar. Yo no estoy loca, desde luego. —Le titilaron los ojos.

—No sé si me tomas el pelo o no —admitió Evelyn, y de pronto se sintió mucho más cerca de esa mujer. Era fácil caer en esa trampa, la de pensar que los alienados eran mentalmente defectuosos, incapaces de razonar. Barbara Endicott no tenía problemas en ese sentido. Sabía ser sutil.

—Claro que estoy loca —dijo—. De lo contrario no me habrían encerrado aquí, ¿verdad? —Sonrió, y Evelyn se distendió. La espalda se le aflojó; los resortes de la cama crujieron cuando se apoyó sobre ellos.

—De acuerdo. ¿Quieres hablar sobre ello?

—No sé si querrás oírlo. Sabes que maté a un hombre, ¿verdad?

—¿Lo mataste de veras? Sé que el tribunal pensaba que sí, pero resolvió que no estabas en condiciones de afrontar un juicio.

—Lo maté de veras. Tenía que averiguar.

—¿Averiguar qué?

—Si era capaz de caminar con la cabeza cortada.

Y allí estaba; era de nuevo una extraña. Evelyn dominó un temblor. La mujer lo había dicho con toda serenidad, sin ningún intento obvio de alarmarla. Y en verdad no la había afectado tanto como lo habría hecho unos minutos antes. Estaba conmocionada, pero no asustada.

—¿Y qué te hizo pensar que sería capaz?

—Esa no es la pregunta importante —protestó la mujer—. No es importante para ti, aunque lo sea para mí. No habría hecho semejante cosa a menos que fuera importante saber.

—Saber... Oh, en fin. ¿Y fue capaz de caminar?

—Claro que sí. Durante dos o tres minutos, se tambaleó por ese cuarto. Lo vi, y supe que tenía razón.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¿Me contarás qué te indujo a pensar que sería capaz?

Barbara la miró de soslayo.

—¿Y por qué he de contarte? Mírate, eres una mujer, pero te has tragado todas las mentiras. Trabajas para ellos.

—¿A qué te refieres?

—Te has pintarrajeado. Te has quitado el vello de las piernas y las has cubierto con nylon, y caminas torpemente con una falda para estorbarte las piernas y con tacos diseñados para hacerte trastabillar si huyes cuando ellos tratan de violarte. Estás aquí trabajando para ellos. ¿Por qué he de contarte? No me creerías.

Evelyn no se alarmó ante este giro de la conversación. No había hostilidad en las palabras de Barbara. En todo caso, había piedad. Barbara no le haría daño, simplemente porque ella era mujer. Ahora que comprendía eso, podía continuar con mayor confianza.

—Tal vez sea verdad. Pero, siendo yo una mujer, ¿no deberías hablarme de esa amenaza, si es tan importante?

Barbara se palmeó las rodillas con deleite.

—Me has atrapado, doctora. Tienes razón. Pero volver mis propias ilusiones en mi contra es una verdadera artimaña.

Evelyn escribió en su libreta: *Puede comentar con soltura su complejo de ilusiones. Está tan segura de que tiene razón que puede tomarlo en broma.*

—¿Qué estás escribiendo?

—¿Eh? Oh... —*Sé franca, si mientes se dará cuenta. Sé sincera con ella y ponte a la altura de su irreverencia.*— Sólo notas sobre tu estado. Debo presentar un diagnóstico a mi instructor. Quiere saber qué clase de loca eres.

—Eso es fácil. Soy esquizofrénica paranoide. No necesitas un título para verlo.

—No, supongo que no. De acuerdo, háblame sobre ello.

—Básicamente, creo que la Tierra fue invadida por una especie de parásito en algún momento de la prehistoria. Quizá en tiempos de los cavernícolas. Es difícil saberlo con certeza, pues la historia es una sarta de mentiras. La reescriben todo el tiempo, ya sabes.

De nuevo, Evelyn no supo si le estaban tomando el pelo, y ese pensamiento la divirtió. Esta era una mujer compleja, astuta. Tendría que andar con cuidado. Ese discurso había sido una obvia construcción paranoide, y Barbara era consciente de ello.

—Te seguiré el juego. ¿Quiénes son "ellos"?

—"Ellos" es el pronombre paranoide multiuso. Representa a cualquier grupo involucrado en una conspiración, consciente o no, para "atraparte". Sé que es una locura, pero esos grupos existen.

—¿De veras?

—Claro. No dije que celebraran reuniones para planear modos de hacerte daño. No es así. Puedes admitir la existencia de grupos cuyos intereses no coinciden con los tuyos, ¿verdad?

—Por cierto.

—Lo importante es que no viene al caso si se trata de una conspiración explícita o sólo surten el mismo efecto porque así funcionan ellos. No tiene que ser algo personal, tampoco. Cada año, la Dirección de Rentas conspira para quitarte el dinero que ganaste, ¿verdad? Conspira con el presidente y el Congreso para robarte el dinero y dárselo a otra gente, pero no te conocen por el nombre. Roban a todo el mundo. Pues yo hablo de algo semejante.

Justifica su temor a fuerzas externas y hostiles señalando grupos adversos reales.

—Sí, entiendo. Pero todos sabemos que la Dirección de Rentas existe. Tú hablas de un secreto que sólo tú ves. ¿Por qué he de creerte?

Su cara se puso más seria. Quizas estaba advirtiendo la fuerza de su oponente. Su oponente siempre tenía los argumentos más fuertes, era la naturaleza de las cosas. *¿Por qué tú tienes razón y todos los demás están equivocados?*

—Eso es lo difícil. Tú puedes ofrecerme muchas "pruebas" de que estoy equivocada, pero yo no puedo mostrarte nada. Si hubieras estado allí cuando maté a ese fulano, sabrías. Pero no puedo hacerlo de nuevo. —Inhaló profundamente, y pareció disponerse a un largo debate.

—Volvamos a esos parásitos —dijo Evelyn— ¿Son hombres? ¿Eso dices?

—No, no. —La mujer rió sin humor.— No existen los hombres, tal como tú crees. Sólo mujeres que han sido dominadas al nacer por estas, estas... —Tanteó el aire buscando una palabra suficientemente fuerte como para expresar su disgusto. No la encontró.— Cosas. Organismos. Dije que invadieron la Tierra, pero no estoy segura. Podrán ser de aquí. No hay modo de saberlo, pues ejercen un dominio total.

Deja flexibilidad en sus argumentaciones. Sí, eso encajaría con lo que decían los libros. Sería difícil acorralarla, hacerle una pregunta que ella no pudiera responder en términos de su ilusión. Admitía no saberlo todo sobre el tema, y estaba en libertad de rechazar categorías enteras de argumentación porque habían sido distorsionadas, como la historia.

—¿Y cómo...? No, espera. Quizá sea mejor que me hables más de estos parásitos. ¿Dónde se ocultan? ¿Por qué nadie los percibe salvo tú?

Ella cabeceó. Ahora parecía totalmente seria. No podía bromear sobre el tema cuando se llegaba a un nivel tan específico.

—No son parásitos, en rigor. Son como organismos simbióticos. No matan al organismo huésped, no con rapidez. Incluso ayudan al huésped a corto plazo, volviéndolo más fuerte, más grande y más capaz de dominar. Pero a largo plazo, agotan la fuerza del organismo huésped. Lo vuelven más susceptible a la enfermedad, le debilitan el corazón. En cuanto a su aspecto, tú los has visto. Son gusanos ciegos, impotentes, inmóviles. Se adhieren al conducto urinario de una mujer, llenando y cubriendo la vagina y extendiendo nervios dentro de los ovarios y el útero. Le inyectan hormonas en el cuerpo y la hacen crecer con deformidades, como vello facial, músculos más grandes, menor capacidad intelectual, y emociones muy defectuosas. El huésped se vuelve agresivo y cruel. Sus pechos no se desarrollan. Es permanentemente estéril.

Evelyn garabateó en la libreta para ocultar sus emociones. Quería reír; sentía ganas de llorar. ¿Quién podía sondear la mente humana? Tembló al pensar en las presiones que habrían inducido a esa mujer de aspecto normal a adoptar una visión tan extravagante del universo. ¿El padre? ¿El amante? ¿La habían violado? Barbara no había colaborado al comentar esas cosas, pues sostenía que eran privadas. Además, no tenían influencia en lo que ella veía como los datos del caso.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—No sé por dónde empezar —dijo Evelyn.

—Sí, lo sé. No es el tipo de cosa que te dejarían pensar en serio, ¿verdad? Es demasiado extraña a lo que te han inducido a creer. Lo siento. Ojalá pueda ayudarte.

¡Demonios!, escribió, y después lo tachó. *Pone a quienes la interrogan a la defensiva. Demuestra compasión por la incapacidad de ellos para ver las cosas como ella las ve.*

—Llámala la nueva biología —dijo Barbara, levantándose y caminando lentamente de un lado a otro en ese espacio reducido. Las pantuflas flojas se le deslizaban de los talones con cada paso—. Empecé a sospecharlo hace varios años. El mundo no tenía sentido de otra manera. Tienes que empezar a dudar de lo que te han dicho. Tienes que confiar en las evidencias de tu intelecto. Tienes que permitirte mirar a través de tus ojos de mujer tal como lo haría una mujer, no como un hombre imperfecto. Te han educado para que creas en los valores de ellos, el sistema de ellos. Lo que empiezas a advertir es que ellos son mujeres imperfectas, no a la inversa. *No pueden reproducirse.* Eso debería indicarte algo. Los "varones" viven de nuestro cuerpo como parásitos, usan nuestra fertilidad para perpetuar su especie. —Se volvió hacia Evelyn, y los ojos le ardían.— ¿No puedes intentar verlo de esa manera? No trates de ser un hombre. ¡Define todo de nuevo! No sabes lo que eres. Toda tu vida has luchado por ser un hombre. Ellos han definido el papel que debes desempeñar. Y no estás hecha para él. Tú no tienes ese parásito carcomiéndote el cerebro. ¿Puedes aceptarlo?

—Sí, como hipótesis.

—Con eso basta.

Evelyn pisaba cautelosamente. —¿Qué tengo que hacer para... "ver las cosas como una mujer"? Ahora siento como una mujer.

—*¡Sientes!* Eso es, siente. ¿Sabes qué es la "intuición femenina"? Es el modo humano de pensar. Se han reído tanto de ella que automáticamente le tenemos desconfianza. Ellos tenían que hacerlo; han perdido la capacidad para ver una verdad intuitivamente. Veo que no te gusta esa frase. Es natural. Se han reído tanto de ella que una "mujer esclarecida" como tú no cree que exista. Eso es lo que ellos quieren que pienses. De acuerdo, no uses la palabra "intuición". Usa otra cosa. Hablo de la capacidad innata de un ser humano para sentir la verdad de una cuestión. Todos sabemos que la tenemos, pero nos han educado para desconfiar de ella. Y se ha echado a perder. ¿Nunca has sentido que estabas en lo cierto sin más razón reconocible que la de saber que estabas en lo cierto?

—Sí. Supongo que sí. Le pasa a la mayoría de la gente. —*Rechaza los argumentos lógicos como si fueran parte de su opresión.* Decidió ponerla a prueba.— A mí me han... educado para aplicar las reglas de la lógica para analizar un problema. ¿Correcto? Y tú dices que no sirven, pese a los miles de años de experiencia humana.

—Así es. Pero no es experiencia humana. Es un engaño. Es un juego, un juego muy complicado.

—¿Qué me dices de la ciencia? La biología, en particular.

—La ciencia es el mayor engaño. ¿Alguna vez lo has pensado? ¿De veras sientes que los grandes interrogantes del universo, las verdades importantes que deberían estar a nuestro alcance, serán resueltas por científicos que se preguntan cuántos neutrinos pueden bailar en la cabeza de un alfiler? Es una serpiente que se muerde la cola, relevante sólo para sí misma. Pero una vez que aceptas las reglas básicas, estás atrapada. Piensas que contar, clasificar y numerar te enseñará algo. Tienes que rechazar todo eso y ver el mundo con ojos nuevos. Te asombrará lo que hay allí, listo para que tú lo recojas.

—¿Y la genética?

—Patrañas. Toda la estructura de la genética está montada para explicar una posición insostenible: que hay dos sexos, que ninguno de ellos vale por sí solo, pero que juntos son capaces de la reproducción. Cuando lo piensas, no tiene asidero. Genes y cromosomas, la mitad de cada progenitor. ¡No, no y no! Dime, ¿alguna vez has visto un gen?

—He visto fotos.

—¡Ja! —Eso parecía suficiente por el momento. Se paseó por el cuarto, abrumada por los alcances del problema. Se volvió de nuevo y enfrentó a Evelyn.

—Lo sé, lo sé, he pensado mucho en ello. Existe este... este conjunto de supuestos básicos por los que todos regimos nuestra vida. No podemos seguir adelante sin aceptarlos casi todos, ¿verdad? Es decir, yo podría decirte que no creo en... Tokio, por ejemplo, que Tokio no existe porque yo no estuve allá para verla por mí misma. Los noticiarios que he visto eran fraudes inteligentes, ¿correcto? Los catálogos de viaje, los libros, los japoneses; todos están en una conspiración para hacerme creer que existe un lugar como Tokio.

—Supongo que podrías defender esa posibilidad.

—Claro que podría. Todos nosotros existimos dentro de nuestras cabezas, mirando a través de los ojos. La sociedad no es posible a menos que podamos creer en informes de segunda mano sobre ciertas cosas. Así que todos hemos conspirado juntos para aceptar lo que otras personas dicen a menos que se nos ocurra una razón por la cual nos mienten. La sociedad puede verse como una conspiración para aceptar sin cuestionamientos cosas indemostrables. Todos colaboramos en ella, todos consideramos que ciertas cosas no requieren ninguna prueba.

Iba a decir más, pero calló. Aparentemente no sabía si continuar o no. Miró especulativamente a Evelyn.

Evelyn se movió en el catre. Afuera, el sol se ponía en medio de un resplandor rojo y amarillo. ¿Adónde había ido el día? ¿A qué hora había entrado en ese cuarto? No estaba segura. El estómago le gruñía, pero no estaba demasiado incómoda. Estaba fascinada. Sentía una especie de laxitud, una debilidad que le hacía desear acostarse en la cama.

—¿Dónde estaba? Oh, los supuestos no demostrados. De acuerdo. Si no podemos aceptar nada de lo que nos dicen, no podemos funcionar en sociedad. Puedes salir bien librada si no aceptas muchas cosas. Puedes creer que el mundo es plano, o que no existen cosas tales como los fotones, los agujeros negros o los genes. O que Cristo no se levantó de la tumba. Puedes apartarte bastante de la opinión de la mayoría. Pero si desarrollas una imagen del mundo totalmente nueva, empiezas a tener problemas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Lo más peligroso —señaló Evelyn— es empezar a vivir de acuerdo con esos supuestos.

—Sí, sí. Debí haber tenido mayor cuidado, ¿verdad? Debí haberme guardado este descubrimiento. O podría haberme quedado con la intriga. Estaba *segura*, pero en mi tontería necesitaba una prueba. Tenía que ver si un hombre podía vivir con la cabeza cortada, contra todo lo que me habían dicho los textos de medicina. Tenía que saber si era el cerebro el que lo controlaba, o si era ese parásito.

Evelyn no supo qué preguntar cuando Barbara calló por un instante. Sabía que no era preciso preguntar nada. La mujer ya estaba en marcha, y la cuerda no se le terminaría en horas. Pero pensó que debía tratar de guiarla.

—Me estaba preguntando —aventuró al fin— por qué no necesitaste un segundo caso. Una... una prueba desde el otro lado. ¿Por qué no mataste a una mujer, también, para ver si...? —Se le erizó el pelo de la nuca. ¡Decirle tan luego eso a una paranoica homicida! Se le hizo un nudo en la garganta. Dominó su mano, que quería acercársele al cuello en un tímido ademán protector. *No tiene armas, pero quizá sea muy fuerte...*

Pero Barbara no continuó con esa idea. No pareció notar la incomodidad de Evelyn.

—¡Tonta! —estalló—. Fui una tonta. Claro que debí haberlo tomado como artículo de fe. Sentía que tenía razón; *sabía* que tenía razón. Pero esa vieja orientación científica al fin me impulsó a realizar el experimento. *Experimento.* —Escupió la palabra. Hizo otra pausa, y pareció reflexionar.

—¿Matar a una mujer? —Meneó la cabeza y le sonrió amargamente a Evelyn,— Querida, eso sería asesinato. No soy una asesina. Estos "hombres" ya están muertos desde mi punto de vista; matarlos es un acto de misericordia, y de defensa. En cualquier caso, después de hacer el primer experimento advertí que en verdad no había demostrado nada. Sólo había desbaratado el supuesto de que un hombre no puede vivir con la cabeza cortada. Eso me dejaba toda una gama de posibilidades, ¿entiendes? Quizás el cerebro no esté en la cabeza. Quizás el cerebro no sirva para nada. ¿Cómo sabes qué tienes adentro? ¿Alguna vez te has visto el cerebro? ¿Cómo sabes que en verdad no eres un enano de cinco centímetros de altura, sentado en la sala de control de tu cabeza? ¿A veces no tienes esa sensación?

—Ah... —Barbara había tocado un nervio común. No el enano, que era sólo un modo antojadizo de expresarlo, sino el concepto de vivir dentro de la propia cabeza con las cuencas de los ojos como ventanas hacia el universo.

—Correcto. Pero tú rechazas los sentimientos viscerales. Yo los escucho.

La luz del cuarto se desvanecía rápidamente. Evelyn miró la lámpara desnuda del cielo raso, preguntándose cuándo se encendería. Estaba somnolienta, cansada. Pero quería oír más. Se reclinó un poco más en el catre y relajó las piernas y los brazos.

—Tal vez debieras... —bostezó, abriendo la boca más y más, sin poder dominarse—. Perdóname. Talv ez debieras contarme algo más sobre los parásitos.

—Ah. De acuerdo. —Barbara volvió a la silla y se sentó. Evelyn apenas podía verla en las sombras. Oyó un débil crujido, como el de las varillas de madera de una mecedora. Pero la silla no era una mecedora. Ni siquiera estaba hecha de madera. No obstante, la sombra de Barbara se movía despacio y rítmicamente, y el crujido seguía.

—Los parásitos. Ya te he contado lo que hacen. Te diré lo que he logrado deducir acerca de su ciclo vital.

Evelyn sonrió en la oscuridad. *Ciclo vital. Desde luego, no podía faltar.* Se apoyó en un codo y puso la cabeza contra la pared. Eso sería interesante.

—Se reproducen asexualmente, como todo lo demás. Crecen por germinación, pues los nuevos son mucho más pequeños que los maduros. Luego los médicos los implantan en el vientre de las mujeres cuando saben que están embarazadas, y ellos crecen con el embrión.

—Espera un minuto. —Evelyn se irguió un poco.— ¿Por qué no los implantan en todos los niños? ¿Por qué se permite que las niñas...? Oh, entiendo.

—Sí. Nos necesitan. No pueden reproducirse solos. Necesitan la tibieza del vientre para crecer, y nosotras tenemos los vientres. De modo que han oprimido sistemáticamente a las mujeres a las que no infestaron para contar con una provisión dócil y disponible de procreadoras. Nos han convencido de que no podemos tener hijos si no nos preñan, y ésa es la mayor mentira de todas.

—¿De veras?

—Sí. Echa un vistazo.

Evelyn atisbó en la penumbra y vio a Barbara, de pie y de perfil. Algo parecido a una luz de vela fluctuante la iluminaba. Evelyn no se preguntó qué era eso, pero la molestó una sensación extraña. Se preguntaba más bien por qué no sentía curiosidad.

Pero antes que aun esa sensación efímera pudiera preocuparla, Barbara se aflojó el cinturón de la bata y dejó que se abriera. Tenía una curva suave en el vientre, inequívocamente en una etapa temprana del embarazo. Siguió la comba con la mano.

—¿Ves? Estoy embarazada. Hace cuatro o cinco meses. No lo sé con certeza porque hace más de cinco años que no tengo relaciones sexuales.

Embarazo histérico, pensó Evelyn, y buscó su libreta. ¿Por qué no podía encontrarla? Su mano la tocó en la oscuridad, luego encontró el lápiz. Trató de escribir, pero el lápiz se rompió. ¿Se rompió, pensó Barbara, o se estaba curvando?

Oyó de nuevo el crujido de la madera, y supo que Barbara se había sentado en la mecedora. Buscó somnolientamente la fuente luminosa, pero no la encontró.

—¿Y los otros mamíferos? —preguntó Evelyn, con otro bostezo.

—Es lo mismo. No sé si es un solo parásito que se adapta a cualquier especie de mamífero, o si hay una clase para cada uno. Pero no hay machos. En ninguna parte. Sólo hembras, y hembras contagiadas.

—¿Y las aves?

—Aun no lo sé —dijo Barbara, sin rodeos—. Sospecho que todo el concepto de los sexos es parte del engaño. Es algo tan improbable. ¿Para qué íbamos a necesitar dos? Con uno es suficiente.

Deja flexibilidad, escribió Evelyn. Pero no, no había escrito nada, ¿o sí? De nuevo había perdido la libreta. Se arrebujó en la pila de mantas o pieles del

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

catre, sintiéndose tibia y segura. Oyó un ruido deslizante.

En la mirilla, fantasmal en la luz de la vela, había una cara de hombre. Era el enfermero, que las observaba. Evelyn jadeó, y empezó a sentarse cuando la luz se hizo más brillante a su alrededor. Se oyó el sonido de una llave girando en una cerradura.

Barbara estaba de rodillas al lado de la cama. Aún tenía la bata abierta, y el vientre era enorme. Tomó las manos de Evelyn y las estrechó con fuerza.

—El parto es la mejor evidencia del engaño —susurró. La luz osciló un instante y los chillidos metálidos del picaporte perdieron intensidad, apagándose con un ronquido como la bandeja de un tocadiscos al perder velocidad. Barbara tomó la cabeza de Evelyn en sus brazos y la apretó entre sus senos. Evelyn cerró los ojos y sintió la piel tensa y el movimiento de algo dentro de la mujer. La oscuridad creció.

—Dolor. ¿Por qué se debe dar a luz con dolor? ¿Por qué tendríamos que morir tan a menudo al reproducirnos? No huele bien. No diré que es ilógico; no huele bien. Mi intuición me dice que no es así. La idea no era que fuera así. ¿Quieres saber por qué morimos al dar a luz?

—Sí, Barbara. Cuéntame. —Evelyn cerró los ojos y hociqueó cómodamente en la tibieza.

—Es el veneno que nos inyectan. —Barbara acariciaba suavemente el pelo de Evelyn al hablar.— Esa cosa blanca, el producto de desecho. Nos dicen que esa cosa nos embaraza, pero es mentira. Nos deforma, aun a aquellas de nosotras no habitadas por ellos. Contamina el vientre, nos hace demasiado grandes para el canal de nacimiento. Cuando llega el momento de nacer, para las mujeres y las semimujeres, debemos atravesar un pasaje que ha sido atacado por ese veneno. El resultado es el dolor, y a veces la muerte.

—Ummmm. —Había mucho silencio en el cuarto. Afuera, los grillos empezaban a cantar. Evelyn abrió los ojos nuevamente, buscó la puerta, el hombre. No los encontró. Vio una vela sobre una mesa de madera. ¿Había un hogar en el otro cuarto?

—Pero no tiene que ser así. No lo es. El alumbramiento virgen es indoloro. Lo sé. Lo sabré de nuevo muy pronto. ¿Recuerdas ahora, Eve? ¿Recuerdas?

—¿Qué? Yo... —Se irguió un poco, aún apegada a la tibieza reconfortante de la otra mujer. ¿Dónde estaba la celda? ¿Dónde estaba el suelo de cemento y la ventana con barrotes? Sintió que el corazón le palpitaba más aceleradamente y empezó a forcejear, pero Barbara era fuerte. La apretó contra su vientre.

—Escucha, Eve. Escucha, Eva. Está ocurriendo.

Eve puso la mano en el vientre hinchado y sintió el movimiento. Barbara se movió ligeramente, bajó la mano y acunó algo mojado y tibio, algo que se le movía en la mano. Lo expuso a la luz. Alumbramiento virgen. Una niña, pequeñita, que no pesaba más de un kilo, que no lloraba sino que miraba en torno con curiosidad.

—¿Puedo sostenerla? —lloriqueó Eve, y luego las lágrimas cubrieron al pequeño ser humano. Había otras personas agolpándose alrededor, pero no podía verlas. No le importaba. Estaba en su hogar.

—¿Ahora te sientes mejor? —preguntó Barbara—. ¿Recuerdas lo que ocurrió?

—Sólo un poco —susurró Eve—. Yo estaba... lo recuerdo ahora. Creí que estaba... era espantoso. Oh, Barbara, era terrible. Pensé...

—Lo sé. Pero has vuelto. No tienes que avergonzarte. Aún nos ocurre a todas. Enloquecemos. Estamos programadas para enloquecer, todas las de la generación infectada. Pero no nuestras hijas. Relájate y sostén a la niña, querida. Olvidarás. Fue un mal sueño.

—¡Pero era tan real!

—Era lo que tú eras antes. Ahora estás de vuelta con tus amigas, y estamos venciendo en nuestra lucha. Tenemos que vencer; nosotras tenemos los vientres. Cada día hay más hijas nuestras.

Hijas nuestras. De ella, de Barbara y de... Karen. Sí. Karen. Alzó los ojos y vio a su vieja amiga, sonriéndole. Y Clara, y June, y Laura. Y más allá estaba Sacha con sus hijas. Y... ¿quién era ésa?

—Hola, mamá. ¿Te sientes mejor ahora?

—Mucho mejor, querida. Estoy bien. Barbara me ayudó a volver. Espero que no ocurra de nuevo. —Lloriqueó y se enjugó los ojos. Se levantó, aún acunando a la pequeña.— ¿Qué nombre le pondrás, Barb?

Barbara sonrió, y por última vez Eve pudo ver el perfil fantasmal de esa celda, la bata azul, el doctor Burroughs. Todo eso se esfumó para siempre.

—Llamémosla Evelyn.

Título del original en inglés: *Manikins*.
© 1976 by Ultimate Publishing Company. © 1980 by John Varley.
Traducción de Carlos Gardini.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LIBROS

Pablo Capanna

JUGUEMOS EN EL CRÁTER

Para hablar de un libro bastante cínico, ¿qué mejor que empezar con un toque de cinismo?

Todos sabemos que la economía consumista es capaz de convertir cualquier cosa en dólares, y tanto le da vender remeras con la imagen de Cristo como con la efigie del Che Guevara, en el mejor estilo discepoliano. También sabemos que cada vez que algún Spielberg o Lucas logra un éxito de taquilla, nos inundan con toda clase de subproductos que van desde juegueteres, prendas y afiches hasta espantosos guiones que se hacen pasar por novelas. Así ha ocurrido con la invasión de muñequitos de la Guerra de las Galaxias, con E.T. y otros señuelos para el mercado infantil.

Quizás una manera cínica de presentar este *Libro Loco de la Guerra Nuclear* sería ver en él un subproducto de la película *El día después*, ya que ambos son de 1982 y tienen muchos puntos en común. Ninguno de los dos menciona, por ejemplo, esa nueva y siniestra alternativa que es el "invierno nuclear", conocida en el último año por los trabajos de Carl Sagan y de la Academia Pontificia de Ciencias.

Sin descartar algún oportunismo comercial, podemos suponer que los autores se proponen provocar revulsión y obligar a pensar, a través del humor negro, en algo que seguimos tomando desaprensivamente: la amenaza de una guerra atómica.

Ocurre que hoy los sesudos estrategas de ambas superpotencias comienzan seriamente a creer que, después de todo, una guerra nuclear no sería tan terrible, y casi podría ganársela: el Doctor Insólito ha hecho escuela, y el club atómico ha dejado de ser exclusivo.

Siguiendo el esquema tradicional de esos libros de juegos y acertijos "educativos" que suelen regalarse a los niños para que en tiempo de vacaciones no olviden del todo la escuela, el *Libro Loco* (cuyo estilo gráfico recuerda el humor ácido de la revista *Mad*) presenta casi un centenar de "entretenimientos". Según la sensibilidad del lector éstos podrán llegar a angustiar, asquear o movilizar para la protesta; el cinismo está en que no faltarán aquellos que realmente lo encuentren *divertido*, circunstancia que lo convierte en un verdadero test para descubrir los monstruos que habitan entre nosotros.

VICTOR LANGER y WALTER THOMAS: *El Libro Loco de la Guerra Nuclear (The Nuclear War Fun Book)*; ilustraciones de Brent Richardson; traducción de Paloma Villegas; Icaria, Barcelona, 1983; 127 págs.

Todas las páginas del *Libro Loco* ostentan bombas y misiles, a veces formando guardas y festones. Como en los viejos libritos de dibujos "animados", el lector que desplace las páginas bajo el pulgar verá desarrollarse ante sus ojos una visión dinámica del estallido nuclear, punteada cada tanto por indicaciones del tiempo real que transcurre entre una escena y otra. En sólo 14 segundos un pacífico cuadro suburbano de fin de semana, con padres dedicados a la jardinería y niños que retozan con el perro se transforma en la total desolación: la onda térmica, y luego la expansiva, consumen como hojas a la feliz familia, aventan sus cenizas, y no dejan rastros de vida.

El libro ofrece, entre los juegos para practicar dentro y fuera del refugio nuclear, después del Apocalipsis: una variante de la "mancha" (el foco radiactivo), instrucciones para defenderse de los merodeadores hambrientos ("política de buena vecindad"), castillos de arena "caliente", cómo hacer juguetes con huesos humanos o iniciar una colección de restos fundidos y carbonizados, y la observación de animales (muertos), que "seguramente no escaparán".

El niño ingenioso podrá aprender a hacer una veleta de hierros retorcidos y un medidor de radioactividad con insectos encerrados en frasquitos. Puesto que la cucaracha es el animal que más resiste (1500 Rems) habrá que aprender a criarlas, pues se vuelven apetitosas cuando no hay otra cosa para comer y la huerta sólo produce verduras raquíticas.

Por el libro desfilan repulsivas imágenes de cuerpos lacerados y escenas de destrucción (para armar y colorear), preguntas y respuestas sobre la historia del terror atómico, palabras cruzadas en forma de calavera y el Himno a la Lesión (parodia de un himno patriótico) para entonar ante una bandera chamuscada.

Vienen también las instrucciones sobre qué llevar al refugio: un sostén de plomo, para que mamá pueda amamantar sin peligro, un "paraguas nuclear" provisto de una bola de púas para defenderse, la "mantita de la seguridad nacional" y una camiseta con la inscripción *piensa* ("la alternativa inteligente para prevenir la guerra").

Para entretenerse en los largos meses en que la radioactividad no permitirá salir, se puede escuchar canciones ("La respuesta está en el viento", "Piove", "Matándome suavemente", "Las hojas muertas", "Help!" o "La Plaga"...). Podemos llevar libros (*Cenicienta, Oscuridad a mediodía, Los desnudos y los muertos*) y películas (*Qué verde era mi valle, Hiroshima mon amour, Gritos y susurros*). También hay juegos de salón: Ruleta

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.

Rusa, Solitario, Teoría del Dominó, Armagedón y Carrera Armamentista. Uno de los más logrados es Especulación Espectacular, que enseña a enriquecerse con el mercado negro, los seguros y los desastres de la guerra.

Intercalados con los juegos de horror hay otros que procuran despertar la conciencia del peligro real que hoy corremos: un paisaje rural que oculta 32 misiles; el "laberinto pentagonal" formado por "los retorcidos corredores de la mentalidad militar"; un Juego de la Oca donde cualquier accidente (fallas de computadoras y satélites, un inodoro atascado o una cáscara de banana) pueden causar la hecatombe. Se propone hacer un reloj cuyas horas sean misiles que anuncien la cuenta regresiva del Holocausto, o un móvil compuesto por bombas y ojivas nucleares, para sentir sobre nuestras cabezas el "equilibrio del terror". Un niño habilidoso puede hacerse su propia bomba, recogiendo plutonio del vertedero de la central nuclear más próxima.

Más espaciadas, aparecen las cifras precisas y aterradoras en las cuales por hábito ya no reparamos: existen armas nucleares suficientes para destruir el mundo *dieciséis veces*, que equivalen a 10.000 kilogramos de TNT por habitante del planeta. El ciudadano común se presenta como un burro de carga que debe soportar un presupuesto armamentista de *500.000.000.000 de dólares anuales*; con ellos se desvanecería la deuda externa del Tercer Mundo y se podría alimentar, educar y asegurar el bienestar a toda la humanidad no exactamente dieciséis veces (destruir es más barato), pero por lo menos dos o tres veces.

Todas estas andanadas de golpes bajos están dedicadas por los autores a cientos de millones de niños del mundo, de los cuales muchos morirán y los otros "tendrán que permanecer en los refugios sin poder salir a jugar". Aunque parezca insólito, los autores entienden que el libro debe ser entregado a los niños, a quienes va dirigida una exhortación final a protestar, manifestar, organizarse, ofrecer dinero y trabajo voluntario, con el lema "mejor activos hoy que radioactivos mañana".

Por legítima que sea la causa invocada, cualquier persona con los más elementales conocimientos de psicología evolutiva percibirá el absurdo que significa irrumpir en la mentalidad infantil con este tipo de truculencias; es algo así como llevar a los niños de paseo por las morgues para que se familiaricen con la muerte, al estilo espartano. Si el nombre de la editorial española no es casual, sospechamos que la iniciativa viene de sectores anarquistas, tradicionales en su desprecio por la realidad. Conocida de la terquedad de la naturaleza humana y la perversa tendencia que tienen las "buenas intenciones" a empedrar el camino del infierno, los niños sometidos a esta terapia de choque pueden desarrollar tanto una marcada necrofilia como un crudo cinismo, o aun, por formación reactiva, "defenderse" pasando al otro extremo: no es la primera vez que los hijos de los generales se hacen guerrilleros o que los hijos de los ácratas se vuelven insensibles reaccionarios.

Sin embargo, por inadecuado que pueda ser el método elegido para comunicarlos, los hechos están allí, y el peligro nuclear es *tal cual* como lo pintan los autores del *Libro Loco*. Y esto no vale solamente para una guerra, que hasta ahora milagrosamente se ha venido evitando, sino aun para los resultados de la aplicación pacífica de la energía nuclear. En efecto, los átomos para la paz significan desechos radioactivos para la posteridad, e hipotecan un futuro que puede extenderse hasta por cien mil años; esto explica la decisión de los suecos, que por ejemplo han resuelto, mediante referéndum, la progresiva eliminación de todas sus centrales nucleares en el próximo siglo.

¿Qué hacer con los residuos nucleares? Quizás lo más limpio sería embarcarlos en cargueros especiales y arrojarlos al Sol, junto con las armas atómicas, pero ello es tan costoso, y tan poco redituable, que a nadie se le ha ocurrido hacerlo. Se ha intentado enterrarlos, meterlos en urnas de cemento y arrojarlos al fondo del mar, pero ninguna solución resulta eficaz siquiera en el corto plazo.

Visto que la producción de residuos nucleares indegradables sigue aumentando y seguirá por un tiempo más hasta que la tecnología encuentre la manera de producir energía "limpia", siempre quedará en pie el problema de qué hacer con los que ya se acumularon, se acumularán en el futuro próximo y seguirán "calientes" durante por lo menos diez mil años.

Hasta ahora, lo más original que se les ha ocurrido a los demiurgos del átomo es enterrarlos en "basureros" cuidadosamente acotados en zonas desérticas y provistos de señales de peligro. Ahora bien, tratándose de plazos tan amplios como diez o doce mil años, ¿qué garantía tenemos de que esas señales durarán tanto tiempo? Es cierto que pueden hacerse con materiales casi indestructibles, pero el cambio cultural tiene otro ritmo que los procesos físicos, y pronto el signo puede quedar desligado de aquello que simboliza. Si tenemos en cuenta que toda la historia de la civilización suma alrededor de unos cinco mil años, ¿quién está en condiciones de anticipar qué irá a ocurrir en un plazo que abarca más del doble? Resulta casi inevitable que el recuerdo de una prohibición tan remota vaya esfumándose en la leyenda, lo cual permitirá que los librepensadores del futuro, haciendo caso omiso de un tabú irracional, se expongan al peligro de mutación.

De este modo, desechadas por costosas otras alternativas, las brillantes inteligencias que rigen nuestros destinos han resuelto poner en juego su bien remunerada "creatividad" produciendo un curioso documento del cual dio cuenta recientemente el *Washington Post*.

A partir quizás de algún *brain storming*, ciertas mentes febriles, de esas que confunden ciencia ficción con ciencia, han propuesto la creación de una mitología y un "clero" sintéticos para preservar la seguridad de los basurales nucleares. No se trata de una novela de fantasía —cuyo tema no sería demasiado novedoso— sino de un proyecto estudio encargado por el Ministerio de la Energía estadounidense; su autor es el profesor Thomas Sebeok, de la Universidad de Indiana, y lleva por título "Medidas de comunicación para abarcar diez milenios".

Sebeok y sus secuaces proponen varias alternativas inspiradas en Von Däniken y otros adoradores de los Grandes Antiguos: la erección de megalitos del tipo de Stonehenge, o colosales "historietas" grabadas en granito para que nuestros descendientes, que ya no entenderán nuestros idiomas, puedan recibir el mensaje. A pesar de la antigüedad de Stonehenge, el proyecto está expuesto a los terremotos (y a las guerras atómicas), de modo que no es totalmente confiable.

Otra propuesta es impregnar los residuos con olores repulsivos para alejar a los curiosos. Nadie explica cómo lograr un tufo tan persistente que dure diez mil años; pero lo que preocupa a nuestros futurólogos es la posibilidad del empleo futuro de robots, que serían insensibles al olor (¿y por qué?). Más delirante es insertar la prohibición en la herencia, creando un instinto por manipulaciones genéticas, algo que todavía no está a nuestro alcance.

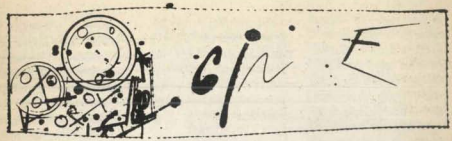
Lo más "razonable" para Sebeok es crear un comité secreto de físicos, antropólogos, lingüistas, psicólogos, etcétera: los licenciados de siempre. Ellos se encargarán de conservar el mensaje y transmitirlo a sus descendientes a través de los siglos, mediante rituales de iniciación e intensificación. Si la CIA ha sido capaz de crear y usar sectas religiosas, le sería fácil crear para los Guardianes del Basurero mitos (del tipo prometeico), leyendas que atribuyeran un origen sobrenatural al vaciadero, y una secta que se transmitiría la consigna de generación en generación.

Como podemos ver, está surgiendo toda una generación de científicos en cuya formación ha incidido la ciencia ficción; el mejor ejemplo es Sagan, bautizando los accidentes marcianos con nombres como Bradbury o Wells. Lamentablemente, esta influencia no parece haberles dado una mayor amplitud de miras y ese "sentido cósmico" que según algunos distinguiría al género; más bien parece haberlos acostumbrado a enunciar con seriedad científica sus fantasías de omnipotencia.

De cualquier manera que se los mire, tanto la crueldad del *Libro Loco* anarquista como los delirios de los tecnócratas pentagonales, son apenas pálidas flores enfermizas que crecen a la vera del pantano nuclear, pesadillas ballardianas que lamentablemente brotan de la más

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cruda realidad. En cuarenta años de era nuclear, la humanidad ha aprendido a coquetear con el suicidio. Ya se usen para la aniquilación como para fines pacíficos, las "fuerzas plutónicas" (como las llaman espiritus tan distintos como Ernst Jünger o Denis de Rougemont) configuran un atolladero del cual nadie sabe a ciencia cierta cómo salir, y quienes dicen o creen saberlo carecen de poder para hacerlo.



Ángel Faretta

FIGURAS DANTESCAS

Siguiendo, como en tantas cosas, a Joseph de Maistre ("Edgar Poe y De Maistre me enseñaron a pensar"), Baudelaire se refiere en sus "Curiosidades estéticas" a lo cómico, definiéndolo como: "Ya que lo cómico es un elemento condenable y de origen diabólico, procuremos enfrentarle un alma absolutamente primitiva, que sale, por así decirlo, de manos de la naturaleza." Y más adelante: "La risa —dicen— proviene de la superioridad. [...] Por eso habría que decir: la risa proviene de la idea de la propia superioridad. ¡Idea satánica si la hubo!" Y en otro texto ("Cohetes", VI): "El Espíritu de bufonería puede no excluir la caridad, pero esto no es habitual."

Baudelaire es el primero —como

GREMLINS (Idem, EE.UU., 1984). Dirección: Joe Dante. Guión: Chris Columbus. Música: Jerry Goldsmith. Efectos especiales: Chris Wallas. Intérpretes: Zach Galligan, Phoebe Cates, Hoyt Axton, Keye Luke, Scott Brady, Harry Carey, Jr. Estreno en Buenos Aires: 29-11-84.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en tantas cosas— en "diagnosticar" en los "tiempos modernos" la esencia de lo cómico, retrotrayendo en sus razonamientos a toda una tradición simbólica perdida, olvidada y sobre todo pervertida, a partir de la secularización de Occidente hacia fines del siglo XIV. Como todos sabemos —por ejemplo— la obra fundamental, absoluta, de los "tiempos clásicos" es la Catedral medieval, la cual no es una obra más, sino *La Obra*, es decir la construcción a escala terrenal de un micromundo, simétricamente pensado y concebido como "reproducción" del Macromundo, del *Todo*. Por ello, en los puntos más alejados de las torres y los tejados, es decir, fuera del recinto propiamente dicho de la Catedral, como apéndices, prolongaciones, se colocaban —entre otras figuras emblemáticas— las gárgolas; estas huecas cabezas de piedra cumplían, como todo en la *Obra*, una doble función: una externa, visible (por sus bocas se desagotaba el agua de las lluvias), y otra fundamental, simbólica: esas caras deformes, obscenas, eran signos de que el "demonio no prevalecerá sobre la Iglesia", de allí su carácter fuertemente "expresivo" de lo grotesco, lo retorcido, lo amorfo.

El cine —afirmamos algunos— es un *intento* de restauración del orden simbólico tradicional que, si en los autores clásicos (un Griffith, un Murnau, un Lang, un Dreyer, un Hitchcock, un Hawks, un Ford) era parte constitutiva de la trama —de allí su carácter más unitario, que a su vez lo hacía más "secreto"— es, en ciertos autores de films de las últimas décadas, más evidente e incluso externo, por la desesperación —frente a la ya casi absoluta secularización y por ende desmitologización de Occidente— en alcanzar la Unidad perdida.

El cine de horror o de tema fantástico es, por razones de su misma trama, el medio más idóneo para canalizar esas preocupaciones: su carácter intrínseco aprovecha la pedestre noción de verosimilitud del público contemporáneo para formular, a través de su puesta en escena, otras preocupaciones dentro de fábulas que, desde su punto de partida, enuncian la petición de principio de su carácter "fantástico", es decir, "no realista".

Dentro de esta temática, *Gremlins* de Joe Dante es un film ejemplar. Utilizando una estructura arquetípica del relato fantástico (el tema del objeto mágico y sus consiguientes prohibiciones para su "correcto uso") y de tópicos clásicos de este tipo de ficciones (el mismo don se convierte en objeto de desgracia para quien lo posee; la intromisión de lo "extraño" se da en una comunidad cerrada y estática), el autor propone una notable reflexión sobre el carácter intrínsecamente siniestro de lo cómico.

Los duendes y trasgos que pueblan el film (cuyo título de viejas raíces celtas tiene más de rasgo en común con los textos de un Tolkien, por ejemplo), han sido concebidos exactamente como pequeños diablos de forma gargolesca, que miman, *befan*, el comportamiento humano, desde sus actos más elementales y cándidos hasta los más obscenos. De allí la brillante alucinación que acumula el film en su desarrollo: cuando los gremlins fuman, beben, juegan a las cartas, convierten esas actividades en una suerte de abominable burla de la conducta humana. Cuando alcanzan también a mimar gestos de pura obscenidad (la exhibición genital, en una breve y elusiva secuencia), ambas series de gestos se mezclan inextricablemente por medio de la comicidad de quien puede reírse —como decía Baudelaire— en estado de superioridad (los miles de gremlins que se reproducen en segundos han tomado el pueblo donde se desarrolla la acción) sobre los otros. Que los burladores sean formalmente monstruosos y de inocultable sesgo diabólico hace que el film alcance las excelencias del arte.

Gremlins es además un film sabio y feliz en la utilización paralela de una cierta idea de representación "media" del norteamericano "tipo" de nuestros días, especialmente en sus obsesiones consumistas y tecnolátricas (el padre del protagonista es un inventor de objetos inútiles llevado al paroxismo) o en la descripción feroz de los tipos característicos de una pequeña comunidad (en este nivel el film puede ser visto como una suerte de *Papá lo sabe todo* revisado por una mezcla de Lovecraft con James Thurber).

Al hacer coincidir en el relato dos universos ficcionales que "lógicamente" deberían excluirse (la comedia televisiva de ambiente familiar y el film de monstruos), *Gremlins* centra su reflexión acerca del carácter y esencia de lo cómico en dos niveles: por una parte, un universo trivial visto socarronamente; por la otra, la intromisión, dentro de esa estática banalidad, de la mofa no humana que alcanza —por utilizar una brillante frase de Edgardo Cozarinsky— la idea de "Darwin visto por los monos". Precisamente estas monerías, que el film ofrece a un espectador desprevenido, y que hemos visto festejadas especialmente por los niños —en un film vendido comercialmente "para todo público"— son de algún modo el reflejo de las risas nerviosas, jadeantes, que su visión provoca, porque "el sabio sólo rie temblando".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DOS OBRAS MAESTRAS

J. G. Ballard
CRASH

Violenta y aterradora, pero siempre fiel a sí misma, *Crash* es ante todo "una advertencia contra ese dominio de fulgores estridentes, erótico y brutal, que nos hace señas llamándonos cada vez con mayor persuasión desde las orillas del paisaje tecnológico".

Ursula K. Le Guin
LA MANO IZQUIERDA DE LA OSCURIDAD

"El mundo de Invierno de Ursula Le Guin es real, y en la última página el lector sale de ese mundo con un temblor y un escalofrío. Respeto y admiro a alguien capaz de escribir una novela como ésta."
—Damon Knight

Ediciones Minotauro

CARTAS

Estimado Marcial:

Me permito esta embestida contra "El desafío intelectrónico" de Capanna porque el tema (algunos aspectos del tema) me provoca, me motiva, me conmueve.

Hombre versus máquina: esa es la cuestión. ¿Competencia? ¿Complementación? Si las reglas del juego se resignaran a los compromisos lúdicos que proponen las estrategias de salón, esto no pasaría de ser un mero regodeo intelectual. Pero el avance arrollador de la informática parece encaminado a barrer con los reductos fortificados y sólo un milagro salvará la gema más preciosa: el genio.

Lejos de socavar, la nota de Capanna tiende a esclarecer. Ya que tenemos que vivir con "ellas"... Sin embargo hay un párrafo, un párrafo crucial que me atemorizó. Se refiere al último reducto mencionado más arriba. Si todo se redujera a verlas crecer y multiplicarse, invadir la esfera de las grandes y las pequeñas decisiones humanas, cuantificarse para descuantificar al hombre (permitirle el lujo abúlico del bienestar junto con el lujo demente de la creación), bienvenidas Supercomputadoras, Archigolems, Biordenadoresentientes.

Pero Capanna dice: "...y una jugada maestra de Karpov puede también ser hecha por una computadora..." ¡Ay! ¿Qué extraña compulsión arroja al articulista de cabeza al lugar común más cenagoso que prohija el asunto tratado?. Hace más de treinta años que juego al ajedrez y durante la década del setenta participé en torneos en vivo y por correspondencia con suficiente asiduidad como para poder afirmar que estoy familiarizado con el *pensamiento ajedrecístico superior*. (Eso no significa que yo *sea* un ajedrecista superior: es posible que la *víctima* sea el testigo ideal de la intensidad y amplitud de la inteligencia ajedrecística de los Maestros.)

¿Qué es lo que me propongo refutar exactamente? Las computadoras soporte de los programas ajedrecísticos aumentan día a día su velocidad de proceso. Si todo fuera *cálculo*, si el motor del pensamiento del ajedrecista fuera comparable al proceso analógico que realizan las computadoras, *ya* no habría ajedrecista (ni Karpov, ni el mismísimo fantasma de Capablanca) que pudiera ni siquiera entablar una vez con la máquina. Pero el cálculo es el *vehículo* mediante el cual *otra forma* de pensamiento busca concretar un objetivo estratégico-táctico ciñéndose a los límites que proporcionan las reglas del juego, la identidad y valor de las piezas, la dinámica interna (interrelaciones) y los aspectos psicológicos y anímicos. Es decir, el *programa* del jugador humano de ajedrez echa mano a todos los elementos activos posibles (menos la velocidad y la amplitud de cálculo) y a uno o dos más, imponderables, casi inasibles, pero perfectamente causales y verificables: el genio, la intuición.

Jugué contra modelos comerciales de computadoras ajedrecísticas varios años antes de que se vendieran en las casas de artículos para el hogar. Más aún: jugué por correspondencia contra una *Challenger 10* que *vivía* en Puerto Madryn (*pensaba* dos días cada jugada) y aunque la partida no terminó mi posición era muy superior. Eso no demuestra nada, porque las computadoras con programas especiales (Kaissa, Chess, McHack, Belle) han vencido a jugadores fuertes y tienden a perfeccionarse, están en vías de "aprender de sus errores". ¿Será suficiente para que logren hacer jugadas maestras? Una jugada maestra gana una partida equilibrada. Un error pierde una partida ganada...

El fundamento de la jugada maestra es *el desafío al concepto*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

aceptado de los valores (como dijo el Dr. Lasker al comentar una famosa partida de 1834 de Labourdonnais y Mac Donnell). En esa partida Mac Donnell realizó un sacrificio de dama en la jugada 13 para obtener ventaja decisiva en la 36. La computadora más veloz... del futuro, podría calcular ese sacrificio pero jamás lo efectuaría, ya que 10 jugadas después (y hoy no hay computadoras que calculen 20 semijugadas) no se constata "superioridad computable". Mac Donnell se arriesgó, imaginó que un caballo en un punto fuerte, indesalojable, ejerciendo presión era suficiente compensación por la dama. Una computadora (la mejor, la que todavía no se inventó) sabe que la dama *vale* más y ese concepto de *valor* será su máxima atadura. ¿Qué pasaría si suprimiéramos ese concepto? ¿Podríamos reemplazarlo por valores *relativos*?

El ajedrecista no lo hace: la genialidad es en gran medida irracional, suicida.

Sé que algún lector especialista en informática saldrá al ruedo a contradecirme. Tengo más ejemplos. Los guardo para entonces. Pues esto no termina aquí.

Con afecto,

Sergio Gaut vel Hartman
Capital

Ruben
Dr Espinosa (nieves)
611.3500

Minotauro (segunda época) es una publicación de Ediciones Minotauro S.R.L., Humberto I° 531, Buenos Aires. Redacción y administración: Humberto I° 531, teléfonos 362-2128/7364/7496. Fotocomposición: Ecos Producciones Gráficas, Bmé. Mitre 1773, 2° cuerpo, oficinas 705/706, teléfono 45-0746. Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723. © 1985, Ediciones Minotauro. Registro de la Propiedad Intelectual en trámite.
Impreso en la Argentina

Esta edición de 3000 ejemplares, se terminó de imprimir en Talleres Gráficos TALGRAF, S.A., Potosí 4471, Capital, en el mes de febrero de 1985.

LOS CLASICOS

Ediciones Minotauro

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar